



LA IZQUIERDA SOCIALISTA

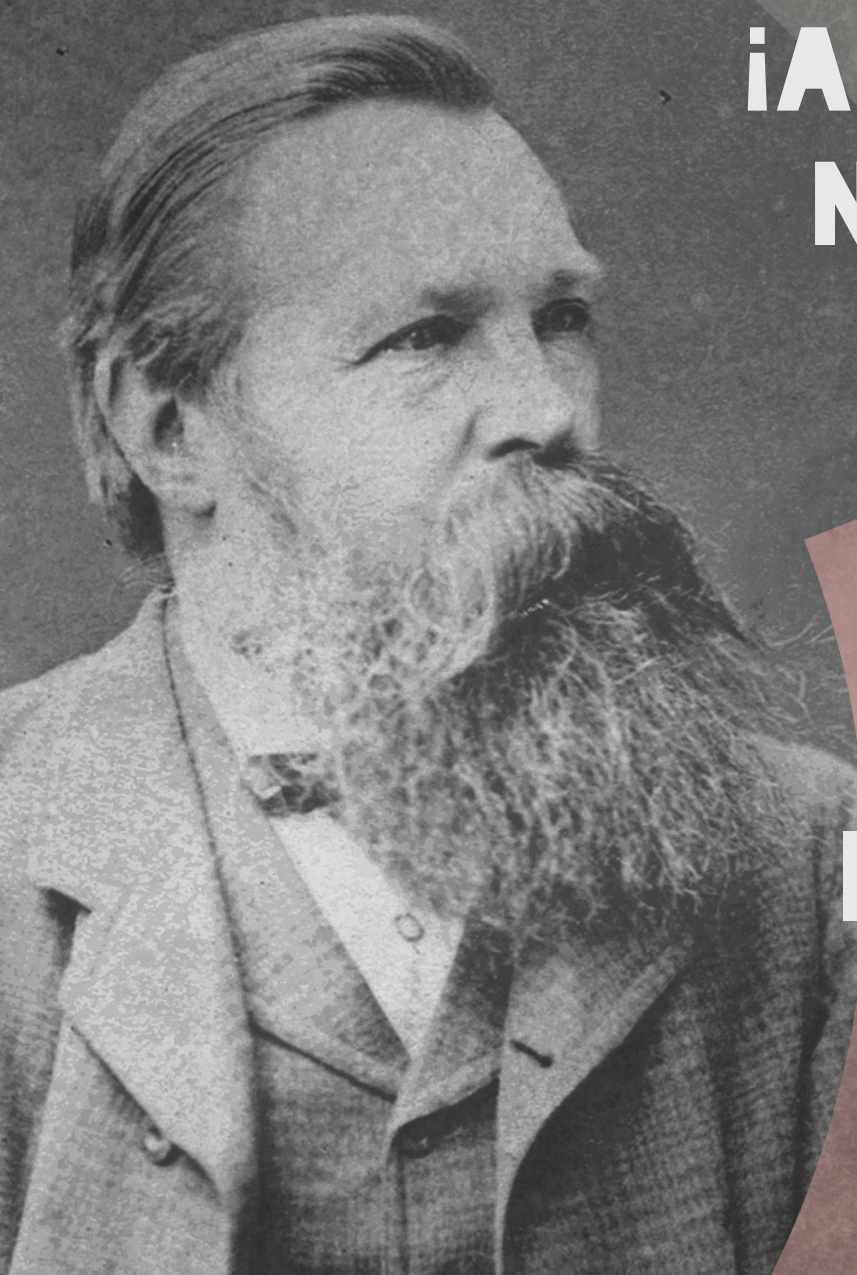
Cooperación voluntaria

Vocero marxista de los trabajadores y la juventud

Corriente Marxista Internacional

www.marxismo.mx

Julio de 2020, N°22



¡A 200 AÑOS DEL NACIMIENTO DE FEDERICO ENGELS!

CELEBRANDO A UN TITÁN REVOLUCIONARIO

¡30 AÑOS DE LUCHA DE LA CMI EN MÉXICO!

Índice de Contenido

Escuela de formación de la CMI:	
En Defensa del Marxismo	3
30 años de la CMI en México	5
Federico Engels	10
Los orígenes de la degeneración de la Cuarta Internacional	
Entrevista con Ted Grant	16
El materialismo dialectico hoy	19
Socialismo y religión	29
¡Por un cambio revolucionario, no al cambio climático!	32
El oportunismo en la teoría y en la práctica	34
Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial	37
El marxismo frente a la teoría Queer	42
¿Qué es el materialismo histórico?	46
El pacifismo, sirviente del imperialismo	49
La miseria de la posmodernidad	53
La curva de desarrollo capitalista	55
Marxismo versus Interseccionalidad	59
Contra el Sectarismo	64
La Polémica con los Anarquistas	65
Marxismo, keynesianismo y la crisis del capitalismo	67



Escuela de formación de la CMI: En Defensa del Marxismo

Comité de redacción

30 años en la historia de una persona puede ser una vida pero en la historia de la humanidad es un parpadeo. La construcción de un partido revolucionario transita por un largo proceso de gestación, es similar a la evolución de una persona que tiene que transitar por una etapa embrionaria para aspirar a su desarrollo posterior.

Con este número conmemoramos los 30 años de la publicación del primer periódico de la Corriente Marxista Internacional en México. Aquel fue un periodo difícil, se dio en una ofensiva contra las ideas del marxismo cuando Francis Fukuyama hablaba del fin de la historia y la burguesía del fracaso del marxismo. La

caída de la URSS no negó al marxismo, comprobó la viabilidad de las ideas de León Trotsky, quien mantuvo la bandera de la revolución de octubre limpia. El marxismo previó el colapso de aquel régimen monstruoso y burocrático, que nada tenía que ver con el socialismo. Su caída, sin embargo, abrió un proceso de reflujo de la lucha de clases y confusión en el movimiento revolucionario a nivel mundial y en México. Los marxistas tuvimos que nadar a contracorriente, obviamente le tocó iniciar esta batalla a la nueva generación, a la juventud.

Desde aquel julio de 1990, hemos mantenido una publicación regular que hoy se llama La Izquierda Socialista, defendido las ideas del auténtico marxismo.

No tomamos sólo una parte parcial de esta teoría ni la distorsionamos con dogmatismos que nada tienen que ver con el método dialéctico. Hemos combatido también el sectarismo que busca encuadrar al movimiento real a sus ideas preconcebidas y rechaza intervenir con el movimiento obrero real, con sus prejuicios y contradicciones.

De aquellas ilusiones de la burguesía, tras la caída del estalinismo, no queda piedra sobre piedra. El propio Fukuyama ha reconocido que algunas ideas de Marx son ciertas, en realidad son más vigentes que nunca. Hoy el capitalismo va a la bancarrota y demuestra su fracaso.

Llevamos 30 años defendiendo el marxismo dentro de la lucha de clases en México, por eso este número de nuestro periódico (que por razón de la pandemia tenemos que sacarlo solamente en versión digital) lo queremos dedicar a la defensa del marxismo y qué mejor forma que vinculándolo a nuestra próxima escuela mundial.

La Universidad Marxista 2020 es una escuela en línea de cuatro días organizada del 25 al 28 de julio por la Corriente Marxista Internacional, de 7:00 a 15:00 hrs. (horá de México) ¡dedicada a defender las ideas revolucionarias socialistas y a formar a los trabajadores y a la juventud en la teoría marxista!

Organizaremos una amplia gama de debates que examinarán diversos aspectos de la teoría marxista, y demostrarán su superioridad sobre todas las ideas reaccionarias, revisionistas y reformistas que se han enfrentado a ella. Este evento también celebrará la vida y las ideas de Federico Engels, cuyo 200 aniversario celebramos este año.



**¡UNA ESCUELA EN LÍNEA DE
IDEAS REVOLUCIONARIAS!**

**EN DEFENSA DEL
MARXISMO**

UNIVERSIDAD MARXISTA INTERNACIONAL 2020

**REGISTRATE EN
UNIVERSITY.MARXIST.COM/ES**

**25-28
JULIO**

Con tal motivo, publicamos en éste número una selección de textos que abarcan cada uno de los temas a tratar en la escuela, esperamos que su lectura ayude a dar una visión

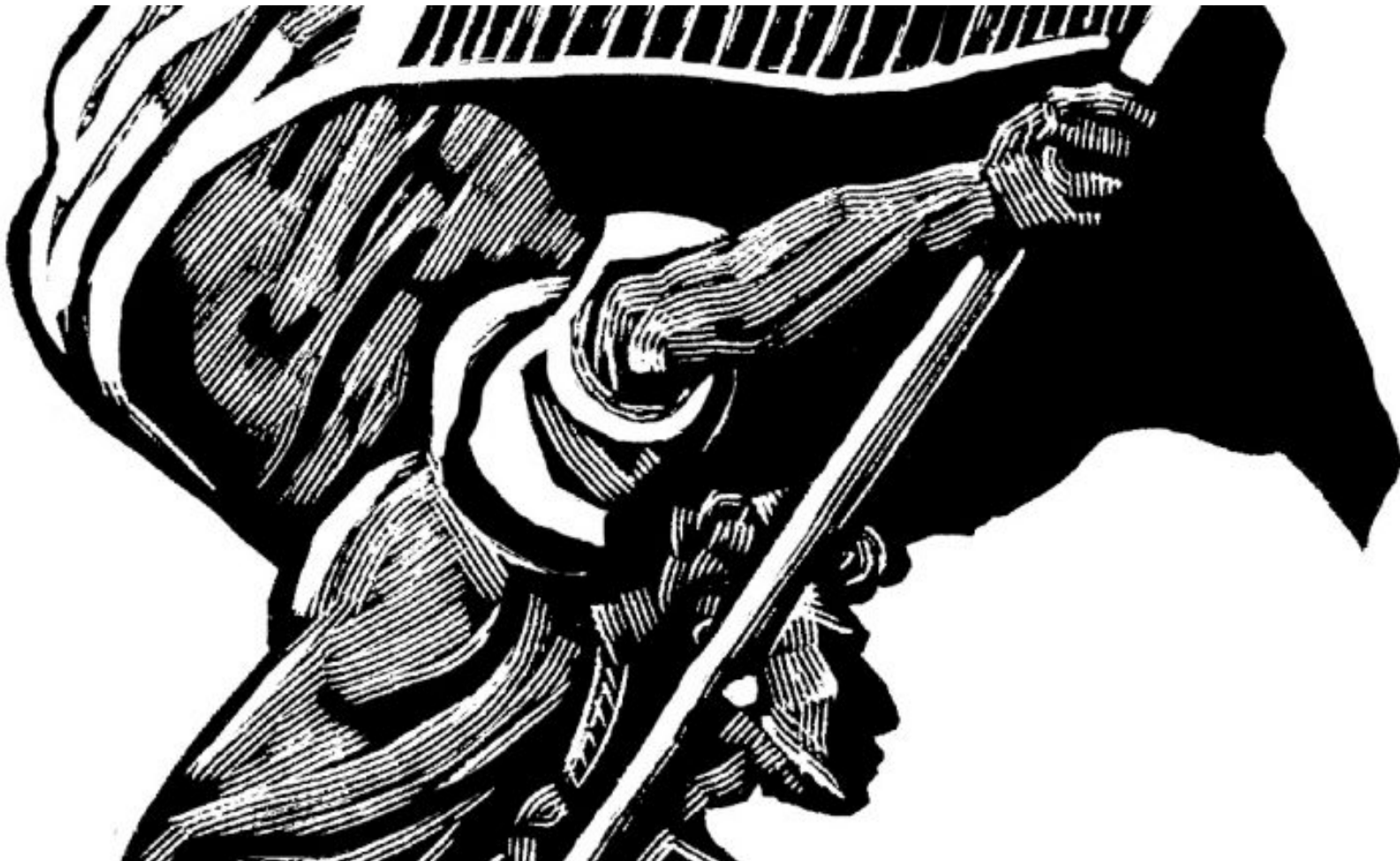
mínima de los debates a tratar y anime a nuestros lectores a profundizar en el análisis apoyándose en los clásicos del marxismo y demás materiales elaborados por la CMI.

Enumeramos los temas a tratar en la escuela y ponemos en paréntesis la página, de la presente publicación donde se encuentra el material de apoyo.

- La vida y las ideas de Federico Engels (10)
- La historia de la CMI (16)
- El marxismo y la ciencia moderna: Dialéctica de la naturaleza (19)
- ¿El opio del pueblo? Marxismo y religión (29)
- ¡Cambio de sistema, no cambio climático! El marxismo y el medio ambiente (32)
- Colaboración de clase, compromiso y la crisis del reformismo (34)
- ¿Es la lucha de clases "eurocéntrica"? Marxismo frente a poscolonialismo (37)
- Libertad a través de la lucha: El Marxismo frente a la teoría Queer (42)
- ¿Tiene sentido la historia? El materialismo histórico a prueba (46)
- Su moral y la nuestra: Marxismo frente a pacifismo (49)
- La miseria de la filosofía: Marxismo contra posmodernismo (53)
- En defensa de la economía marxista (55)
- La política de la división: Marxismo frente a política de identidad (59)
- La lucha de clases y mentalidad de pequeño círculo: Marxismo contra sectarismo (64)
- Espontaneidad, organización y el papel del Estado: Marxismo contra anarquismo (65)
- ¿Por qué ha fracasado el capitalismo? (67)

Para poder participar es necesario registrarte en ésta dirección:

university.marxist.com/es



30 años de la CMI en México

Contexto del surgimiento de la CMI en México y Militante, su primera publicación

Adrián Alvarado

El presente artículo tiene por objeto conmemorar 30 años de la publicación del primer periódico de nuestra tendencia marxista en México (julio-agosto de 1990).

Iniciar un recuento histórico tendría que pasar por señalar que nuestra organización es realmente joven, pero a la vez tan añeja como la historia misma del movimiento marxista. Provenimos en línea directa de las organizaciones fundadas por Marx y Engels durante la segunda mitad del siglo XIX, de la III internacional de Lenin y Trotsky y de la lucha de Trotsky por construir una IV internacional. Las circunstancias históricas y el proceso vivo de lucha de clases provocaron que, durante los 20 años posteriores a la segunda guerra mundial, las fuerzas más sanas del marxismo se concentraran en la lucha de Ted Grant y sus camaradas por construir una organización marxista internacional, partiendo del Reino Unido. Ese esfuerzo fructificó en la creación del periódico *Militante*, que durante más de 20 años animó las principales luchas de los trabajadores en Inglaterra. A principios de los setentas, los marxistas británicos habían llegado a posiciones importantes en las juventudes laboristas y ello les permitió establecer importantes lazos con jóvenes de izquierda dentro de algunos de los principales partidos tradicionales en Europa. Uno de los triunfos más destacados fue el conseguir ganar a importantes miembros de las juventudes socialistas del Partido Socialista Obrero Español en la clandestinidad.

El advenimiento de los acontecimientos revolucionarios en el Estado Español, con motivo de la caída de la dictadura franquis-



ta, dio pie a un rápido desarrollo del primer núcleo de marxistas el cual logró posiciones importantes en la mayoría de las provincias de la península antes de que la dirección del PSOE, que ya había trabajado pactos con la burguesía, lanzara una cacería de brujas que culminaría en la expulsión del PSOE de la mayoría de los camaradas.

Los triunfos en el Estado Español no fueron aislados, la crisis del capitalismo de los setentas generó condiciones propicias para el desarrollo de nuestra tendencia en multitud de países como Italia, Suecia, Australia, Grecia, Alemania, etc.

Nuestra organización en Inglaterra a mediados de los ochentas rebasaba los 5 mil militantes y

Millones de trabajadores y jóvenes de todo el mundo se están haciendo la misma pregunta: ¿ha sido aplicado el socialismo en los países del Este en las líneas que Marx, Engels, Lenin y Trotsky planteaban? ¿No sirve y por lo tanto, el socialismo ha muerto como predica la burguesía? Una respuesta clara a estas cuestiones sólo puede provenir de mirar la realidad tal como es, ayudados por la experiencia del movimiento obrero.

Un sistema social para tener razón de ser debe asegurar condiciones de trabajo y vida digna para todos y ofrecer un futuro para la juventud. A pesar de la febril campaña de propaganda en los medios de comunicación de la clase dominante, que nos presentan el capitalismo como un sistema en auge y en todo caso como la única solución posible a la que debemos resignarnos, la realidad suministra datos que nos demuestran la montaña de mentiras utilizadas por los ricos para tapar el hecho de que una minoría es cada vez más fabulosamente rica a costa de la miseria de 1,000 millones de seres humanos y el hambre física de otros 1,000 millones de los 3,500 que viven bajo el capitalismo. Un sistema donde anualmente mueren 65 millones de personas de inanición, no es un sistema que sirva para solucionar los problemas básicos de alimentación, vivienda y educación. Esta es la verdadera cara del capitalismo.

Marx, hace un siglo definió este proceso como la tendencia a la miseria creciente de las masas. Y hoy en día este proceso ha amenazado con convertirse en una profunda degeneración y barbarie: ¡en Perú se ha llegado a comerciar con grasa humana para venderla a las empresas de perfumería!

A estos argumentos la burguesía contesta que un boom económico ha sacudido los países capitalistas en la última década. Pero olvida que en Haití, México o Malawi, donde un 10% de la población está amenazada de muerte por inanición, nada se ha recibido del boom sino crisis, deuda externa, más miseria y sobreexplotación. La riqueza acumulada en los siete grandes del capitalismo, con Estados Unidos, Japón y Alemania a la cabeza, se ha basado en comprar materias primas a bajo costo a los países del llamado Tercer Mundo y venderles sus productos

elaborados a un precio tres veces superior, lo que se denomina la ley del intercambio desigual. También hemos visto como las burguesías más poderosas han debido atacar a su propia clase obrera, intentando imponer jornadas extenuantes de 10 y 12 horas, recorte salarial, subida de precios, despidos masivos, subidas de impuestos y recorte del gasto público.

En Estados Unidos, una cuarta parte de la población son pobres (40 millones). Tan sólo en enero de este año cerraron 40 empresas. En la "próspera" Europa como nos la presenta Zabludovsky en Eco, hay más de 25 millones de desempleados. Si el capitalismo fuera un sistema sano, capaz de ofrecer progreso, bienestar, ¿cómo explicar las enormes explosiones sociales fruto del hambre y la desesperación en Caracas, Buenos Aires o Argelia, o el proceso mundial de huelgas generales para defender los salarios y las condiciones laborales? Cada vez vemos con más claridad como los gobiernos abiertamente burgueses y los pretendidamente "socialistas", Carlos Andrés Pérez en Venezuela o Felipe González en España, se dan la mano en las mismas políticas de capitalismo salvaje y poner el país en venta. Tal "socialismo", igual que sucede con el que fuera denominado "socialismo real", el estalinismo en verdad, es una máscara para engañar a los trabajadores falsificando la esencia del socialismo revolucionario, el marxismo.

Socialismo significa participación de los trabajadores en el control y gestión directa de las decisiones económicas, políticas y sociales. Sin esta premisa, antes o después se dan las condiciones para el surgimiento de una minoría privilegiada y corrupta que se eleva por encima de los trabajadores. En ninguno de los países mal llamados socialistas se cumplían las cuatro condiciones básicas que Lenin planteó para la existencia de un régimen auténtico de democracia obrera:

- * Ningún funcionario debe ganar más salario que el equivalente de un obrero calificado.
- * Rotatividad de los puestos de responsabilidad para evitar la existencia de una burocracia eterna.
- * Revocabilidad inmediata de todos los cargos por quienes los eligieron.
- * No a un ejército permanente al servicio de la burocracia. Sustitución por el pueblo en armas.

Durante décadas la superioridad de la economía planificada ha quedado demostrada en el desarrollo de la URSS en relación a la anarquía del capitalismo. Así como también en las condiciones de vida desarrolladas en la RDA (Alemania Democrática). Los sueldos se encuentran entre 1,800,000 y los 2,500,000 de pesos mensuales. La educación y la sanidad son gratuitas. La renta de un departamento en Berlín cuesta al mes 175,000 pesos con calefacción y agua caliente. Las guarderías cuestan 1,350 pesos al día y no existe el desempleo. El problema no es la economía planificada sino el control burocrático que sobre ella ejerce una casta privilegiada. Las perspectivas de una unificación alemana bajo el capitalismo tendrían como resultado trasladar las cifras de desempleo, despidos, privatizaciones y cierres de empresas de los países de la Europa capitalista, convirtiéndola a la RDA, igual que sucederá en otros países del Este, en manos de obra barata para las transnacionales.

Después de un inicial periodo de desorientación y confusión entre sectores amplios de la población creado por las expectativas en torno al capitalismo alentadas por los nuevos burócratas cuando quede demostrado el futuro incierto del capitalismo y la bancarrota de los nuevos burócratas, otro periodo



nuestra influencia fue tal que se lograron obtener un par de diputaciones por el Partido Laborista, así como ganar las elecciones municipales en Liverpool.

Un triunfo muy destacado fue el movimiento Anti-Poll Tax, que era un impuesto anti obrero que Margaret Thatcher pretendió imponer alrededor de 1990, la lucha que significó la movilización de cientos de miles de personas y la caída del gobierno de la "dama de hierro" fue para nosotros una muestra del enorme potencial de nuestras ideas. Pero también ocultó severos problemas que después nos acarrearían severos reveses.

En el Estado Español los marxistas sumaron a su tradicional influencia dentro del movimiento sindical, -hasta la expulsión ordenada por el PSOE teníamos la dirección de la UGT en Álava-, la construcción de una organización estudiantil tradicional, el Sindicato de Estudiantes. Con ello estuvimos en condiciones de dirigir impresionantes movilizaciones que desembocaron en la Huelga General del 14 de diciembre de 1988 y la lucha contra la primera guerra del golfo dos años después.

En este marco sobrevino la caída de los países de Europa de Este, como es conocido nuestra posición política al respecto de la problemática de los estados obreros deformados era que sólo una revolución les permitiría avanzar hacia el so-

cialismo. Nuestras primeras impresiones al respecto estaban basadas en la perspectiva de que las masas se abrirían paso hacia el socialismo sobre las ruinas del estalinismo, algo que por cierto era perfectamente posible. Lamentablemente el nivel de degeneración de la burocracia había provocado un espantoso estancamiento económico que se combinó una relativo boom en los países capitalistas avanzados, ello generó la idea en sectores decisivos de las masas que el capitalismo no podía ser peor que lo que conocían como socialismo, al mismo tiempo, tal como predijo Trotsky, la mayor parte de la burocracia de los partidos estalinistas abrazó con fervor el camino hacia el capitalismo generando un verdadero vacío, que a la larga fue facilitando la introducción de medidas capitalistas al grado que conocemos ahora.

No obstante, nuestras perspectivas de finales de los ochentas estaban precedidas de triunfos y nuestra idea, como la de cualquier organización revolucionaria, era que deberíamos aprovechar las buenas condiciones para crecer (perspectivas mundiales del año de 1988).

El inicio

La CMI mandó una importante delegación de compañeros al encuentro juvenil de Pyongyang en Corea del Norte en el año de 1989,

en ella los camaradas del Sindicato de Estudiantes contactaron con un miembro del Comité de Lucha del politécnico, estableciendo el compromiso de una visita a México.

En nuestro país dos acontecimientos estaban sacudiendo a las organizaciones de izquierda y a los jóvenes estudiantes, que militando o no ellas, estábamos activos en la política; por un lado la caída de Europa del Este ponía en cuestionamiento todas nuestras premisas teóricas, -incluyendo a los maoístas que también contemplaban los hechos de Tiananmen con ojos incrédulos-, por otro lado el más importante movimiento de masas desde el 68 había puesto al régimen del PRI al borde de la debacle. La explosión puso en evidencia la incapacidad del conjunto de organizaciones de izquierda para ponerse al frente de una lucha que durante toda su vida habían esperado. Actuando siempre a la cola de los acontecimientos, pasaron de una actitud sectaria frente al cardenismo a un seguidísimo acrítico. Algunos jóvenes que recién empezábamos a militar y que aún no habíamos sido invadidos por el cinismo de los dirigentes de aquel entonces, estábamos, pues, en condiciones de atender alternativas que se inscribieran en la lógica del socialismo y del marxismo.

El decir que una capa de jóvenes estaba abiertos a recibir nuevas ideas no significa que llegar a



ellos fuera fácil. Producto del trabajo de los camaradas españoles en Corea durante el año de 1989 hubo dos visitas, en la segunda un camarada estableció un grupo de contactos que se fueron decantando con el paso del tiempo. En realidad el único mérito de aquel primer grupo fue el de tender puentes hacia compañeros verdaderamente dispuestos a construir la organización.

Los primeros meses de 1990 fueron centrados en dos aspectos, uno de ellos era fortalecer un primer núcleo duro de camaradas y el otro era el de publicar el primer número del periódico, evidentemente ambas tareas se complementaban. Se formó inicialmente un comité de cuadros que hacía las veces de CC, al mismo tiempo se creó una primera ejecutiva y se lanzaron los primeros grupos de base en la UNAM, la ENAH, el IPN, y en el norte de la ciudad.

Partiendo de una capa de unos 15 compañeros activos se publicó el primer número del periódico en agosto de 1990. Su aparición fue importante en la medida de que por este medio se logró demostrar a muchos contactos que permanecían a la expectativa, que se trataba de un grupo serio, que no se trataba de hablar y luego no hacer nada. Por otro lado, la publicación de Militante (antiguo nombre de nuestro periódico que ahora se llama La izquierda socialista) ayudó



a que la capa de compañeros que ya militaban se fuera educando en las labores organizativas que implica publicar un periódico.

Se dice que el periódico es un organizador colectivo y ello fue cierto en los primeros años de Militante de una forma patente. Se partía casi de la nada, se diseñaba con cartulinas, en las cuales se co-

locaban las columnas y las fotos con pegamento, las correcciones se hacían sobre la cartulina recortando pedazos de letra o palabras. La elaboración llevaba al menos 15 días y prácticamente ocupaba todo el tiempo del liberado, no obstante el periódico nunca dejó de publicarse desde ese primer número de julio-agosto de 1990.



30 años luchando por el socialismo...



...30 años defendiendo las ideas el marxismo



Federico Engels

V.I. Lenin

¡Qué antorcha de la razón se ha apagado!

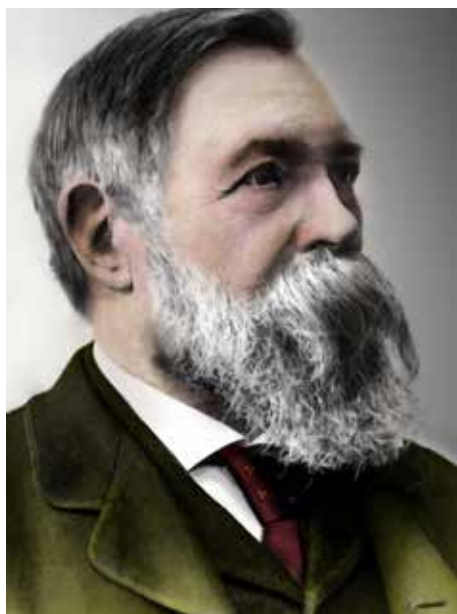
¡Qué gran corazón ha dejado de latir! [1]

El 5 de agosto del nuevo calendario (24 de julio) de 1895 falleció en Londres Federico Engels. Después de su amigo Carlos Marx (fallecido en 1883), Engels fue el más notable científico y maestro del proletariado contemporáneo de todo el mundo civilizado. Desde que el destino relacionó a Carlos Marx con Federico Engels, la obra a la que ambos amigos consagraron su vida se convirtió en común. Por eso, para comprender lo que Engels ha hecho por el proletariado es necesario entender claramente la importancia de la doctrina y actividad de Marx para el desarrollo del movimiento obrero contemporáneo. Marx y Engels fueron los primeros en demostrar que la clase obrera, con sus reivindicaciones, es el resultado necesario del sistema económico actual que, con la burguesía, crea y organiza inevitablemente al proletariado. Demostraron que

la humanidad se verá liberada de las calamidades que la azotan actualmente, no por los esfuerzos bienintencionados de algunas nobles personalidades, sino por la lucha de clase del proletariado organizado. Marx y Engels fueron los primeros en esclarecer en sus obras científicas que el socialismo no es una invención de soñadores, sino la meta final y el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas dentro de la sociedad contemporánea. Toda la historia escrita hasta ahora es la historia de la lucha de clases, del cambio sucesivo en el dominio y en la victoria de una clase social sobre otra. Y esto continuará hasta que desaparezcan las bases de la lucha de clases y del dominio de clase: la propiedad privada y la producción social caótica. Los intereses del proletariado exigen que dichas bases sean destruidas, por lo que la lucha de clases consciente de los obreros organizados debe ser dirigida contra ellas. Y toda lucha de clases es una lucha política.

En nuestros días todo el proletariado en lucha por su emancipación ha hecho suyos estos

conceptos de Marx y de Engels. Pero cuando los dos amigos colaboraban en la década del 40, en las publicaciones socialistas, y participaban en los movimientos sociales de su tiempo, estos puntos de vista eran completamente nuevos. A la sazón había muchos hombres con talento y otros sin él, muchos honestos y otros deshonestos, que en el ardor de la lucha por la libertad política, en la lucha contra la autocracia de los zares, de la policía y del clero, no percibían el antagonismo existente entre los intereses de la burguesía y los del proletariado. Esos hombres no admitían siquiera la idea de que los obreros actuaran como una fuerza social independiente. Por otra parte, hubo muchos soñadores, algunas veces geniales, que creían que bastaba convencer a los gobernantes y a las clases dominantes de la injusticia del régimen social existente para que resultara fácil implantar en el mundo la paz y el bienestar general. Soñaban con un socialismo sin lucha. Finalmente, casi todos los socialistas de aquella época, y en general los amigos de la clase obrera, sólo veían en el proletaria-





do una lacra y contemplaban con horror cómo, a la par que crecía la industria, crecía también esa lacra. Por eso todos ellos pensaban cómo detener el desarrollo de la industria y del proletariado, detener “la rueda de la historia”. Contrariamente al miedo general ante el desarrollo del proletariado, Marx y Engels cifraban todas sus esperanzas en su continuo crecimiento. Cuantos más proletarios haya, tanto mayor será su fuerza como clase revolucionaria, y tanto más próximo y posible ser á el socialismo. Podrían expresarse en pocas palabras los servicios prestados por Marx y Engels a la clase obrera diciendo que le enseñaron a conocerse y a tomar conciencia de sí misma, y sustituyeron las quimeras por la ciencia.

He ahí por qué el nombre y la vida de Engels deben ser conocidos por todo obrero; tal es el motivo de que incluyamos en nuestra recopilación – que como todo lo que editamos tiene por objeto despertar la conciencia de clase de los obreros rusos – un esbozo sobre la vida y la actividad de Federico Engels, uno de los dos grandes maestros del proletariado contemporáneo.

Engels nació en 1820, en la ciudad de Barmen, provincia renana del reino de Prusia. Su padre era fabricante. En 1838, se vio obligado por motivos familiares, antes

de terminar los estudios secundarios, a emplearse como dependiente en una casa de comercio de Bremen. Este trabajo no le impidió ocuparse de su capacitación científica y política. Cuando era todavía estudiante secundario, llegó a odiar la autocracia y la arbitrariedad de los funcionarios. El estudio de la filosofía lo llevó aún más lejos. En aquella época predominaba en la filosofía alemana la doctrina de Hegel, de la que Engels se hizo partidario. A pesar de que el propio Hegel era admirador del Estado absolutista prusiano, a cuyo servicio se hallaba como profesor de la Universidad de Berlín, su doctrina era revolucionaria. La fe de Hegel en la razón humana y en los derechos de ésta, y la tesis fundamental de la filosofía hegeliana, según la cual existe en el mundo un constante proceso de cambio y desarrollo, condujeron a los discípulos del filósofo berlinés que no querían aceptar la realidad, a la idea de que la lucha contra esa realidad, la lucha contra la injusticia existente y el mal reinante procede también de la ley universal del desarrollo perpetuo. Si todo se desarrolla, si ciertas instituciones son remplazadas por otras, ¿por qué, entonces, deben perdurar eternamente el absolutismo del rey prusiano o del zar ruso, el enriquecimiento de una ínfima minoría a expensas de la inmensa mayoría, el domi-

nio de la burguesía sobre el pueblo? La filosofía de Hegel hablaba del desarrollo del espíritu y de las ideas: era idealista. Del desarrollo del espíritu deducía el de la naturaleza, el del hombre y el de las relaciones entre los hombres en la sociedad. Marx y Engels conservaron la idea de Hegel sobre el perpetuo proceso de desarrollo *, y rechazaron su preconcebida concepción idealista; el estudio de la vida real les mostró que el desarrollo del espíritu no explica el de la naturaleza, sino que por el contrario conviene explicar el espíritu a partir de la naturaleza, de la materia. . . Contrariamente a Hegel y otros hegelianos, Marx y Engels eran materialistas. Enfocaron el mundo y la humanidad desde el punto de vista materialista, y comprobaron que, así como todos los fenómenos de la naturaleza tienen causas materiales, así también el desarrollo de la sociedad humana está condicionado por el de fuerzas materiales, las fuerzas productivas. Del desarrollo de estas últimas dependen las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción de los objetos necesarios para satisfacer sus necesidades. Y son dichas relaciones las que explican todos los fenómenos de la vida social, las aspiraciones del hombre, sus ideas y sus leyes. El desarrollo de las fuerzas productivas crea las relaciones sociales,





que se basan en la propiedad privada; pero hoy vemos también cómo ese mismo desarrollo de las fuerzas productivas priva a la mayoría de toda propiedad para concentrarla en manos de una ínfima minoría. Destruye la propiedad, base del régimen social contemporáneo, y tiende por sí mismo al mismo fin que se han planteado los socialistas. Estos sólo deben comprender cuál es la fuerza social que por su situación en la sociedad contemporánea está interesada en la realización del socialismo, e inculcar a esa fuerza la conciencia de sus intereses y de su misión histórica. Esta fuerza es el proletariado. Engels lo conoció en Inglaterra, en Manchester, centro de la industria inglesa, adonde se trasladó en 1842 para trabajar en una firma comercial de la que su padre era accionista. Engels no se limitó a permanecer en la oficina de la fábrica, sino que recorrió los sórdidos barrios en los que se albergaban los obreros y vio con sus propios ojos su miseria y sufrimientos. No se limitó a observar personalmente; leyó todo lo que se había escrito hasta entonces sobre la situación de la clase obrera inglesa y estudió minuciosamente todos los documentos oficiales que estaban a su alcance. Como fruto de sus observaciones y estudios apareció en 1845 su li-

bro La situación de la clase obrera en Inglaterra. Ya hemos señalado más arriba cuál fue el mérito principal de Engels como autor de dicho libro. Es cierto que antes que él muchos otros describieron los padecimientos del proletariado y señalaron la necesidad de ayudarlo. Pero Engels fue el primero en afirmar que el proletariado no es sólo una clase que sufre, sino que la vergonzosa situación económica en que se encuentra lo impulsa incontinentemente hacia adelante y lo obliga a luchar por su emancipación definitiva. Y el proletariado en lucha se ayudará a sí mismo. El movimiento político de la clase obrera llevará ineludiblemente a los trabajadores a darse cuenta de que no les queda otra salida que el socialismo. A su vez, éste sólo será una fuerza cuando se convierta en el objetivo de la lucha política de la clase obrera. Estas son las ideas fundamentales del libro de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, ideas que todo el proletariado que piensa y lucha ha hecho suyas, pero que entonces eran completamente nuevas. Fueron expuestas en un libro cautivante en el que se describe del modo más fidedigno y patético las penurias que sufría el proletariado inglés. La obra constituía una terrible acusación contra el capitalismo y la burgue-

sía. La impresión que produjo fue muy grande. En todas partes comenzaron a citar la obra como el cuadro que mejor representaba la situación del proletariado contemporáneo. Y en efecto, ni antes de 1845, ni después, ha aparecido una descripción tan brillante y veraz de los padecimientos de la clase obrera.

Engels se hizo socialista sólo en Inglaterra. En Manchester se puso en contacto con militantes del movimiento obrero inglés y empezó a colaborar en las publicaciones socialistas inglesas. En 1844, al pasar por París de regreso a Alemania, conoció a Marx, con quien ya mantenía correspondencia. En París, bajo la influencia de los socialistas franceses y de la vida en Francia, Marx también se hizo socialista. Allí fue donde los dos amigos escribieron La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica. Esta obra, escrita en su mayor parte por Marx, y que fue publicada un año antes de aparecer La situación de la clase obrera en Inglaterra, sienta las bases del socialismo materialista revolucionario, cuyas ideas principales hemos expuesto más arriba. La sagrada familia es un apodo irónico dado a dos filósofos, los hermanos Bauer, y a sus discípulos. Estos señores practicaban una crítica fuera de toda realidad, por



encima de los partidos y de la política, que negaba toda actividad práctica y sólo contemplaba “críticamente” el mundo circundante y los sucesos que ocurrían en él. Los señores Bauer calificaban desdeñosamente al proletariado como una masa sin espíritu crítico. Marx y Engels protestaron enérgicamente contra esa tendencia absurda y nociva. En nombre de la verdadera personalidad humana, la del obrero pisoteado por las clases dominantes y por el Estado, exigieron, no una actitud contemplativa, sino la lucha por una mejor organización de la sociedad. Y, naturalmente, vieron en el proletariado la fuerza capaz de desarrollar esa lucha en la que está interesado. Antes de la aparición de *La sagrada familia*, Engels había publicado ya en la revista *Anales franco-alemanes*, editada por Marx y Ruge, su *Estudio crítico sobre la economía política*, en el que analizaba, desde el punto de vista socialista, los fenómenos básicos del régimen económico contemporáneo, como consecuencia inevitable de la dominación de la propiedad privada. Sin duda, su vinculación con Engels contribuyó a que Marx decidiera ocuparse de la economía política, ciencia en la que sus obras produjeron toda una revolución.

De 1845 a 1847 Engels vivió en Bruselas y en París, alternando los estudios científicos con las actividades prácticas entre los obreros alemanes residentes en dichas ciudades.

Allí Engels y Marx se relacionaron con una asociación clandestina alemana, la “Liga de los Comunistas” que les encargó expusieran los principios fundamentales del socialismo elaborado por ellos. Así surgió el famoso *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, que apareció en 1848. Este librito vale por tomos enteros: inspira y anima, aún hoy, a todo el proletariado organizado y combatiente del mundo civilizado.

La revolución de 1848, que estalló primero en Francia y se extendió después a otros países de Europa occidental determinó que Marx y Engels regresaran a su patria. Allí en la Prusia renana, asumieron la dirección de la *Nueva Gaceta Renana*, periódico democrático que aparecía en la ciudad de Colonia. Los dos amigos eran el alma de todas las aspiraciones democráticas revolucionarias de la Prusia renana. Ambos defendieron hasta sus últimas consecuencias los intereses del pueblo y de la libertad, contra las fuerzas de la reacción. Como se sabe, éstas triunfaron, *Nueva Gaceta Renana*

fue prohibida, y Marx, que durante su emigración había perdido los derechos de súbdito prusiano, fue expulsado del país; en cuanto a Engels, participó en la insurrección armada del pueblo, combatió en tres batallas por la libertad, y una vez derrotados los insurgentes se refugió en Suiza, desde donde llegó a Londres.

También Marx fue a vivir a Londres; Engels no tardó en emplearse de nuevo, y después se convirtió en socio de la misma casa de comercio de Manchester en la que había trabajado en la década del 40. Hasta 1870 vivió en Manchester, y Marx en Londres, lo cual no les impidió estar en estrecho contacto espiritual: se escribían casi a diario. En esta correspondencia los amigos intercambiaban sus opiniones y conocimientos, y continuaban elaborando en común el socialismo científico. En 1870, Engels se trasladó a Londres, y hasta 1883, año en que murió Marx, continuaron esa vida intelectual compartida, plena de intenso trabajo. Como fruto de la misma surgió, por parte de Marx, *El Capital*, la obra más grandiosa de nuestro siglo sobre economía política, y por parte de Engels, toda una serie de obras más o menos extensas. Marx trabajó en el análisis de los complejos fenómenos de la economía capitalista. Engels esclarecía en sus obras, escritas en un lenguaje muy ameno, polémico muchas veces, los problemas científicos más generales y los diversos fenómenos del pasado y el presente, inspirándose en la concepción materialista de la historia y en la doctrina económica de Marx. De estos trabajos de Engels citaremos la obra polémica contra Dühring (en ella el autor analiza los problemas más importantes de la filosofía, las ciencias naturales y la sociología)**; *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (traducida al ruso y editada en San Petersburgo, 3a ed. de 1895), Ludwig Feuerbach (traducción al ruso y notas de J. Plejánov, Ginebra, 1892)[2], un artículo sobre la política exterior

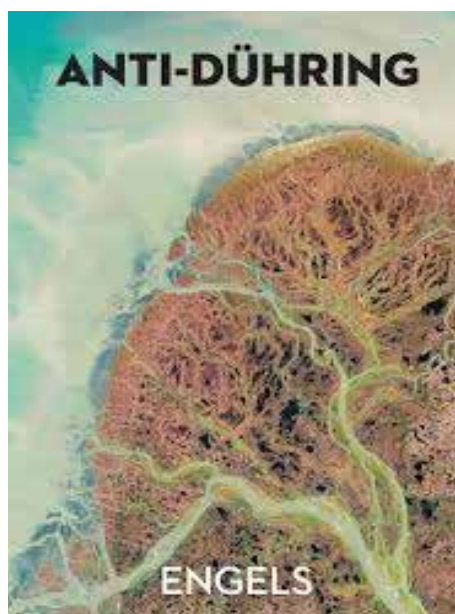
del gobierno ruso (traducido al ruso y publicado en Sotsial-Demokrat, núms. 1 y 2, en Ginebra) [3], sus magníficos artículos sobre el problema de la vivienda[4], y finalmente, dos artículos, cortos pero muy valiosos, sobre el desarrollo económico de Rusia (Federico Engels sobre Rusia, traducción rusa de V. Zasúlich, Ginebra 1894) [5]. Marx murió sin haber podido terminar en forma definitiva su grandiosa obra sobre el capital. Sin embargo, estaba concluida en borrador, y después de la muerte de su amigo, Engels emprendió la ardua tarea de redactar y publicar los tomos II y III. En 1885 editó el II y en 1894 el III (no tuvo tiempo de redactar el IV[6]). Estos dos tomos le exigieron muchísimo trabajo. El socialdemócrata austriaco Adler observó con razón que, con la edición de los tomos II y III de El Capital, Engels erigió a su genial amigo un monumento majestuoso en el cual, involuntariamente, grabó también con trazos indelebiles su propio nombre. En efecto, esos dos tomos de El Capital son la obra de los dos, Marx y Engels. Las leyendas de la antigüedad relatan diversos ejemplos de emocionante amistad. El proletariado europeo puede decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuyas relaciones superan a todas las conmovedoras leyendas antiguas sobre la amistad entre los hombres. Siempre, y por supuesto, con toda justicia, Engels se posponía a Marx. "Al lado de Marx -- escribió a un viejo amigo suyo -- siempre toqué el segundo violín." [7] Su afecto por Marx mientras vivió, y su veneración a la memoria del amigo desaparecido fueron infinitos. Este luchador austero y pensador profundo, tenía una gran sensibilidad.

Durante su exilio, después del movimiento de 1848-1849, Marx y Engels se dedicaron no sólo a la labor científica. Marx fundó en 1864 la "Asociación Internacional de los obreros" [8] que dirigió durante un decenio. También Engels participó activamente en sus tareas. La actividad de la "Asociación In-

ternacional" que, de acuerdo con las ideas de Marx, unía a los proletarios de todos los países, tuvo una enorme importancia para el desarrollo del movimiento obrero. Pero inclusive después de haber sido disuelta dicha asociación en la década del 70, el papel de Marx y Engels como unificadores de la clase obrera no cesó. Por el contrario, puede afirmarse que su importancia como dirigentes espirituales del movimiento obrero seguía creciendo constantemente, porque propio movimiento continuaba desarrollándose sin cesar. Después de la muerte de Marx, Engels siguió siendo el consejero y dirigente de los socialistas europeos. A él acudían en busca de consejos y directivas tanto los socialistas alemanes, cuyas fuerzas iban en constante y rápido aumento, a pesar de las persecuciones gubernamentales, como los representantes de países atrasados, por ejemplo españoles, rumanos, rusos, que se veían obligados a estudiar minuciosamente y medir con toda cautela sus primeros pasos. Todos ellos aprovechaban el riquísimo tesoro de conocimientos y experiencias del viejo Engels.

Marx y Engels, que conocían el ruso y leían las obras aparecidas en ese idioma, se interesaban vivamente por Rusia, seguían con simpatía el movimiento revolu-

cionario y mantenían relaciones con revolucionarios rusos. Antes de ser socialistas, los dos habían sido demócratas y el sentimiento democrático de odio a la arbitrariedad política estaba profundamente arraigado en ellos. Este sentido político innato, agregado a una profunda comprensión teórica del nexo existente entre la arbitrariedad política y la opresión económica, así como su riquísima experiencia de la vida, hicieron que Marx y Engels fueran extraordinariamente sensibles en el aspecto político. Por lo mismo, la heroica lucha sostenida por un puñado de revolucionarios rusos contra el poderoso gobierno zarista halló en el corazón de estos dos revolucionarios probados la más viva simpatía. Y por el contrario, era natural que la intención de volver la espalda a la tarea inmediata y más importante de los socialistas rusos -- la conquista de la libertad política --, en aras de supuestas ventajas económicas, les pareciese sospechosa e incluso fuese considerada por ellos como una traición a la gran causa de la revolución social. "La emancipación del proletariado debe ser obra del proletariado mismo", enseñaron siempre Marx y Engels. Y para luchar por su emancipación económica, el proletariado debe conquistar determinados derechos políticos. Además, Marx y





Engels veían con toda claridad que una revolución política en Rusia tendría también una enorme importancia para el movimiento obrero de Europa occidental. La Rusia autocrática ha sido siempre el baluarte de toda la reacción europea. La situación internacional extraordinariamente ventajosa en que colocó a Rusia la guerra de 1870, que sembró por largo tiempo la discordia entre Alemania y Francia, no hizo, por supuesto, más que aumentar la importancia de la Rusia autocrática como fuerza reaccionaria. Sólo una Rusia libre, que no tuviese necesidad de oprimir a los polacos, finlandeses, alemanes, armenios y otros pueblos pequeños, ni de azuzar continuamente una contra otra a Francia y Alemania, daría a la Europa contemporánea la posibilidad de respirar aliviada del peso de las guerras, debilitaría a todos los reaccionarios de Europa y aumentaría las fuerzas de la clase obrera europea. Por lo mismo, Engels, deseó fervientemente la instauración de la libertad política en Rusia, pues también contribuiría al éxito del movimiento obrero en Occidente. Con su muerte los revolucionarios rusos han perdido al mejor de sus amigos.

¡Memoria eterna a Federico Engels, gran luchador y maes tro del proletariado!

* Señalaron más de una vez que, en gran parte, debían su desarrollo intelectual a los grandes filósofos alemanes, y en particular a Hegel. “Sin la filosofía alemana -- dijo Engels -- no existiría tampoco el socialismo científico.”[9]

** Es un libro admirablemente instructivo y de rico contenido[10]. Por desgracia sólo se ha traducido al ruso una pequeña parte de esta obra, que contiene un esbozo histórico del desarrollo del socialismo (Desarrollo del socialismo científico[11], 2a ed., de Ginebra, 1892).

NOTAS

1. Las palabras citadas en el epígrafe al artículo Federico Engels las tomó V. I. Lenin de la poesía del poeta ruso Nikolái Alexéievich Nekrásov En memoria de Dobroliúbov.

2. Se refiere a la obra de F. Engels Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.

3. Se alude al artículo de F. Engels “La política exterior del zarismo ruso” (C. Marx y F. Engels, Obras Completas, t. XXII), impreso en los dos primeros números de la revista Sotsial-Demokrat de 1890 bajo el título “La política exterior del Imperio Ruso”.

Sotsial-Demokrat: revista literaria y política editada por el grupo “Emancipación del Trabajo” en 1890 en Londres y en 1892 en Ginebra; en total se publicaron cuatro números.

4. Lenin alude al artículo de F. Engels “Contribución al problema de la vivienda”. (C. Marx y F. Engels, Obras Completas, t. XXI.)

5. Se alude al artículo de F. Engels, “Acerca de las cuestiones sociales en Rusia” y el epílogo a dicho artículo. (C. Marx y F. Engels, Obras Completas, t. XVIII y XXII.)

6. En consonancia con una indicación de F. Engels, V. I. Lenin llama cuarto tomo de El Capital a la obra de C. Marx Teorías de la plusvalía. En el prefacio al segundo tomo de El Capital, Engels es-

cribió: “Me reservo el derecho de publicar la parte crítica de este manuscrito en concepto de IV volumen de El Capital, con la particularidad de que se suprimirán de él numerosos pasajes, agotados en los tomos II y III”. Sin embargo, Engels no tuvo tiempo de preparar para la prensa el IV tomo de El Capital. Teorías de la plusvalía se publicaron por vez primera en alemán redactadas por K. Kautsky en 1905-1910.

7. Se alude a la carta de F. Engels a I. Ph. Becker del 15 de octubre de 1884.

8. Asociación Internacional de los Obreros (I Internacional): se trata de la primera organización internacional del proletariado fundada en Londres por Marx en otoño de 1864. La I Internacional encabezada por Marx y Engels dirigía la lucha económica y política de los obreros de los diferentes países, realizaba la lucha enconada contra la corriente antimarxista del proudhonismo, bakuninismo, tradeunionismo y lassalleísmo, fortaleciendo la solidaridad obrera internacional. La I Internacional dejó de existir en realidad en 1872 después de la Conferencia de la Haya y fue disuelta oficialmente en 1876. Como lo señalaba Lenin, la I Internacional “sentó los fundamentos de la organización internacional de los trabajadores para preparar su ofensiva revolucionaria contra el capital”. (V. I. Lenin, Obras Completas, t. XXIX.)

9. Véase F. Engels, “Prefacio a La guerra campesina en Alemania. (C. Marx y F. Engels, Obras Completas, t. XVIII.)

10. Se alude a la obra de F. Engels Anti-Dühring.

11. Con este título se publicó en la edición rusa de 1892 la obra de F. Engels Del socialismo utópico al socialismo científico, basada en tres capítulos del libro de F. Engels Anti-Dühring.

Los orígenes de la degeneración de la Cuarta Internacional

Entrevista con Ted Grant

In defence of marxism

Entrevista con Ted Grant, dirigente del Partido Comunista Revolucionario (PCR) que fue la sección británica de la Cuarta Internacional en los años 40 del siglo pasado. Posteriormente, fue el fundador de la tendencia Militant que se convirtió en la principal organización trotskista internacional durante los años 70 y 80.

En 1947, el PCR presentó una serie de enmiendas escritas por Ud. al Manifiesto de la Cuarta Internacional ¿cuáles eran las diferencias?

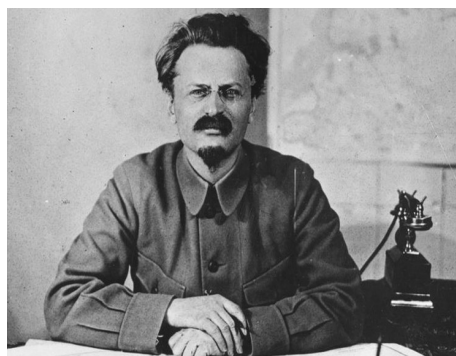
TG.- Había toda una serie de diferencias de carácter fundamental. Después de la muerte de Trotsky los dirigentes de la Cuarta Internacional estaban completamente perdidos. Mandel, Pablo, Frank, Hanson y los demás tenían una postura ultraizquierdista. Repetían lo que Trotsky había dicho en 1938 sin comprender el método de Trotsky. El resultado fue que quedaron totalmente confundidos.

P.- ¿Cuál fue el origen de su error?

TG.- La Segunda Guerra Mundial se desarrolló de una forma que ni siquiera el más grande de los marxistas podía haber previsto. No sólo Trotsky, sino que Hitler, Churchill, Roosevelt y Stalin tampoco habían previsto lo que ocurrió. La Segunda Guerra Mundial en Europa fue realmente una batalla gigantesca entre el Ejército Rojo y Hitler, con todos los recursos de Europa tras él. La victoria de la URSS fortaleció al estalinismo durante todo un período histórico. Al mismo tiempo que los reformistas y los estalinistas salvaban al capitalismo en Europa.

Esto creó las bases para una recuperación del capitalismo que más tarde se convirtió en un enorme auge económico. Las fuerzas del trotskismo se encontraron en una situación muy difícil porque

el reformismo y el estalinismo estaban fortalecidos. Las ilusiones en el estalinismo se reforzaron aún más después de la victoria de la Revolución China en 1949 y el derrocamiento del capitalismo, aunque de una forma burocrática distorsionada, en Europa del Este. Por otro lado, para nosotros el camino hacia los trabajadores reformistas también se cerró. El auge económico permitió a los dirigentes reformistas conseguir importantes reformas. El gobierno labo-



rista en Gran Bretaña fue el único de la historia que realmente pudo llevar a cabo su programa. Había enormes ilusiones entre los trabajadores. Nosotros estábamos aislados.

La dirección de la sección británica de la Cuarta Internacional (el Partido Comunista Revolucionario) llegó a la conclusión de que debido a estos acontecimientos, las perspectivas elaboradas por Trotsky en 1938 habían sido falseadas por la historia. Era necesario elaborar una nueva perspectiva teniendo en cuenta todos estos acontecimientos. Pero los "dirigentes" de la Cuarta estaban ciegos ante todo esto.

P.- ¿Cuál era su perspectiva?

TG.- Era una perspectiva totalmente ultraizquierdista. Pensaban que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Intentaron negar que había una recuperación económica, cuando estaba perfectamente claro. Hablaban del colap-

so económico. Nosotros decíamos que, todo lo contrario, por varias razones (que más tarde expliqué en mi documento ¿Habría una recesión?) habría una recuperación económica, aunque ninguno de nosotros pensaba que fuera a ser tan prolongada como fue.

Por esa razón durante un período sólo podríamos conseguir resultados modestos. Era principalmente una cuestión de formar a los cuadros, preservar nuestras fuerzas, ganar a uno o dos, quizá pequeños grupos acá o allá, y prepararnos para cuando cambiase la situación.

Pero Mandel, Pablo y compañía no aceptaron los hechos. Negaban la posibilidad de la democracia en Europa y pronosticaron regímenes (dictatoriales) bonapartistas. Nosotros nos opusimos a esta locura señalando que había un gobierno laborista en Gran Bretaña y que los partidos comunistas estaban en los gobiernos de Francia e Italia -aplicando por supuesto una política contrarrevolucionaria-. Pero como explicamos se trataba de una contrarrevolución con un disfraz democrático. Ellos no comprendieron nada de esto.

P.- ¿Asistió al congreso de la Internacional?

TG.- No pude asistir porque no conseguí el visado. Si he de ser sincero tampoco estaba particularmente entusiasmado por asistir porque sabía lo que iba a pasar. Enviamos a Jock Haston y a Jimmy Dean.

P.- ¿Qué impresión sacaron del congreso?

TG.- Se quedaron conmovidos. Regresaron a Londres y dijeron que fue una absoluta locura, una mezcla de ultraizquierdismo y oportunismo. Estaban amargamente desencantados con los dirigentes de la Cuarta Internacional -Pablo, Mandel, Pierre Frank y los demás-. Yo había tenido un enfrentamiento con Frank en 1945 cuando asistió al congreso del

PCR. Él no entendía nada, como decía muy bien Trotsky cuando sostuvo que no se debía permitir que Frank entrara en la Cuarta Internacional. Pero ellos lo pusieron en el Secretariado Internacional.

P.- ¿Tenían los compañeros británicos algún apoyo?

TG.- Conseguimos cierto eco pero ellos tenían la mayoría. A ellos no les gustaba el PCR porque pensábamos por nosotros mismos y eso no era de su agrado. Nunca nos rebatieron con argumentos políticos, siempre recurrieron a las intrigas y maniobras organizativas contra nosotros. Esto es algo letal para una organización revolucionaria.

P.- ¿Había otras tendencias opositoras?

TG.- En el SWP norteamericano había un grupo alrededor de Félix Morrow y Albert Goldman. Ellos tenían una posición mejor que la de Cannon y Hansen. Pero cometieron algunos errores y nosotros no los apoyamos. Pero Cannon nos acusó de apoyarlos e interferir en los asuntos internos del SWP. ¡Eso era algo irónico viniendo de Cannon porque él siempre estaba interfiriendo en los asuntos internos de la sección británica!

P.- ¿Qué tipo de maniobras utilizaron?

TG.- Nunca pudieron convencer a la dirección ni a la base del PCR a través de la discusión democrática y el argumento político. Utilizaron a un títere para que hiciera el trabajo sucio por ellos. Este fue Gerry Healy. No tenía ideas propias y actuaba como un completo zombi, siguiendo las órdenes que le llegaban desde París. Reunió a su alrededor a un pequeño grupo pero nunca consiguió convencer a la mayoría. Siempre estaba un 101 por ciento detrás de la dirección de la Internacional. En realidad era un "pablista" auténtico, seguía totalmente la línea política de Pablo. Pero existe una ley, si alguien te apoya un 101 por ciento hoy, mañana se volverá contra ti un 101 por ciento. Y eso ocurrió con Healy. Más tarde rompió con Pablo y apoyó a Cannon, hasta que también rompió con este último. Al final

rompió con ellos en todo. ¡Eso es lo que ocurre a este tipo de personas!

P.- ¿Cómo explicas la degeneración de la Cuarta Internacional?

TG.- Al final siempre se trata de una cuestión política. En 1946 la dirección de la Cuarta políticamente era ultraizquierdista (aunque éstos siempre combinaban el ultraizquierdismo con elementos de oportunismo). Más tarde se volvie-



ron totalmente oportunistas. Esto es lo que les ocurre a personas que no adoptan una posición dialéctica. Comienzan diciendo que todo lo que Trotsky dijo era correcto, sin entender el método que utilizaba el Viejo.

Uno de ellos, Sam Gordon, estaba en 1947 en Gran Bretaña y le preguntamos qué pensaba sobre lo que Trotsky escribió en 1938 cuando dijo que en diez años no quedaría piedra sobre piedra de las viejas Internacionales (la socialdemocracia y el estalinismo) y que la Cuarta Internacional se habría convertido en la fuerza decisiva del planeta. Y respondió: "No importa, todavía queda un año". ¡Hasta ese punto llegaba su entendimiento!

Más tarde, cuando los acontecimientos estaban frente a sus narices dieron un giro de ciento ochenta grados y adoptaron la posición contraria: Trotsky estaba completamente equivocado. Naturalmente terminaron con una posición totalmente revisionista. El resultado fue la confusión total.

P.- ¿Y en las cuestiones organizativas aplicaban el zinovievismo?

TG.- Eran totalmente zinovievistas, es decir, intentaban utilizar métodos organizativos para resolver cuestiones políticas. Esto es algo que Lenin y Trotsky nunca hicieron, y tampoco nosotros. Eso significa la destrucción de la orga-

nización. El Partido Bolchevique con Lenin y Trotsky era el partido más democrático que había existido. Habría sido para ellos impensable utilizar métodos organizativos contra sus oponentes. Más tarde eso llevó a la destrucción del PCR. Los dirigentes de la Internacional fueron los responsables, aunque lo hicieran a través de Healy.

P.- ¿Puede darme un ejemplo de su comportamiento?

TG.- ¡Hay muchos ejemplos! Estaban constantemente intrigando contra nosotros porque no podían convencernos políticamente. Utilizaron a su títere Healy para fomentar la división dentro del PCR. Como no pudo conseguir la mayoría lo escindió. Recuerdo en una ocasión que tuvimos un desacuerdo con la dirección de la Cuarta Internacional sobre la cuestión de Europa del Este. Nosotros planteamos la consigna de la retirada del Ejército Rojo de Europa del Este.

Healy inició una lucha feroz contra la "dirección anti-internacionalista de la sección británica", nos acusó de revisionistas y otras cosas por el estilo. Enviamos un telegrama a París pidiendo una clarificación de la postura de la Internacional. Ellos habían reconsiderado su posición anterior porque se dieron cuenta de que era insostenible. Ellos nos escribieron diciendo que estaban a favor de la retirada del Ejército Rojo.

No le dijimos nada a Healy sobre esta carta y la guardamos. Dejamos que él desvariara y delirara, hasta que Jock Haston, sin decir una palabra, publicó la carta y se la entregó. La leyó y dijo: "¡Bien, así que estamos de acuerdo!" Eso es todo. ¡Había llegado a un acuerdo por una carta! Ese era el comportamiento habitual de estas personas y sus títeres.

Recuerdo que hace unos años estaba yo en París y mantuve una conversación con Raúl, un viejo amigo que era lambertista. Me preguntó si me reuniría con Lambert. No me entusiasmaba la idea pero ante la insistencia de mi amigo finalmente accedí. Después me enteré de que Lambert había expulsado a uno de sus dirigentes, Saint Just. No sólo lo expulsaron a él sino también a

todos aquellos que lo defendieron. Cuando me enteré me puse furioso y le dije a Raúl que no me reuniría con Lambert porque “alguien que se comporta de esta manera no podrá construir un partido revolucionario ni en mil años”.

Pero todos se comportaban de la misma forma. Esta es otra de las razones de la destrucción de la Cuarta Internacional.

P.- Regresando a los desacuerdos políticos ¿cuál era la postura del PCR?

TG.- En pocas palabras, nosotros pronosticamos un largo período de democracia burguesa en Europa y dijimos que la Cuarta Internacional debía sacar las conclusiones y actuar consecuentemente. La dirección de la Internacional tenía la perspectiva de dictaduras bonapartistas en todas partes, una perspectiva de guerras y revoluciones. Era una postura totalmente equivocada y ultraizquierdista. Cometieron todo tipo de errores imaginables porque no nos escucharon. La historia demostró que nosotros teníamos razón y que ellos estaban equivocados en todas las cuestiones.

Si nos hubieran escuchado las cosas habrían sido diferentes, pero sólo hasta cierto punto. La razón principal de por qué no despegó la Cuarta Internacional era la propia situación objetiva. Durante un largo período de tiempo debíamos luchar contra la corriente, realmente durante todo un período histórico. Pero deberíamos haber preservado los cuadros, mantener junto al movimiento y prepararlo para nuevos progresos cuando la situación objetiva comenzara a cambiar, como sucedió. Y ahora está cambiando.

P.- ¿Cuál fue el papel de los dirigentes de la Cuarta Internacional?

TG.- Ellos no estuvieron al nivel de las tareas planteadas por la historia. Marx dijo en una ocasión que había sembrado dragones y recogido pulgas. Trotsky podría haber dicho algo parecido. Nosotros solíamos pensar: “Bueno, al menos serán abono para el futuro”. Pero ni siquiera eso. Pablo, Frank, Mandel, Cannon, Healy, Maitan, con-

siguieron desorientar totalmente al movimiento, lo llevaron de una crisis a otra. Al final, lo destruyeron

Por supuesto que cualquiera puede cometer un error. Pero si cometes un error debes ser honesto y admitir que te has equivocado, para aprender de eso. Ese siempre fue el método de Lenin y Trotsky. Pero estas personas cometieron un error tras otro y nunca estuvieron dispuestas a admitirlo. Por eso odiaban a la dirección del PCR, porque sabían que teníamos razón y ellos no estaban dispuestos a aceptarlo. Pusieron su prestigio personal por encima de los intereses del movimiento. ¡No hay nada más destructivo en la política que el prestigio

Es verdad que cualquiera puede equivocarse, pero si siempre comes el mismo error y no lo corriges, entonces ya no es un error sino una tendencia orgánica. Y lo que aquí tenemos es una tendencia orgánica, una tendencia pequeño burguesa, si queremos llamar a las cosas por su nombre.

Ellos absorbieron todas las estupideces de la pequeña burguesía sobre el enfoque de la liberación de la mujer, de los gays, el nacionalismo negro, el guerrillerismo... No quedaba rastro de las viejas ideas. En realidad, algunos de ellos, como el SWP estadounidense, ni siquiera se autodenominan ya trotskistas. ¡Esa es la venganza de la historia por la política y el comportamiento de los dirigentes del SWP en el pasado!

Los mandelistas franceses han abandonado la dictadura del proletariado (es decir, el marxismo revolucionario). Ahora piden a los trabajadores franceses que voten a Chirac en las elecciones presidenciales, supuestamente como “mal menor” frente a Le Pen. ¡Si el Viejo resucitase volvería a su tumba! Y naturalmente en todas partes están divididos en pedazos.

P.- ¿Qué queda hoy de la Cuarta Internacional?

TG.- No queda nada, excepto las ideas, métodos, programas y tradiciones de Trotsky y la Oposición de Izquierda. Y sólo se pueden encontrar en nuestra tendencia, la tendencia que nosotros fundamos, que en un principio

fue Militant y que ahora es Socialist Appeal y www.marxist.com.

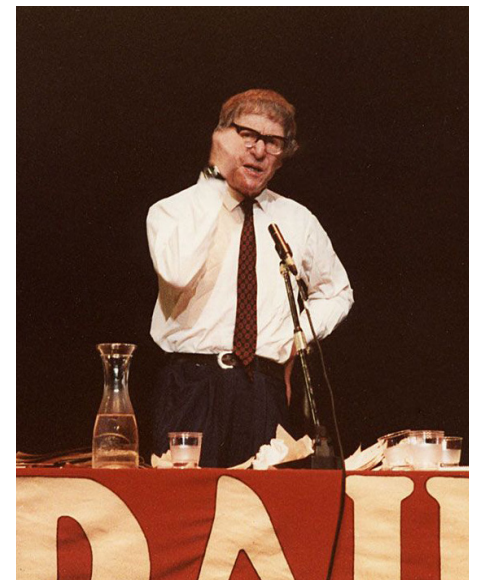
Mantenemos alta la bandera. Ha sido duro pero hemos mantenido vivas las ideas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, y se las entregamos a la nueva generación. Somos los únicos que lo hacemos. Podría añadir que durante los últimos cuarenta o cincuenta años he hecho una modesta contribución a las ideas, ampliándolas y extendiéndolas sobre la base de la experiencia.

En todas partes las sectas están desorganizadas. ¡Sufren la desgracia de las fusiones y la suerte de las escisiones! No tienen ningún futuro porque carecen de las ideas y están totalmente alejadas de las organizaciones de masas de la clase obrera. Están construyendo “partidos revolucionarios fantasmas” en las nubes. Les decimos adiós con la mano y continuamos con nuestro trabajo de construir las genuinas fuerzas del trotskismo, nacional e internacionalmente.

P.- ¿Cuáles son sus planes para el futuro?

TG.- Desgraciadamente ya no puedo estar tan activo como en el pasado. Pero como puedes ver todavía soy un hombre joven y soy más optimista que nunca con el futuro. Tenemos una galaxia de talentos con nosotros, nacional e internacionalmente. ¡El futuro de la Cuarta Internacional es nuestro futuro!

Junio 2002



El materialismo dialectico hoy

Alan Woods y Ted Grant

Estamos viviendo en una época de profundo cambio histórico. Después de un período de 40 años de crecimiento económico sin precedentes, el sistema capitalista está llegando a sus límites. En lugar de crecimiento nos enfrentamos al estancamiento económico, la recesión y una crisis de las fuerzas productivas. Incluso dejando de lado los países de África, Asia y América Latina, hay entre treinta y cuarenta millones de parados en los países capitalistas avanzados.

En la víspera del siglo XXI la humanidad se encuentra en una encrucijada. La crisis del capitalismo se manifiesta en todos los niveles de la vida. Se refleja en la especulación y la corrupción, el consumo de drogas, la violencia, el egoísmo y la indiferencia hacia los sufrimientos de los demás, el colapso de la familia burguesa, la crisis de la moralidad, la cultura y la filosofía burguesas. ¿Cómo podría ser de otra manera? Uno de los síntomas de un sistema social en crisis es que la clase dominante se da cuenta cada vez más de que es un freno al desarrollo de la sociedad.

La iglesia católica

En su período de ascenso histórico, la burguesía luchó contra el viejo oscurantismo de la iglesia católica —la más alta expresión de la ideología del feudalismo—. Aún antes de la revolución burguesa en Holanda y en Inglaterra, esta lucha fue anticipada por la titánica batalla lanzada por la ciencia contra la Inquisición. Copérnico, Giordano Bruno, Galileo y Kepler representaban la nueva manera de ver el mundo enfrentada a la camisa de fuerza del pasado.

La Revolución Francesa fue anunciada por las ideas de los filósofos materialistas de la época de las luces. En su fase progresista, la burguesía francesa era atea y materialista.

Combatió bajo la bandera de la Razón. Sólo cuando el levantamiento del proletariado significó una amenaza a su dominio, especialmente después de la Comuna de París, descubrió de golpe los encantos de la Madre Iglesia.

Pero en la época actual —la época de la decadencia senil del capitalismo— todos estos procesos se han convertido en su contrario. En palabras de Hegel “La Razón se convierte en la Sinrazón”. Es cierto que la religión “oficial” está en bancarrota. Las iglesias están vacías y en creciente crisis. En su lugar, vemos la proliferación de todo tipo de sectas y una epidemia de fundamentalismo religioso —cristiano, musulmán, judío e hindú—; un signo del callejón sin salida de la sociedad que vuelve locos a sectores de la pequeña burguesía. A medida que se acerca el nuevo siglo vemos los más terroríficos retrocesos hacia el oscurantismo medieval. Este fenómeno no se limita a Irán, la India y Argelia. En los Estados Unidos —el país capitalista más desarrollado y tecnológicamente más avanzado (junto con Japón)— hemos visto recientemente la “matanza de Waco”. En otros países occidentales vemos el desarrollo incontrolado de sectas religiosas, supersticiones, astrología y toda clase de tendencias irracionales. Todos estos fenómenos guardan un asombroso parecido con lo que ocurrió en el período de declive del Imperio Romano. Que nadie objete que este tipo de cosas se limitan a sectores marginales de la sociedad. Hace tan sólo diez años, el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, hizo un famoso discurso sobre el “Imperio del Mal” (Rusia) para justificar un programa de producción de los medios más terroríficos de destrucción —que podrían destruir todo el mundo varias veces. En ese discurso dijo lo siguiente: “En el mundo existen

el Pecado y el Mal, y las Sagradas Escrituras y Nuestro Señor Jesucristo nos dirigen a enfrentarnos a ellos con todas nuestras fuerzas”.

El lenguaje y el pensamiento del ex presidente del país capitalista más desarrollado viene directamente de la Edad Media. Es una contradicción dialéctica de primer orden. Y no está aislada. Cuando al primer astronauta de los EEUU se le pidió que diese un mensaje a la humanidad escogió... la primera frase del Génesis: “Al principio Dios creó el Cielo y la Tierra”. No es un accidente que, en algunos Estados de los EEUU, las escuelas están obligadas a enseñar la teoría de la “creación” en oposición a la de la evolución. Ni tampoco que los telepredicadores consigan fortunas a través de las ondas con una audiencia de millones.





Irracionalidad

¿De dónde surge toda esta irracionalidad? No es ajena a un sentimiento de impotencia en un mundo donde el destino de la humanidad está controlado por fuerzas aterradoras y aparentemente invisibles. Sólo hay que mirar al pánico en la bolsa, con hombres y mujeres “respetables” correteando arriba y abajo como las hormigas cuando se les destroza el nido. Estos espasmos periódicos, provocando el pánico del rebaño, son un ejemplo gráfico de la anarquía capitalista.

Marx explicó que las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante. En sus primeros días, la burguesía no sólo jugó un papel progresista, llevando más lejos las fronteras de la civilización, sino que era consciente de ello. Ahora los estrategas del capital están vencidos por el pesimismo. Son los representantes de un sistema sentenciado por la historia, pero no pueden reconciliarse con este hecho.

Esta contradicción central es el factor decisivo que deja su huella en la manera de pensar de la burguesía hoy en día. Lenin dijo que un hombre al borde de un abismo no razona. Es un hecho increíble que los consejos de dirección de las gigantes compañías multinacionales consulten astrólogos antes de tomar sus decisiones de inversión. ¡La única justificación para esto es que los resultados que les dan los brujos económicos profesionales no son mucho mejores! Cuanto más tiempo se le permita continuar a este sistema decrepito basado en el caos, la codicia y el parasitismo, mayor será la amenaza para los logros sociales, económicos y culturales acumulados de la humanidad.

Ciencia y sociedad

Hasta hace muy poco, parecía que el mundo de la ciencia estaba por encima de la decadencia general del capitalismo. Las maravillas de la ciencia y la tecnología modernas dieron un prestigio colosal a los científicos, que parecían tener cualidades casi mágicas. El respeto

ganado por la comunidad científica crecía en la misma proporción en que sus teorías se hacían cada vez más incomprensibles para la mayoría de la sociedad, incluida la gente más instruida.

Pero los científicos son seres normales que viven en el mismo mundo que todos nosotros. Y por lo tanto también pueden estar influenciados por las ideas, filosofías, políticas y prejuicios dominantes, por no hablar de intereses materiales en algunos casos muy sustanciosos. La mayoría de los científicos creen sinceramente que tienen la mente completamente abierta, que no tienen “ninguna filosofía”, simplemente se dedican a la consideración objetiva de “los hechos”. Por desgracia los hechos no se seleccionan por sí solos. Heráclito, ese pensador de la Antigüedad maravillosamente profundo, dijo una vez: “Los ojos y las orejas son malos testigos para hombres que tienen almas bárbaras”.

La palabra griega “bárbaro” significaba “alguien que no comprende el lenguaje”. La ciencia moderna nos da abundante material que confirma la afirmación de Engels de que “en última instancia la naturaleza funciona dialécticamente”. Y a pesar de eso, a cada paso, los científicos sacan conclusiones filosóficas completamente erróneas de su trabajo. Ahora mismo, el trabajo de muchos físicos de partículas fundamentales está basado en la búsqueda de una “teoría del todo” —una “gran teoría universal” (GUT).

Hace cien años, los científicos creían que las leyes de Maxwell sobre electromagnetismo servían para explicar las leyes fundamentales del Universo. Quedaban sólo algunas pocas cosas por clarificar, y se conocería todo lo que había que conocer acerca del funcionamiento del Universo. Por supuesto, había algunas discrepancias problemáticas, pero parecían ser pequeños detalles que podían ser ignorados.

Pero en pocas décadas estas discrepancias “menores” fueron suficientes para echar abajo todo el edificio y provocar una verdadera revolución científica. Durante la

mayor parte de este siglo, la física ha estado dominada por la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica que desplazaron la vieja mecánica clásica. A pesar de eso, en un principio los argumentos de Max Planck y Albert Einstein no tuvieron mucho eco en la comunidad científica, que se agarraba tenazmente a sus viejos puntos de vista. Hay una lección importante en esto. Cualquier intento de imponer una “solución final” a nuestra visión del universo está condenado a fracasar. Como dijo Hegel: “La verdad es infinita, su finitud es su negación”.

Anti-Dhüring

El materialismo dialéctico parte de la concepción de un universo material eterno, infinito, en evolución, en desarrollo y en constante cambio. Por lo tanto, nadie va a conseguir nunca la “teoría del todo”. No es posible poner un límite al conocimiento y al desarrollo humano. Todo límite de este tipo está condenado a ser superado. Esto se ha demostrado a lo largo de toda la historia de la ciencia.

Como explicó Engels en su obra maestra Anti-Dhüring: “Un sistema de conocimiento natural e histórico que lo abarca todo y es finito en el tiempo está en contradicción con las leyes fundamentales del pensamiento dialéctico, el cual, de todas maneras, lejos de excluir, incluye la idea de que el conocimiento sistemático del universo externo puede dar avances gigantes de generación en generación”.

Las teorías de la mecánica cuántica y de la relatividad han tenido un efecto importante en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. No obstante, no son la última palabra, de la misma manera que no lo eran las teorías de Maxwell. Una teoría provisional desplaza a otra teoría provisional, hasta que esta es superada de nuevo.

El desarrollo de la ciencia y del pensamiento humano en general consiste en una serie infinita de aproximaciones sucesivas, que penetran cada vez más profundamente en los secretos del universo. Esto es lo único “Absoluto” —el

proceso infinito del conocimiento humano a la búsqueda de la comprensión de un universo infinito y en constante cambio.

Desde el punto de vista del materialismo dialéctico materia y energía son lo mismo. Engels describió la energía ("moción") como "el modo de existencia, el atributo inherente de la materia" (La Dialéctica de la Naturaleza).

Einstein demostró que la luz, que durante mucho tiempo se había pensado que era una onda, se comportaba como una partícula, y estaba sujeta a la ley de la gravedad. Esto fue brillantemente confirmado en 1919 durante un eclipse de sol. Más tarde De Broglie demostró que la materia, que siempre se había creído que se componía de partículas, debía estar compuesta por ondas y participar de su naturaleza.

Durante muchos años la física discutió, si los electrones eran partículas u ondas. Finalmente, la mecánica cuántica demostró que estos pueden, y de hecho lo hacen, comportarse como partículas y como ondas.

Esta afirmación, en su día, causó una dura polémica. Iba en contra de las leyes de la lógica formal, o para decirlo de otro modo, del "sentido común".

"Pero el bien fundamentado sentido común," como señaló Engels, "que es un respetable compañero entre las cuatro paredes de casa, corre las más extraordinarias

aventuras cuando sale al ancho mundo de la investigación científica. Aquí, la manera metafísica de ver las cosas, justificable e incluso necesaria como es dentro de sus dominios cuya extensión varía según la naturaleza del objeto a investigar, llega siempre un momento más pronto o más tarde en que alcanza un límite más allá del cual pasa a ser unilateral, limitado y abstracto y se pierde en contradicciones insolubles" (Anti-Dühring).

La lógica formal

¿Cómo puede el sentido común aceptar que un electrón pueda estar en dos sitios al mismo tiempo? ¿O incluso moverse, a increíbles velocidades, al mismo tiempo en un número infinito de direcciones diferentes?

Para la lógica formal, basada en las llamadas Ley de la Identidad y Ley de la Contradicción, tal proposición sería algo monstruoso. Para andar por casa estas leyes se las arreglan bastante bien. Pero para cálculos más complicados, que impliquen, por ejemplo, grandes distancias, o velocidades extremadamente altas, o partículas infinitamente pequeñas, son incapaces de explicar las cosas. Simplemente son inaplicables. Para explicar este tipo de fenómenos se necesita un punto de vista dialéctico.

Citemos de nuevo a Engels: "Pero la situación es diferente tan pronto como consideramos las cosas en su movimiento, su cambio, su vida, sus influencias recíprocas unas en otras. Entonces inmediatamente aparecen las contradicciones. La moción en sí mismo es una contradicción: incluso el simple cambio mecánico de lugar sólo puede llegar a producirse con un cuerpo que esté en un momento dado y en ese mismo momento en un sitio y en otro, que esté en el mismo sitio y que no esté en él. Y el continuo planteamiento y solución simultánea de esta contradicción es precisamente lo que es el movimiento". (Anti-Dühring).

La idea de que un electrón puede ser una onda y una partícula que puede estar simultáneamente en un sitio y en otro distinto es una

brillante confirmación de la dialéctica tal y como fue elaborada no sólo por Marx y Engels, sino por Hegel, e incluso por Heráclito.

En 1927, Werner Heisenberg enunció su famoso "principio de indeterminación", según el cual es imposible determinar, con la precisión deseada, la posición y la velocidad de una partícula simultáneamente. Cuanto menos incierta sea la posición de una partícula, más incierto es su momento, y viceversa. (Esto también se aplica a otros pares específicos de propiedades). La dificultad de establecer con precisión la posición y velocidad de una partícula que se está moviendo a 5.000 millas por segundo en diferentes direcciones es evidente. Pero deducir de esto que la causalidad en general no existe es una proposición completamente falsa.

El rechazo al viejo determinismo mecánico de Laplace y otros fue correcto y necesario. Pero llevarlo hasta el punto de negar también la causalidad es una receta acabada para abandonar la ciencia y el pensamiento racional.

En su libro "La extraña historia del quantum", Banesh Hoffman no duda en afirmar que "la estricta causalidad es fundamental e intrínsecamente indemostrable. Por lo tanto, la estricta causalidad ya no es un concepto científico legítimo y debe ser expulsada del dominio oficial de la ciencia de nuestros días".

No es extraño que el mismo autor exclame en la misma página: "Es difícil decidir dónde acaba la ciencia y empieza el misticismo". ¡Desde luego! Una vez que negamos la causalidad, el universo se convierte en una cuestión totalmente arbitraria y azarosa. Todas las bases del pensamiento racional desaparecen y se abre la ventana a la irracionalidad y al misticismo más monstruoso.

Muchos científicos importantes estuvieron radicalmente en contra de la interpretación de Heisenberg sobre el fenómeno en consideración. Entre ellos estaban, no sólo Einstein, sino los principales pioneros en el campo de la mecáni-





ca cuántica, Max Plank y Louis De Broglie, y también Erwin Schroedinger cuya famosa ecuación fue crucial para su desarrollo.

Como un intento de justificar el rechazo a la causalidad, se suele alegar que “el observador crea el resultado de su observación por el acto de observación” (B. Hoffmann, op cit). Heisenberg y Niels Bohr defendían que un electrón se materializa en un punto dado sólo cuando es medido. El mecanismo preciso por el cual se supone que esto ocurre sigue siendo un misterio. Parece que debemos aceptar el planteamiento de que la observación en sí misma tiene un efecto decisivo sobre los procesos objetivos como un dogma de fe. El materialismo dialéctico parte de la objetividad del universo material, que nos es dada a través de la percepción sensorial. “Interpreto el mundo a través de mis sentidos”. Esto es evidente. Pero el mundo existe independientemente de mis sentidos. Esto se sobreentiende, podemos pensar, ¡pero no para la moderna filosofía burguesa!

Una de las principales corrientes de la filosofía del siglo veinte es el positivismo lógico, que precisamente niega la objetividad del mundo material. Más exactamente, considera que la misma cuestión de si el mundo existe o no es irrelevante y “metafísica”. Estos argumentos fueron contestados brillantemente por Lenin en 1908-9 en su libro Materialismo y Empirio-crítica: “Si el color es una sensación que sólo depende de la retina (como la ciencia natural nos lleva a admitir), entonces los rayos de luz, cayendo sobre la retina producen la sensación de color. Esto significa que fuera de nosotros, independientemente de nosotros y de nuestros pensamientos, existe un movimiento de materia, déjenos decir de ondas etéreas con una longitud determinada y una velocidad definida, las cuáles, actuando sobre la retina, producen la sensación de color. Así es precisamente como lo explica la ciencia natural. Explica las sensaciones de varios colores por las diferentes

longitudes de ondas luminosas que existen fuera de la retina humana e independientemente de ella. Esto es el materialismo: materia actuando sobre nuestros órganos sensoriales produciendo sensaciones. La sensación depende del cerebro, los nervios, la retina, etc., es decir de materia organizada de manera definida. La existencia de la materia no depende de la sensación. La materia es primaria. La sensación, el pensamiento, la conciencia son el producto supremo de la materia organizada de manera particular. Estos son los puntos de vista del materialismo en general y de Marx y Engels en particular”

Idealismo consciente

¿Y Heisenberg? Cuando era un estudiante, en 1919, Heisenberg era un idealista consciente, que admitió haber sido profundamente impresionado por el Timaeus de Platón (donde el idealismo de Platón se explica de manera más consistente). Entonces luchaba en las filas de los Freikorps reaccionarios contra los obreros alemanes. Por lo tanto, defendía que estaba “mucho más interesado en las ideas filosóficas profundas que en lo demás”, y que era necesario “apartarse de la idea del proceso objetivo en el tiempo y el espacio”.

En otras palabras, la interpretación filosófica de la mecánica cuántica de Heisenberg estaba muy lejos de ser el resultado objetivo de un experimento científico. Estaba claramente vinculada a la filosofía idealista que él aplicaba conscientemente a la física y que determinaba su punto de vista.

Las consecuencias reaccionarias de este idealismo subjetivo que intenta poner un límite al conocimiento humano, negando la objetividad de los fenómenos físicos como el movimiento de los fotones y los electrones, y que trata de negar la existencia de la causalidad en general, se demostró con la propia evolución de Heisenberg. Justificó su actividad de colaboración activa con los nazis porque “no hay guías generales a las que podamos adherirnos. Tenemos que

decidir por nosotros mismos, y no podemos decir por adelantado si lo estamos haciendo bien o mal”.

Schroedinger ridiculizó la afirmación de Heisenberg y Bohr de que, cuando un electrón no está siendo observado “no tiene posición” y sólo se materializa en un punto dado como resultado de la observación. Si coges un gato y lo pones en una caja con un frasco de cianuro, decía Schroedinger, cuando el contador Geiger detecta la decadencia de un átomo, el frasco se ha roto. Según Heisenberg, el átomo no “sabe” que ha decaído hasta que alguien lo observa. En este caso, por lo tanto, hasta que alguien no abra la caja y mire dentro, ¡el gato no estará vivo ni muerto!

Con esta anécdota, Schroedinger trataba de dejar claras las contradicciones absurdas debidas a la aceptación de interpretación idealista subjetiva que hacía Heisenberg de la física cuántica. Los procesos de la naturaleza tienen lugar objetivamente, independientemente de que haya seres humanos alrededor para observarlos. Negar la existencia de causalidad, la idea de que todas las acciones son casuales y no tienen causa es, por lo tanto, completamente falsa. Aceptarla sería negar toda la ciencia y, la posibilidad de hacer cualquier predicción.

Probabilidades y mecánica cuántica

Los científicos continuamente hacen predicciones que son verificadas por la observación y la experimentación. Esto incluye el campo de la mecánica cuántica, a pesar de la “indeterminación”. Aunque no es posible predecir con precisión el comportamiento de fotones o electrones individuales, es posible predecir con gran precisión el comportamiento de grandes cantidades de partículas.

No hay nada nuevo en esto. Lo que se conoce como “acontecimientos casuales masivos” se puede aplicar a un gran campo de fenómenos físicos, químicos, biológicos y sociales, desde el sexo de los recién nacidos hasta la frecuencia de defectos en una cadena de producción.

Las leyes de la probabilidad tienen una larga historia. Por ejemplo, la “ley de los grandes números” establece el principio general de que el efecto combinado de gran cantidad de factores accidentales produce, para una gran cantidad de dichos factores, resultados que son casi independientes de la casualidad. Esta idea fue expresada tan pronto como en 1713 por Bernoulli, cuya teoría fue generalizada por Poisson en 1837 y le dio una forma acabada Chebyshev en 1867.

La afirmación de que no podemos conocer las causas precisas, o predecir la posición y velocidad precisas de un electrón individual es, en realidad, un lugar común filosófico, sin ningún contenido. Intentar buscar una relación precisa de todas las coordinaciones e impulsos de cada partícula individual sería volver a la cruda determinación mecánica de Laplace. Este es, en realidad, un concepto fatalista que reduce la necesidad al nivel de la mera casualidad—es decir si todo está gobernado por una especie de decreto eterno, entonces todo es igualmente arbitrario, lo llamemos necesario o no. Como Engels planteó: “No se puede tratar de trazar la cadena causal en ninguno de estos casos: por lo tanto, somos tan sabios en una como en la otra, la llamada necesidad sigue siendo una frase vacía, y con ello —la casualidad sigue siendo lo que era”. (La Dialéctica de la Naturaleza).

Si fuese posible establecer todas las causas del movimiento de las partículas subatómicas, la investigación de éstas, en el caso de un solo electrón sería suficiente para mantener a todos los científicos del mundo ocupados por muchas vidas, y todavía no llegarían al final. Afortunadamente esto no es necesario. Aunque somos incapaces de precisar la posición “fija” y la velocidad de una partícula dada, que por lo tanto se puede decir que tiene un carácter casual, la situación cambia radicalmente cuando se trata de grandes cantidades de partículas. Y aquí, estamos tratando con cantidades realmente grandes. Cuan-

do tiramos una moneda al aire, la posibilidad de que sea “cara o cruz” se puede poner en un 50%. Esto es un fenómeno totalmente casual, que no se puede predecir. Pero los propietarios de los casinos, que supuestamente se basan en un juego de “azar” saben que, a largo plazo, el cero o doble cero saldrán con la misma frecuencia que cualquier otro número, y por lo tanto pueden sacar ganancias respetables y predecibles.

Lo mismo se aplica para las compañías de seguros que ganan grandes cantidades de dinero precisamente en base a las probabilidades, que en último término pasan a ser certezas prácticas, aunque no se puede predecir el destino preciso de los clientes individuales.

“La mecánica cuántica ha descubierto las leyes precisas y fantásticas que gobiernan las probabilidades, es precisamente tratando de cantidades como éstas que la ciencia supera sus problemas. Con semejantes medios la ciencia puede hacer las predicciones más audaces. A pesar de confesar humildemente su incapacidad para predecir el comportamiento exacto de electrones o fotones individuales u otras entidades fundamentales, puede decirte con enorme confianza cómo deben comportarse precisamente grandes multitudes de ellos” (B. Hoffmann, op. cit.)

Por cierto, estos ejemplos, sacados de los más diferentes campos, son excelentes ilustraciones de la ley dialéctica de la transformación de cantidad en calidad.

El desarrollo de la física cuántica representa una auténtica revolución en la ciencia, rompiendo decisivamente con el viejo determinismo mecánico autosuficiente de la física “clásica”. (El método “metafísico” como lo habría llamado Engels). En lugar de eso tenemos una visión de la naturaleza mucho más flexible, dinámica —en una palabra, dialéctica. Empezando por el descubrimiento de Plank de la existencia infinitesimal del quantum, que al principio pareció ser un pequeño detalle, toda la física se transformó. Así surgió una nue-

va ciencia que podía explicar los fenómenos de la transformación radioactiva y analizar con gran detalle los complejos datos del espectroscopio. Llevaba directamente al establecimiento de una nueva ciencia —la química teórica, capaz de resolver cuestiones previamente insolubles. En general toda una serie de dificultades teóricas eran eliminadas, cuando se aceptaba el nuevo punto de vista.

La fusión nuclear

La nueva física reveló las poderosas fuerzas que encerraba el núcleo atómico. Esto llevó directamente a la explotación de la energía nuclear —el camino para la potencial destrucción de la vida en la tierra— o una visión de abundancia inimaginable, sin límites y progreso social humano a través del uso pacífico de la fusión nuclear. He aquí un poderoso avance para la ciencia. Pero la mente humana —contrariamente a lo que piensan los idealistas— es conservadora por naturaleza. Esta revolución de la ciencia se produjo a pesar de que la mayoría de los científicos aceptaban las conclusiones filosóficas más primitivas y reaccionarias.

“Los científicos naturales” escribió Engels, “creen que están libres de la filosofía ignorándola o atacándola. Sin embargo, no pueden dar ni un paso sin pensar, y para pensar necesitan determinaciones mentales. Pero ellos toman estas categorías como un reflejo de la conciencia común de las llamadas personas instruidas, que en general está dominada por las reliquias de filosofías largamente obsoletas, o de la pequeña cantidad de filosofía obligatoria que han aprendido en la Universidad (que no sólo es fragmentaria, sino una mezcla de los puntos de vista de personas pertenecientes a las más variadas y con frecuencia peores escuelas), o de lecturas acríicas y no sistemáticas de escritos filosóficos de todo tipo. Por lo tanto no sólo no están menos influidos por la filosofía sino que en la mayoría de los casos lo están por la peor” (Dialéctica de la Naturaleza).



Así, en su conclusión a un trabajo sobre la revolución cuántica, Banesh Hoffmann es capaz de escribir: "Por lo tanto debemos maravillarnos mucho más de los poderes milagrosos de Dios que creó el cielo y la tierra de una esencia primitiva de tan exquisita sutileza que con ella pudo modelar cerebros y mentes dotados con el don de la clarividencia para penetrar sus misterios. Si la mente de un simple Bohr o Einstein nos deja atónitos por su poder, ¿cómo podemos siquiera empezar a admirar la gloria de Dios que los creó?" (B. Hoffmann, op. cit.)

Desgraciadamente éste no es un caso aislado. Toda la literatura científica moderna está impregnada de arriba a abajo de este tipo de tufillo místico, religioso o casi—religioso. Esto es un resultado directo de la filosofía idealista que en gran parte muchos científicos han adoptado consciente o inconscientemente.

Geometría

Las leyes de la mecánica cuántica parecen incomprensibles a los ojos del "sentido común" (es decir la lógica formal), pero están en plena consonancia con el materialismo dialéctico. Tomemos por ejemplo la concepción del punto. Toda la geometría tradicional se deriva de un punto, que se convierte en una raya, un plano, un cubo, etc. Pero una observación más precisa nos revela que tal punto no existe. El punto se concibe como la expresión más pequeña del espacio, algo que no tiene dimensión. En realidad, tal punto se compone de átomos, electrones, núcleo, fotones, e incluso partículas más pequeñas. En última instancia desaparece en una incesante curva de ondas cuánticas en remolino. Y no hay un final para este proceso. No hay ningún punto "fijo". Esta es la respuesta final a los idealistas que quieren encontrar las formas "perfectas" que supuestamente se esconden "más allá" de la realidad observable.

La única "última realidad" es el universo material infinito, eterno y en constante cambio, que es mucho

más maravilloso en su inacabable variedad de formas y procesos que la más fabulosa aventura de ciencia ficción. En vez de una localización fija—un "punto"—tenemos un proceso, un flujo, que nunca se acaba. Cualquier intento de poner un límite a esto, en forma de principio o de final, inevitablemente fracasará.

Estado de cambio

Hace cien años los científicos creyeron haber encontrado finalmente la última y más pequeña partícula. Pensaban que no había nada más pequeño que el átomo.

El descubrimiento de las partículas subatómicas llevó a los físicos a profundizar más en la estructura de la materia. En 1928 los científicos se imaginaban que habían descubierto las partículas más pequeñas—protones, electrones y fotones. Se suponía que todo el mundo material se componía de estas tres partículas.

Posteriormente esto fue hecho pedazos por el descubrimiento del neutrón, y después toda una multitud de otras partículas incluso más pequeñas, con una existencia cada vez más efímera—neutrinos, pi-mesones, mu-mesones, k-mesones, y muchas más.

El ciclo vital de algunas de estas partículas es tan evanescente—quizás unas cien mil millonésimas de segundo—que han tenido que ser descritas como partículas "virtuales"—algo totalmente impensable en la era precuántica.

Desde el punto de vista de la dialéctica estos descubrimientos son extremadamente importantes. ¿Cuál es el significado de estas "extrañas partículas" con una "existencia virtual"—de las que no se puede decir exactamente si son o no son? El neutrino es descrito por B. Hoffmann como "una incertidumbre fluctuante entre la existencia y la no-existencia", esto es, para decirlo en el lenguaje de la dialéctica, que son y no son.

Todos estos logros de la investigación científica constituyen una brillante confirmación de la concepción dialéctica de la naturaleza como un proceso sin fin, en un es-

tado de cambio continuo que tiene lugar mediante contradicciones, en el cual las cosas se convierten en su contrario.

"Cuando observamos la naturaleza, o la historia de la humanidad, o nuestra propia actividad intelectual," escribió Engels, "la primera imagen que se nos presenta es la de un laberinto infinito de relaciones e interacciones, en el cual nada permanece igual a lo que era, dónde estaba y tal como era, sino que todo se mueve, cambia, pasa a ser y deja de existir. Esta concepción primitiva, ingenua, pero intrínsecamente correcta del mundo era la de la antigua filosofía griega, y fue formulada claramente por primera vez por Heráclito: todo es y a la vez no es, porque todo fluye, está cambiando constantemente, constantemente pasando a existir y desapareciendo" (Anti-Dühring).

Comparémoslo con esta otra cita: "En el mundo del quantum, las partículas están constantemente apareciendo y desapareciendo. Lo que podemos pensar que es un espacio vacío es una nada fluctuante, con fotones apareciendo de la nada y desvaneciéndose tan pronto como nacen, con electrones apareciendo por breves momentos del océano monstruoso para crear pares evanescentes electrón-protón y súbitamente otras partículas añadiéndose a la confusión" (B. Hoffmann, La Extraña Historia del Quantum).

Más de cien años después, la visión dialéctica del mundo de Engels se ve brillantemente corroborada, no sólo a nivel macro-cósmico sino también a nivel micro-cósmico. ¡Qué lejos está todo esto del universo idealista estático de Platón! Aunque parezca mentira es la filosofía de Platón y de otros idealistas la que probablemente domina el pensamiento de la mayoría de los científicos en contradicción con los resultados de sus propias investigaciones. Tratan a Hegel como un "perro muerto" (por no hablar de Marx y Engels), sólo para echar mano del idealismo en sus formas más abstractas y oscurantistas.

Que las partículas individuales (incluyendo las “partículas virtuales”) existen no está en cuestión. “Son” y sus propiedades (por lo menos algunas de ellas) son conocidas. Pero tratemos de determinarlas con más precisión, de fijarlas en un tiempo y un espacio, y resultarán extremadamente evasivas. “Son y no son, porque fluyen.” Un electrón es una partícula y una onda al mismo tiempo, está “aquí” y “allí” a la vez.

Esta concepción de la materia en estado de cambio constante, ligada a una red universal de interconexión e interpenetración, es precisamente la esencia del punto de vista dialéctico. Ya no es la ingenua, aunque brillante intuición de Heráclito, sino algo firmemente establecido por la experimentación.

Esto por supuesto no impide a los idealistas atacar el materialismo distorsionando sistemáticamente las conclusiones de la ciencia moderna para sus propios fines. Así, argumentaban que la producción de fotones implicaba que la materia había “desaparecido”, ignorando que, desde el punto de vista del materialismo dialéctico, la materia y la energía son lo mismo. Esto fue demostrado científicamente por la famosa ley de Einstein de la equivalencia de la masa y la energía. De hecho, la masa está permanentemente convirtiéndose en energía (incluyendo luz-fotones) y la energía en masa. Por ejemplo, los fotones (luz) cambian constantemente a pares de electrones y positrones, —el proceso opuesto. Este fenómeno se ha estado dando ininterrumpidamente por toda la eternidad. Es una demostración concreta de la indestructibilidad de la materia —justamente lo contrario de lo que se quería demostrar.



El Big Bang

La búsqueda de “la partícula final” ha demostrado ser inútil. Pero a nivel del universo en su conjunto, ha habido un intento similar de poner un “límite” a la materia, en forma de un universo finito. De hecho, la llamada teoría del “Big Bang” es un retroceso a la vieja idea medieval de un “universo cerrado”, que, en última instancia, implica la existencia de un Creador.

Hace algunas décadas, Ted Grant, utilizando el método del materialismo dialéctico, puso al descubierto la poca base tanto de la teoría del “Big Bang” del origen del universo como de la teoría alternativa del “Estado Estacionario” planteada por Fred Hoyle y H. Bondi. Posteriormente se demostró que la teoría del estado estacionario, que se basaba en la “creación continua de materia” (de la nada), era falsa. La teoría del Big Bang por lo tanto ganó por “falta de alternativas”, y sigue siendo defendida por la mayoría de la comunidad científica.

La teoría del Big Bang sostiene que el universo fue creado en una gigantesca explosión que ocurrió entre diez mil y veinte mil millones de años. Antes de eso, sus defensores nos quieren hacer creer que toda la materia del universo estaba concentrada en un solo punto, cuyas dimensiones han sido descritas de varias formas. De hecho, ha habido por lo menos cinco versiones diferentes de esta teoría. La primera fue planteada en los 30 por un cura católico que más tarde ocupó el puesto de director de la Academia Pontificia de Ciencia, Georges-Henri Lemaitre. Esta fue rápidamente refutada en diferentes campos —conclusiones incorrectas de la relatividad general y de la termodinámica, una falsa teoría de los rayos cósmicos y la evolución estelar...

Después de la Segunda Guerra Mundial, la desacreditada teoría fue recuperada por George Gamow y otros en una nueva forma. De cualquier manera, la teoría del Big Bang representa una visión mística de un universo finito en el tiempo y el espacio, y creado en un momento

definido por un proceso misterioso, que oparte en la naturaleza. Toda la idea en sí, está plagada de dificultades, tanto de carácter científico como filosóficas.

Los científicos hablan del “nacimiento del tiempo”, en el momento del Big Bang. Pero tiempo y espacio junto con el movimiento son el modo de existencia de la materia.

Es un contrasentido hablar del principio del tiempo o de su final, a no ser que consideremos, junto con San Agustín, que Dios creó el universo de la nada, algo que no sólo está al margen de toda experiencia, sino que contradice una de las leyes fundamentales de la física: la ley de la conservación de la energía. La energía, y por tanto la materia, no puede ser creada ni destruida.

Si aceptamos el Big Bang, surgen todo tipo de preguntas. Por ejemplo, ¿qué lo causó? ¿Cuáles eran las leyes del movimiento que condicionaban este minúsculo punto, suspendido en el espacio por toda la eternidad, en el cual toda la materia del universo, ni más, ni menos, se supone que estaba concentrada? La teoría abre la ventana de par en par a la intervención de un Ser Supremo y todo tipo de misticismos, de ahí su atracción sobre el católico Lemaitre y los idealistas en general.

Gamow y otros avanzaron toda una serie de cálculos para explicar los diferentes fenómenos que se desprenden del Big Bang —densidad de la materia, temperatura, niveles de radiación... Se encontraron gran cantidad de discrepancias que invalidaban, no sólo el modelo de Gamow, sino también el modelo del “universo oscilante”, planteado por Robert Dicke y otros, en un intento de solucionar el problema de qué es lo que había antes del Big Bang, haciendo oscilar el universo en un ciclo perpetuo.

Sin pruebas

No hay prácticamente ninguna evidencia empírica que sustente la teoría del Big Bang. La mayor parte del trabajo que se ha hecho para apoyarla es de carácter meramente teórico, basado fundamentalmente en fórmulas matemáticas rebusca-

das y esotéricas. Las numerosas contradicciones entre el esquema preconcebido del Big Bang y la evidencia observable han obligado a sus defensores a cambiar las reglas del juego para preservar a toda costa una teoría sobre la cual se ha construido tanta reputación académica.

Según los cosmólogos del Big Bang, para que se formaran galaxias a partir del Big Bang debería de haber habido suficiente materia en el universo para que se llegase finalmente a un punto muerto en su expansión debido a la ley de la gravedad. Esto significaría una densidad de aproximadamente diez átomos por metro cúbico. En realidad, la cantidad de materia presente en el universo observable es de un átomo por diez metros cúbicos —cien veces menos que la cantidad predicha por la teoría.

En lugar de ver esta contradicción como un fallo decisivo en la teoría, los partidarios del Big Bang buscaron ayuda en las partículas físicas fundamentales, lo que les obligó a inventarse la idea de “la materia oscura”, una sustancia invisible, para la existencia de la cual no existe un sólo pedazo de prueba empírica, pero que se supone que suma ¡no menos del 99% de toda la materia del Universo!

La última versión del Big Bang —la llamada “teoría inflacionaria”— no nos lleva ni un paso más adelante. De hecho, es todavía más contradictoria y mística que sus desacreditadas predecesoras. De acuerdo con el último gran genio, Alan Guth, el Big Bang tuvo que haber sido acelerado de tal manera que el universo “inflacionario” duplicó su tamaño cada 1035 segundos, llenando de esta manera “espontáneamente” todo el espacio. La cuestión de dónde saldría una cantidad tan enorme de energía sigue sin respuesta. Por lo visto, simplemente apareció DE LA NADA, un truco que difícilmente es concebible sin la intervención de algún mago cósmico. Y todo esto se supone que debe ser aceptado, como artículo de fe, para apoyar una teoría que no se sostiene en pie. Una proposición empíricamente verificable que se deduce de la nueva teoría es que,

según ella, los protones se descomponen. En la medida en que la gran mayoría del universo observable está compuesto de protones, esto tiene consecuencias dramáticas. Significaría que el propio universo está condenado a desintegrarse. Sin embargo, la experimentación ha demostrado lo contrario: los protones no se descomponen. Su vida se prolonga por varios billones de años más allá de los límites puestos por los experimentos.

En el siglo XVIII, el obispo Usher calculó la fecha exacta de la creación del mundo —el 23 de octubre del 4004 a. C. Hoy en día los seguidores del Big Bang también han puesto una fecha para el nacimiento del universo (y del tiempo por supuesto) hace entre diez mil y veinte mil millones de años. Esta fecha no se puede situar antes en el tiempo sin contradecir las actuales mediciones de la distancia de las galaxias respecto a la nuestra y la velocidad con que parece que se están alejando.

De esto se deduce que, según esta teoría, no puede haber nada en el Universo más viejo que 20 mil millones de años. Pero hay pruebas que parecen contradecir esta afirmación. En 1986, Brent Tully de la Universidad de Hawai dijo que había descubierto enormes aglomeraciones de galaxias (“super-racimos”) de mil millones de años luz de largo, trescientos millones de años luz de ancho y cien millones de años luz de grosor. Para que se pudieran formar objetos de ese tamaño se necesitarían entre ochenta mil y cien mil millones de años, es decir, cinco veces más de lo que nos permitiría la teoría del Big Bang.

Desde entonces ha habido otros resultados que parecen confirmar estas investigaciones. The New

Scientist (5 de febrero de 1994) publicaba un reportaje sobre el descubrimiento de un racimo de galaxias por parte de Charles Steidel del Instituto Tecnológico de Massachusetts en Pasadena con grandes implicaciones para la teoría del Big Bang:

“El descubrimiento de un racimo de ese tipo plantea nuevas dificultades para las teorías de la materia oscura fría, que plantea que una gran parte de la materia del universo está en objetos fríos y oscuros como planetas o agujeros negros. Estas teorías predicen que el material del universo primitivo se agrupó desde “arriba”, con lo que primero se formaron las galaxias, y sólo después se agruparon para formar racimos”

Como siempre la primera reacción de los astrónomos ha sido recurrir a “cambiar las reglas del juego” ajustando la teoría a los obstinados hechos. Así, Mauro Giavalisco del Telescopio Espacial del Instituto Científico de Baltimore cree que sería posible explicar el nacimiento del primer racimo de galaxias con un desplazamiento hacia el rojo de 3.4 ajustando la teoría de la materia oscura fría. Pero añade una advertencia: “Si encuentras diez racimos con un desplazamiento al rojo de 3.4, sería la muerte de las teorías de la materia oscura fría”

Podemos estar seguros de que existen, no sólo diez, sino un número mucho mayor de estos racimos enormes y que serán descubiertos. Y eso a su vez, será solamente una proporción de un minuto de toda la materia que se encuentra mucho más allá del universo observable y que se extiende hasta el infinito. Todo intento de poner un límite al universo material está condenado al fracaso. La materia no tiene límites, ni a nivel subatómico, ni por lo que se refiere al tiempo y al espacio.



La teoría del caos

Los grandes científicos del Renacimiento tenían una vasta cultura y un dominio completo de variadas disciplinas. Leonardo Da Vinci era un gran ingeniero, matemático y mecánico, a la vez que artista y genio. Lo mismo Durero, Maquiavelo, Lutero, y muchos otros sobre los que Engels escribió:

“Los héroes de ese tiempo todavía no estaban mutilados por la división del trabajo, cuyos efectos restrictivos, con su producción unilateral, vemos frecuentemente en sus sucesores” (La Dialéctica de la Naturaleza).

La división del trabajo, por supuesto, juega un papel necesario en el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, bajo el capitalismo, ha sido llevada a tales extremos que empieza a convertirse en su contrario. La exagerada división, por una parte, entre el trabajo manual e intelectual significa que millones de hombres y mujeres están reducidos a la vida de la rutina de la cadena de producción en la que no se piensa, negándoseles cualquier posibilidad de desarrollar la creatividad y la inventiva que está latente en cada ser humano.

En el otro extremo vemos el desarrollo de una especie de casta sacerdotal intelectual que se ha arrogado a sí misma el derecho al título de “únicos guardianes de la ciencia y la cultura”. En la medida en que esta gente se aleja cada vez más de la vida real de la sociedad, esto tiene un efecto negativo en sus conciencias. Se desarrollan en un sentido estrecho y unilateral.

No sólo hay un abismo que separa a las ciencias de las letras, sino que la propia comunidad científica sufre una creciente división entre especialidades cada vez más específicas. En un momento en que las “líneas de demarcación” entre la física, la química y la biología están desapareciendo. Por ejemplo, la distancia que separa diferentes ramas de la física es prácticamente insalvable.

James Gleick, el autor de un conocido libro sobre el “Caos” describe así la situación: “Pocos laicos se dan

cuenta de hasta qué punto está firmemente compartimentalizada la comunidad científica, una fortaleza naval con protecciones contra cualquier escape. Los biólogos ya tienen bastante que leer para prestar atención a la literatura matemática —por ejemplo, los biólogos moleculares tienen ya bastante sin preocuparse por la biología poblacional—, y los físicos tienen mejores formas de utilizar su tiempo que no leer revistas de meteorología.” (Caos, Construyendo una nueva ciencia).

En los últimos años, el surgimiento de la teoría del caos es una indicación de que algo se está moviendo en la comunidad científica. Cada vez más, científicos de diferentes campos sienten que de una u otra forma han llegado a un callejón sin salida: Es necesario abrirse camino en una nueva dirección.

¿Cuáles son los aspectos principales de la teoría del caos? Gleick los describe así: “Para algunos físicos, el caos es una ciencia de procesos más que de estado, del convertirse más que del ser (...) Tienen la sensación de que se está produciendo una regresión hacia el reduccionismo, es decir, de reducir todo a sus partes constituyentes mientras que ellos quieren ver las cosas en su conjunto”.

El método del materialismo dialéctico es precisamente fijarse más en el “proceso que en el estado, en el convertirse más que en el ser”. Comparémoslo con lo que Engels dice acerca de la manera de pensar “metafísica”:

“Pero este método de investigación también nos ha dejado un legado, el hábito de observar los objetos naturales y los procesos naturales aislados, separados de la completa y vasta interconexión de las cosas, y por lo tanto no en su movimiento sino en su reposo; no como esencialmente cambiantes, sino como constantes fijas; no en su vida, sino en su muerte” (...) “Pero para la dialéctica, que toma las cosas y sus imágenes, ideas, esencialmente en su interconexión, en su secuencia, su movimiento, su nacimiento y su muerte, procesos como los mencionados son corroboraciones de su propio método

de tratamiento. La naturaleza es la prueba de la dialéctica, y debemos decir que las modernas ciencias naturales nos han proporcionado materiales extremadamente ricos y cada vez en mayor cantidad para su prueba, y han demostrado que en último análisis los procesos de la naturaleza son dialécticos y no metafísicos.”

“Pero los científicos que han aprendido a pensar dialécticamente son todavía pocos y así el conflicto entre los descubrimientos realizados y el tradicional viejo modo de pensar es la explicación de la ilimitada confusión que reina en las ciencias naturales teóricas y que reduce a la desesperación a maestros y alumnos, escritores y lectores”. (Engels, Anti-Dühring).

Hace más de ciento cincuenta años, Engels describió precisamente el estado actual de la ciencia. A pesar de todos los maravillosos avances de la ciencia y la tecnología, existe un sentimiento profundamente arraigado de confusión. Un número cada vez mayor de científicos se rebela contra la ortodoxia que prevalece y busca nuevas soluciones para los problemas a los que se enfrenta. Más pronto o más tarde esto llevará a una nueva revolución en la ciencia, similar a la que efectuaron Einstein y Planck hace casi un siglo. Significativamente, el propio Einstein, lejos de ser un miembro de la comunidad científica oficial, era un humilde escribiente en una oficina de patentes de Zurich.

Avance científico

Existen indicios de que el grado de avance de la ciencia y la tecnología se ha ralentizado considerablemente en las últimas décadas. Un estudio reciente muestra que, con la excepción de la biología, no ha habido ningún avance importante cualitativo en la tecnología en los últimos treinta años, en oposición al perfeccionamiento cuantitativo de la ya existente.

“La corriente principal durante la mayor parte del siglo veinte,” subraya Gleick, “ha sido la física de partículas, explorando los bloques constitutivos de la materia a ener-

gías cada vez más altas, a escala cada vez más pequeña, y en tiempos cada vez más cortos. Aparte de la física de partículas se han desarrollado teorías sobre las fuerzas fundamentales de la naturaleza y sobre el origen del universo. Algunos jóvenes físicos se han sentido insatisfechos con la dirección de la más prestigiosa de las ciencias. El progreso ha empezado a parecer lento, el dar nombre a nuevas partículas fútil, y el cuerpo teórico acartonado. Con la llegada del caos, los científicos más jóvenes creyeron que estaban viendo los inicios de un cambio de dirección para toda la física. El terreno había sido dominado durante demasiado tiempo, pensaban, por las rutilantes abstracciones de las partículas de alta energía y por la mecánica cuántica.” (J. Gleick, op. cit.)

Es todavía demasiado pronto como para formarse una idea definitiva de la teoría del caos. Lo que está claro es que los científicos se están orientando en la dirección de una visión dialéctica de la naturaleza. Por ejemplo, la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en calidad (y viceversa) juega un papel importante en la teoría del caos:

“Él (Von Neumann) reconocía que un sistema dinámico complicado podría tener puntos de inestabilidad —puntos críticos en los que un pequeño empujón puede tener grandes consecuencias, como una pelota balanceándose en lo alto de una colina.” (ibid.)

Y de nuevo: “En la ciencia, como en la vida, es conocido que una cadena de acontecimientos puede tener un punto de crisis que magnificaría cambios pequeños. Pero caos significaba que este tipo de puntos estuviesen en todas partes.” (ibid.)

Estas y muchas otras citas muestran un claro parecido entre ciertos aspectos de la teoría del caos y la dialéctica. Pero lo más increíble es que los pioneros del “caos” parecen no tener ni el más mínimo conocimiento, no ya de los escritos de Marx y Engels, ¡sino incluso de Hegel! En cierto sentido esto nos da una confirmación incluso más brillante de la corrección del materialismo dialéctico, pero en otro, es

frustrante pensar que haya habido ausencia de un marco filosófico y una metodología adecuados para la ciencia sin necesidad alguna y durante tanto tiempo.

Trotsky dijo una vez que la relación entre la lógica formal y la dialéctica era similar a la que existía entre la matemática elemental y la matemática superior.

“La dialéctica no es ni ficción ni misticismo, sino una ciencia del pensamiento, en tanto que intenta llegar a la comprensión de los problemas más complicados y profundos, superando las limitaciones de los asuntos de la vida diaria. La dialéctica y la lógica formal guardan la misma relación que las altas matemáticas y las matemáticas elementales” (...) “El pensamiento dialéctico es al vulgar lo que una película al fotograma. La película no niega las fotografías, sino que las combina en series según las leyes del movimiento. La dialéctica no niega el silogismo —las leyes de la lógica formal (AW)— pero nos enseña a combinar silogismos, de modo que nos lleven lo más cerca posible de la comprensión de una realidad eternamente cambiante”.

“Hegel, en su Lógica establece una serie de leyes: cambio de la cantidad en cualidad, desarrollo a través de las contradicciones, conflicto entre forma y contenido, interrupción de la continuidad, cambio de posibilidad en inevitabilidad, etc., que son tan importantes para el pensamiento teórico como el silogismo simple para tareas más elementales”. (Trotsky, En Defensa del Marxismo).

Lógica formal

Nosotros podemos añadir que la relación entre la dialéctica y la lógica formal se puede comparar a la relación entre la mecánica cuántica y la mecánica clásica. No se contradicen, sino que se complementan la una a la otra. Las leyes de la mecánica clásica siguen siendo válidas para un inmenso número de operaciones. Sin embargo, no se pueden aplicar al mundo de las partículas subatómicas, que implican cantidades infinitesimalmente pequeñas y velocidades tremendas.

La lógica formal (que ha adquirido la fuerza de un prejuicio popular en la forma de “sentido común”) igualmente sigue siendo válida para toda una serie de experiencias de la vida diaria. Sin embargo, las leyes de la lógica formal, que parten de un punto de vista esencialmente estático de las cosas, inevitablemente no sirven cuando tratan con fenómenos más complejos, cambiantes y contradictorios.

Para utilizar el lenguaje de la teoría del caos, las ecuaciones “lineales” de la lógica formal no pueden abarcar los procesos turbulentos que podemos observar en toda la naturaleza, la sociedad y la historia. Solo el método dialéctico puede cumplir esta tarea.

Es increíble que las leyes básicas de la lógica formal elaboradas por Aristóteles, se hayan mantenido sin cambios fundamentales durante dos mil años. En este período hemos visto continuos procesos de cambio en todas las esferas de la ciencia, la tecnología y el pensamiento humano. Y a pesar de eso los científicos han continuado utilizando esencialmente las mismas herramientas metodológicas que utilizaban los maestros medievales en los días en que la ciencia todavía estaba al nivel de la alquimia.

Es igualmente sorprendente que los pioneros de la teoría del caos, que están intentando romper con la farragosa metodología “lineal” y crear una nueva matemática “no lineal”, lo que está más en consonancia con la turbulenta realidad de la naturaleza en cambio permanente, parezcan ser completamente ignorantes respecto a la única auténtica revolución en la lógica de los dos últimos milenios —la lógica dialéctica elaborada por Hegel, y posteriormente perfeccionada sobre bases científicas y materialistas por Marx y Engels.

Cuántos errores, callejones sin salida y crisis en la ciencia se podrían haber evitado si los científicos hubiesen estado equipados con la metodología que refleja genuinamente la realidad dinámica de la naturaleza, en lugar de entrar en conflicto con ella a cada momento.

Socialismo y Religión

V.I. Lenin



Toda la sociedad actual está basada en la explotación de las vastas masas de la clase obrera por una insignificante minoría de la población, la clase de los terratenientes y de los capitalistas. Es una sociedad esclavista, pues los obreros “tienen derecho” a los medios de subsistencia, necesarios para el mantenimiento de los esclavos que producen ganancia, para asegurar y perpetuar la esclavitud capitalista.

La opresión económica de los obreros provoca y engendra inevitablemente todo género de opresión política, de humillación social, oscureciendo y degradando la vida espiritual y moral de las masas. Los obreros pueden lograr una mayor o menor libertad política para luchar por su emancipación económica, pero ninguna libertad podrá emanciparlos de la miseria, de la desocupación y de la opresión mientras no se ha derribado el poder del capital. La religión es uno de los aspectos de la opresión espiritual que en todas partes sofoca a las masas, agobiadas por el perpetuo trabajo para los demás, por la necesidad y el desamparo. La impotencia de las clases explotadas en su lucha contra los explotadores engen-

dra la fe en una vida mejor más allá de la muerte tan inevitable como la impotencia del salvaje en su combate con la naturaleza engendra la fe en los dioses, en los demonios, en los milagros, etcétera. A aquel que trabaja y padece miseria toda su vida, la religión le enseña a ser humilde y designado en la vida terrenal ya reconfortarse con la esperanza de la recompensa celestial. La religión es el opio para el pueblo. La religión es una especie de brebaje espiritual en el cual los esclavos del capital ahogan su fisonomía humana, sus exigencias de una vida medianamente digna del ser humano.

Pero el esclavo que ha adquirido conciencia de su esclavitud y se ha alzado en lucha por su emancipación ya sólo es esclavo a medias. El moderno obrero con conciencia de clase, formado en la gran industria fabril, esclarecido por la vida urbana, se deshace con desprecio de los prejuicios religiosos, deja el cielo a los popes y santurrones burgueses y trata de conquistar para sí una vida mejor aquí en la tierra. El proletariado moderno se coloca del lado del socialismo, que utiliza la ciencia en la batalla contra la bruma de la religión y que li-

bera a los obreros de su fe en la vida de ultratumba, uniéndolos para luchar en el presente por una vida mejor sobre la tierra.

La religión debe ser declarada un asunto privado. Con estas palabras suelen expresar habitualmente los socialistas su actitud hacia la religión. Pero la significación de estas palabras debe ser definida con exactitud, para prevenir cualquier malentendido. Nosotros exigimos que la religión sea un asunto privado con respecto al Estado, pero no podemos considerarla en modo alguno como un asunto privado con respecto a nuestro propio partido. El Estado nada tiene que ver con la religión, y las sociedades religiosas no deben estar vinculadas con el poder estatal. Toda persona debe ser completamente libre de profesar la religión que le plazca o de no reconocer ninguna religión, es decir, ser ateo, cómo lo es, por regla general, todo socialista. Cualquier discriminación de los derechos de los ciudadanos, relacionada con sus convicciones religiosas, es completamente intolerable. Inclusive cualquier mención en los documentos oficiales de la religión de los ciudadanos debe ser incuestionablemente supri-



mida. No debe efectuarse ninguna entrega de fondos del Estado a la Iglesia, ni destinarse dinero del Estado a las sociedades eclesiásticas y religiosas, que deben ser asociaciones de ciudadanos que coinciden en sus ideas, asociaciones totalmente libres e independientes del Estado. Sólo el total cumplimiento de estas exigencias puede poner término a aquel ignominioso y maldito pasado, en el que la Iglesia era mantenida en dependencia feudal respecto del Estado, y los ciudadanos rusos mantenidos en dependencia feudal respecto a la Iglesia; cuando existían y se aplicaban leyes inquisitoriales medievales (que aún hoy figuran en nuestros códigos y estatutos penales), que perseguían al ser humano por su fe o por su descreimiento, qué ejercían coacción sobre su conciencia, qué unían los cómodos cargos oficiales e ingresos fiscales con la distribución de este o aquel aguardiente por la Iglesia. Completa separación entre la Iglesia y el Estado: he aquí lo que el proletariado socialista exige al Estado moderno y a la Iglesia moderna.

La revolución rusa debe hacer efectiva esta exigencia como componente indispensable de la libertad política. En este sentido la revolución rusa está en condiciones particularmente ventajoso-

sas, porque el repugnante burocratismo de la autocracia feudal y policiaca ha provocado el descontento, la inquietud y la indignación hasta en el clero. Por muy sumisos, por más ignorantes que hayan sido los clérigos ortodoxos rusos, el estrépito de la caída del viejo orden medieval en Rusia, los ha despertado también a ellos. Hasta ellos se adhieren a la demanda de libertad, protestan contra el burocratismo y las arbitrariedades oficiales, contra el espionaje para la policía que les ha sido impuesto a los "servidores de Dios". Nosotros, los socialistas, debemos apoyar este movimiento, llevar hasta sus últimas consecuencias las exigencias de los miembros honestos y sinceros del clero, tomarles la palabra cuando hablan de libertad, exigirles que rompan decididamente todo nexo entre la religión y la policía. O son sinceros, y entonces deben pronunciarse por la completa separación de la Iglesia y el Estado y entre la escuela y la Iglesia, porque la religión sea declarada total e incondicionalmente un asunto privado; o no aceptan estas lógicas exigencias de libertad, y entonces significa que todavía son prisioneros de las tradiciones de la inquisición, que todavía buscan obtener cómodos cargos oficiales e ingresos fiscales, que no



cree en la fuerza espiritual de su arma, qué continúan siendo sobornados por el poder estatal. Y en ese caso los obreros con conciencia de clase de toda Rusia les declararon la guerra implacable.

En lo que concierne al partido del proletariado socialista, la religión no es un asunto privado. Nuestro partido es una asociación de luchadores conscientes y avanzados por la emancipación de la clase obrera. Tal asociación no puede y no debe tener una actitud indiferente frente a la falta de conciencia de clase, la ignorancia o el oscurantismo en forma de creencias religiosas. Exigimos una completa separación entre la Iglesia y el Estado, para luchar contra la bruma religiosa con un arma puramente ideológica y solamente ideológica: con nuestra prensa y con nuestra palabra. Pero hemos creado nuestra asociación, el POSDR, entre otras cosas precisamente para luchar contra la superchería religiosa con que se engaña a los obreros. Para nosotros la lucha ideológica no es, pues, un asunto privado, sino un asunto de todo el partido, de todo el proletariado.

Si esto es así, ¿por qué no declaramos en nuestro programa que somos ateos, por qué no impedimos a los cristianos y a otros creyentes en Dios ingresar en nuestro partido?

La respuesta a esta pregunta debe servir para explicar la diferencia muy importante que existe entre el planteamiento del problema de la religión por los demócratas burgueses y por los socialdemócratas.





Todo nuestro programa está construido sobre una Concepción del mundo científica y además materialista. Por ello, la explicación de nuestro programa incluye necesariamente la explicación de las verdaderas raíces históricas y económicas de la bruma religiosa. Nuestra propaganda incluye necesariamente la propaganda del ateísmo; la publicación de la literatura científica adecuada, que hasta ahora fue prohibida y perseguida severamente por el poder estatal autocrático feudal, debe construir ahora uno de los campos de nuestro trabajo de partido. Probablemente tendremos que seguir ahora el consejo que Engels dio alguna vez a los socialistas alemanes: traducir y difundir entre las masas las obras de la Ilustración y el ateísmo francés del siglo XVIII.

Pero en ningún caso podemos caer en el error de plantear el problema religioso de un modo abstracto e idealista, como una cuestión "intelectual" al margen de la lucha de clases, como no pocas veces lo hacen los demócratas radicales de la burguesía. Sería absurdo creer que en una sociedad basada en la infinita opresión y degradación de las masas obreras es posible disipar los prejuicios religiosos exclu-

sivamente por la vía de la propaganda. Sería una limitación burguesa olvidar que el yugo religioso que oprime a la humanidad es sólo un producto y un reflejo del yugo económico en el seno de la sociedad. Ningún folleto y ninguna prédica podrían esclarecer al proletariado, si no es esclarecido por su propia lucha contra las oscuras fuerzas del capitalismo. La unidad en esta lucha verdaderamente revolucionaria de la clase oprimida por la creación de un paraíso en la tierra es más importante para nosotros que la unidad de opinión del proletariado acerca del paraíso celestial.

Esta es la razón por la cual en nuestro programa no decimos ni debemos declarar nuestro ateísmo; he aquí porque no hemos impedido ni debemos impedir a los proletarios que aún conservan tales o cuales vestigios de viejos prejuicios, asociarse a nuestro partido. la concepción científica del mundo debemos predicar la siempre y es esencial para nosotros combatir la inconsecuencia de algunos "cristianos"; pero esto no significa en absoluto que se debe colocar el problema religioso en primer lugar, lugar que en modo alguno le corresponde, qué se debe permitir que las fuerzas de la verdadera lucha revolucionaria económica y política se dispersen en aras de opiniones o ideas absurdas de importancia secundaria, que

muy pronto pierden toda significación política, que rápidamente son arrojadas al depósito de los trastos viejos por el curso mismo del desarrollo económico.

La burguesía reaccionaria se ha preocupado en todas partes, y ahora comienza a hacerlo en nuestro país, por encender el odio religioso, a fin de desviar la atención de las masas de los problemas económicos y políticos verdaderamente importantes y cardinales, es decir, los problemas que ahora resuelve en la práctica el proletariado de toda Rusia que se une en su lucha revolucionaria. Esta política reaccionaria que procura dividir las fuerzas proletarias se manifiesta hoy sobre todo en los progromos de las centurias negras, pero mañana puede concebir algunas formas más sutiles. Nosotros, en cada caso, la combatiremos con una prédica serena, firme y paciente —ajena a todo aquello que tienda incitar discrepancias secundarias— de la solidaridad proletaria y de la concepción científica del mundo.

El proletariado revolucionario logrará hacer de la religión un asunto realmente privado en lo que concierne al Estado. Y en ese sistema político, limpio del moho medieval, el proletariado emprenderá una lucha amplia y directa para eliminar la esclavitud económica, verdadera fuente del engaño religioso a la humanidad.



¡Por un cambio revolucionario, no al cambio climático!

Corriente Marxista Internacional

El movimiento de la huelga climática internacional está agitando todo el mundo. A lo largo del año pasado, durante el transcurso de varios días de lucha a nivel mundial, millones de jóvenes de más de 100 países abandonaron las escuelas para unirse a las protestas del "Fridays for Future" ('Viernes por el Futuro'), exigiendo medidas inmediatas contra la crisis climática.



Al tomar las calles en masa, ocupar carreteras y bloquear ciudades, estas manifestaciones han obligado a los políticos a sentarse y tomar nota. Además, estas movilizaciones han llenado a una nueva generación con una sensación de confianza, poder y anhelos. Para los manifestantes, la idea de una acción masiva y combativa es ahora la norma, no la excepción. La palabra "huelga" ahora está firmemente al frente de las mentes de los jóvenes. La lección es clara: si quieres algo, debes organizarte y luchar por ello.

Comenzando el año pasado en Suecia con las protestas semanales de una estudiante secundaria, Greta Thunberg, el movimiento de huelga estudiantil contra el

cambio climático #YouthStrike-4Climate se ha extendido rápidamente a nivel internacional. En todos los países, la situación es la misma: estudiantes y jóvenes están entrando en actividades políticas, exigiendo "cambiar el sistema, no el clima".

Está claro que se necesitan medidas urgentes. Una reducción masiva de las emisiones y de los niveles de contaminación es esencial. Y se deben tomar medidas de mitigación a gran escala, como la

'mano invisible' del mercado.

Greta Thunberg ha señalado que los científicos están siendo ignorados, y pide a los gobiernos que escuchen la evidencia y los consejos científicos. Del mismo modo, los activistas del movimiento Extinción Rebelión han tratado de 'crear conciencia' y convencer a los políticos a través de una estrategia de acciones directas altamente visibles.

Pero los capitalistas y sus políticos no serán persuadidos por argumentos morales, ni por hechos ni cifras. Al final, no podemos esperar que esta élite desconectada de la realidad haga algo para proteger la Tierra, ya que su único criterio es maximizar las ganancias a expensas de los demás.

Las corporaciones ahorrarán gastos y se enfrentarán a las regulaciones cuando sea necesario para reducir sus costos, competir con sus rivales, capturar nuevos mercados y maximizar sus ganancias.

Los políticos capitalistas no tienen nada que ofrecer en respuesta a esta destrucción medioambiental. Todo lo que pueden sugerir es que debemos unirnos y tomar decisiones individuales para reducir nuestra "huella ambiental".

Pero las 'soluciones' que surgen de esto son completamente reaccionarias. En esencia, son solo un "lavado verde" de austeridad: les dicen a los trabajadores y a los pobres que deben apretarse el cinturón para resolver un problema creado por los capitalistas y su sistema en bancarrota.

Lo más importante, este mantra liberal e individualista va en contra de los hechos. Un estudio reciente, por ejemplo, mostró que 100 grandes empresas (principalmente grandes productores de combustibles fósiles) son responsables de más del 70 por ciento de

construcción de defensas contra inundaciones y la reforestación. Pero los capitalistas y sus representantes políticos son completamente incapaces de llevar a cabo los cambios radicales que se requieren.

Se necesita una acción global para resolver un problema global, pero los gobiernos capitalistas son impotentes. Algunos líderes mundiales han declarado una 'emergencia climática'. Pero esta es una frase vacía cuando es pronunciada desde los labios de estos políticos de las grandes empresas. Después de todo, bajo el capitalismo, no son ellos los que realmente deciden. En cambio, el futuro de la humanidad y nuestro planeta se deja a los caprichos de la llamada

las emisiones de gases de efecto invernadero. Esto subraya dónde radica la verdadera culpa del cambio climático.

En respuesta a este hecho, algunos políticos de izquierda, como Alexandria Ocasio-Cortez en los EEUU, han planteado la demanda de un 'Green New Deal', un "Nuevo Acuerdo Verde", pidiendo a los gobiernos que reduzcan las emisiones de carbono, inviertan en suministros de energía renovable y creen trabajos "verdes".

Estas vagas propuestas generalmente equivalen a una estrategia "keynesiana" de intentar regular y administrar el sistema capitalista. Pero el capitalismo no se puede gestionar. No se puede domesticar y convertirlo en 'verde'. Mientras la economía se base en la producción con fines de lucro, serán las grandes empresas quienes dicten a los gobiernos, y no al revés.

Debemos ser claros: es el capitalismo quien está matando a nuestro planeta. Su búsqueda insaciable de ganancias es responsable de la carrera hacia el abismo en la que las condiciones ambientales y de vida empeoran cada vez más. Son las corporaciones, con su fin por el lucro, las que deciden qué se produce y cómo se produce. Pero esto no se hace de acuerdo a ningún plan. Al revés, nuestra economía es dejada en manos de la anarquía del mercado.

Es el objetivo de conseguir beneficios, y no el crecimiento económico en sí, el verdadero problema. Esta es la razón por la cual los llamamientos de ciertos sectores del movimiento verde a favor del 'crecimiento cero' y del 'decrecimiento' son reaccionarios. El "crecimiento cero" bajo el capitalismo se llama crisis, y son la clase trabajadora y los pobres quienes la tienen que pagar. Un argumento a favor de la crisis permanente es un argumento a favor de la austeridad permanente.

La única forma de lograr una economía sostenible, donde el aumento del nivel de vida no esté en contradicción con la protección

del planeta, es sobre la base de un plan de producción democrático, racional y socialista.

En manos privadas, los principales monopolios generan niveles obscenos de despilfarro y daño ambiental. Sin embargo, estos monopolios nacionalizados bajo un plan económico socialista, podrían emplear tecnologías ecológicas modernas para reducir las emisiones y la contaminación en el espacio de unos pocos años, al tiempo que proporcionar alimentos, vivienda, educación, transporte y atención médica de calidad para todos.

Al combinar las mejores mentes científicas con las habilidades de los trabajadores en la industria, bajo un control obrero democrático, podemos poner todas las habilidades y recursos tecnológicos de la sociedad al servicio de la humanidad y del planeta.

En muchos países, el apoyo a los partidos Verdes se ha incrementado debido a las crecientes preocupaciones ambientales y a la desconfianza general hacia los partidos tradicionales del establishment. Pero en lo fundamental, los líderes Verdes son solo liberales, que no desafían el sistema ni ven la división de la sociedad en clases mutuamente opuestas.

De la conclusión de que el capitalismo es la raíz del problema, se deduce que debemos luchar por un cambio radical sobre una base de clase: vinculando la combatividad y el radicalismo de las huelgas climáticas estudiantiles con el movimiento obrero en su máxima amplitud posible, con trabajadores y jóvenes luchando juntos por políticas ambientales socialistas valientes.

A este respecto, los próximos días de lucha internacionales, los días 20 y 27 de septiembre, representan potencialmente un gran paso adelante para el movimiento. Greta Thunberg ha instado correctamente a los trabajadores de todo el mundo a unirse a los estudiantes en estas huelgas globales. En algunos lugares, los sindicatos ya han respaldado este

llamamiento, comprometiéndose a hacer huelga o a protestar junto a los jóvenes activistas.

El siguiente paso es que todo el movimiento obrero emule estos ejemplos y ponga todo su peso detrás de las huelgas climáticas. El poder de la clase trabajadora organizada, armado con un programa socialista, sería imparable. Como los marxistas siempre hemos dicho, ni una lámpara brilla ni una rueda gira sin el permiso de la clase trabajadora.

Solo aboliendo el sistema capitalista y reemplazándolo con el socialismo podemos planificar el uso de los recursos del planeta de una manera democrática. Solo con la transformación socialista de la sociedad podemos satisfacer las necesidades de la mayoría en armonía con el medio ambiente, en lugar de generar ganancias para una minoría parásita.

La ciencia y la tecnología existen para hacer frente al cambio climático. Pero bajo el capitalismo, estas fuerzas están destruyendo el planeta Tierra, no salvándolo. Socialismo o barbarie: ese es el futuro que tenemos ante nosotros. Necesitamos una revolución.

- ¡Máxima movilización para las huelgas climáticas de septiembre!
- Estudiantes y trabajadores: ¡unidos y a luchar!
- El capitalismo es el problema, ¡el socialismo es la respuesta!
- ¡Únete a la CMI!



El oportunismo en la teoría y en la práctica

Rosa Luxemburgo

Fragmento del libro "Reforma o Revolución", publicado en 1899, en la que la marxista de origen polaco responde a las posiciones del revisionista Eduard Bernstein.

El libro de Bernstein es de gran importancia histórica para el movimiento obrero alemán e internacional porque es el primer intento de dotar de una base teórica a las corrientes oportunistas en la socialdemocracia.

Si consideramos sus manifestaciones esporádicas, como el cono-

marcan el desarrollo de nuestra práctica oportunista.

¿Qué es, a primera vista, lo más característico de todas estas corrientes? La hostilidad hacia la teoría. Esto es completamente natural, puesto que nuestra teoría, es decir, los fundamentos del socialismo científico, establece límites muy definidos para la actividad práctica, tanto respecto a los fines como a los medios de lucha a emplear, y también respecto al modo de luchar. Por eso es natural que todos aquellos que única-

tunistas se agruparon en torno a su bandera en el congreso de Stuttgart. Si, por un lado, las corrientes oportunistas en la actividad práctica son un fenómeno completamente natural comprensible por las condiciones y el desarrollo de nuestra lucha, por otro lado, la teoría de Bernstein es un intento no menos comprensible de aglutinar estas corrientes en una expresión teórica general, un intento de establecer sus propios presupuestos teóricos generales y liquidar el socialismo científico. En consecuencia, la teoría de Bernstein ha sido, desde un principio, el bautismo de fuego del oportunismo, su primera legitimación científica.

¿Qué resultado ha producido este intento? Como hemos visto, el oportunismo no es capaz de elaborar una teoría positiva que pueda resistir medianamente la crítica. Todo lo que puede hacer es atacar aisladamente algunas de las tesis de la doctrina marxista, para luego, dado que esta doctrina constituye un conjunto sólidamente entrelazado, intentar destruir todo el edificio, desde la azotea hasta los cimientos. Con esto se demuestra que, por su esencia y fundamentos, la práctica oportunista es incompatible con el sistema marxista.

Pero con ello se prueba también que el oportunismo es incompatible asimismo con el socialismo, ya que posee una tendencia inherente a desviar el movimiento obrero hacia caminos burgueses, es decir, a paralizar por completo la lucha de clases proletaria. Cierto que, desde un punto de vista histórico, la lucha de clases proletaria no es idéntica a la doctrina marxista. Antes de Marx, e independientes de él, también hubo un movimiento obrero y diversos sistemas socialistas que eran, cada uno a su manera, la expresión teórica, propia de la época, de las aspiraciones emancipadoras de la clase obrera. La justificación del socia-



"Por un mundo
donde seamos
socialmente
iguales,
humanamente
diferentes y
totalmente libres"
Rosa Luxemburgo

cido caso de la cuestión de la subvención a las navieras mercantes, se podría decir que el oportunismo data de hace bastante tiempo. Pero como tendencia con un carácter claramente definido no aparece hasta los inicios de la década de 1890, tras la abolición de las leyes antisocialistas y la consiguiente recuperación de las posibilidades de actuación legal. El socialismo de Estado de Vollmar, la votación del presupuesto en Baviera, el socialismo agrario de la Alemania meridional, las propuestas de compensaciones de Heine y las opiniones de Schippel sobre la política aduanera y el militarismo son los jalones que

mente buscan éxitos pragmáticos manifiesten la natural aspiración a tener las manos libres, o sea, a hacer independiente la práctica de la teoría.

Pero este enfoque se demuestra inoperante: el socialismo de Estado, el socialismo agrario, la política de compensaciones o la cuestión militar son otras tantas derrotas para el oportunismo. Es evidente que si esta corriente quería afirmarse no podía limitarse a ignorar los fundamentos de nuestra teoría, sino que tenía que tratar de destruirlos, a fin de establecer su propia teoría. La de Bernstein fue un intento en este sentido, y por eso todos los elementos oportunistas

lismo con conceptos morales de justicia, la lucha contra el modo de distribución en vez de contra el modo de producción, la concepción de los antagonismos de clase como antagonismos entre ricos y pobres, la pretensión de injertar en la economía capitalista el “principio cooperativista”, todo lo que se encuentra en el sistema de Bernstein ya existió con anterioridad. Y esas teorías, a pesar de sus insuficiencias, fueron en su época auténticas teorías de la lucha de clases proletaria, fueron las botas de siete leguas con las que el proletariado aprendió a caminar por la escena de la historia.

Pero una vez que el desarrollo de la lucha de clases y su reflejo en las

mismo tiempo, el primer y último intento de proporcionar una base teórica al oportunismo. Y decimos el último porque, con el sistema de Bernstein, el oportunismo ha llegado, tanto en lo negativo (renegar del socialismo científico) como en lo positivo (conjugar toda la confusión teórica disponible), todo lo lejos que podía llegar, ya no le queda nada por hacer. Con el libro de Bernstein, el oportunismo ha completado su desarrollo llegando a las últimas consecuencias en la teoría [al igual que lo hizo en la práctica, con la postura de Schippel sobre el militarismo].

La doctrina marxista no solamente puede rebatir teóricamente el oportunismo, sino que es la

éste. La unión de las amplias masas populares con una meta que trasciende todo el orden social existente, la unión de la lucha cotidiana con la gran transformación mundial es la principal tarea del movimiento socialdemócrata, que se ve obligado a avanzar entre dos peligros: entre la renuncia al carácter de masas del partido y la renuncia al objetivo último, entre la regresión a la secta y la degeneración en un movimiento burgués reformista, entre el anarquismo y el oportunismo. Hace ya más de medio siglo que el arsenal teórico marxista ha proporcionado armas devastadoras contra ambos extremos. Pero, dado que nuestro movimiento es un movimiento de masas y que los peligros que sobre él se ciernen no emanan de la mente humana, sino de las condiciones sociales, la teoría marxista no puede protegernos, de una vez y para siempre, contra las desviaciones anarquistas y oportunistas. Éstas, una vez que han pasado del dominio de la teoría al de la práctica, sólo pueden ser vencidas por el propio movimiento y gracias a las armas que el marxismo proporciona. La socialdemocracia ya superó el peligro menor, el sarampión anarquista, con el “movimiento de los independientes”; el peligro mayor, la hidropesía oportunista, es lo que está superando ahora.

A causa de la enorme difusión del movimiento en los últimos años y de la mayor complejidad de las condiciones en que se lleva a cabo la lucha, tenía que llegar el momento en que dentro del movimiento surgieran el escepticismo acerca de la posibilidad de alcanzar los grandes objetivos últimos y las vacilaciones ideológicas. Así, y no de otro modo, es cómo ha de discurrir el movimiento proletario y cómo de hecho discurre. Los momentos de desfallecimiento y temor, lejos de constituir sorpresa alguna para la doctrina marxista, ya fueron previstos por Marx hace mucho tiempo, cuando hace más de medio siglo escribió El 18 Brumario de Luis Bonaparte: “Las



condiciones sociales llevó al abandono de esas teorías y a la elaboración de los principios del socialismo científico, ya no puede haber más socialismo que el marxista, al menos en Alemania, ni puede haber otra lucha de clases socialista que la socialdemócrata. De ahora en adelante, socialismo y marxismo —la lucha por la emancipación proletaria y la socialdemocracia— son idénticos. El retorno a teorías socialistas premarxistas ya no supone una vuelta a las botas de siete leguas de la infancia del proletariado, sino a las viejas y gastadas pantuflas de la burguesía.

La teoría de Bernstein ha sido, al

única capaz de explicarlo como una manifestación histórica en el proceso de construcción del partido. El avance histórico a escala mundial del proletariado hasta su victoria no es, desde luego, “un asunto sencillo”. La particularidad de este movimiento reside en que, por primera vez en la historia, las masas populares imponen su voluntad contra las clases dominantes, aunque es verdad que tienen que realizar esa voluntad más allá de la presente sociedad. Pero las masas sólo pueden forjar esa voluntad en la lucha continua contra el orden establecido, dentro por tanto del contexto de



revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan enseguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las propias circunstancias gritan: "Hic Rhodus, hic salta".

Esto sigue siendo cierto incluso después de haberse elaborado la doctrina del socialismo científico. El movimiento proletario todavía no es completamente socialdemócrata, ni siquiera en Alemania. Pero lo va siendo día a día, al tiem-

po que va superando las desviaciones extremas del anarquismo y el oportunismo, que no son más que fases del desarrollo de la socialdemocracia entendida como un proceso.

En vista de todo esto, lo sorprendente no es la aparición de una corriente oportunista, sino su debilidad. Mientras se manifestaba únicamente en casos aislados de la práctica del partido, se podía pensar que tenía detrás una base teórica seria. Pero ahora que se ha mostrado al desnudo en el libro de Bernstein, todos preguntarán, sorprendidos: ¿Cómo, eso es todo lo que tenéis que decir? ¡Ni una pizca de ideas nuevas! ¡Ni una sola idea que el marxismo no hubiera refutado, aplastado, ridiculizado y reducido a la nada ya hace decenios! Ha bastado con que hablara el oportunismo, para demostrar que no tenía nada que decir. Ésta es precisamente la importancia que para la historia de nuestro partido tiene el libro de Bernstein.

Y así, al despedirse del modo de pensar del proletariado revolucionario, de la dialéctica y de la concepción materialista de la historia, Bernstein debe agradecerles las circunstancias atenuantes que le han concedido a su conversión. Con su magnanimidad habitual, la dialéctica y la concepción materialista de la historia permitieron que Bernstein apareciera como el instrumento inconsciente para que el proletariado ascendente manifestara un desconcierto mo-

mentáneo que, tras una consideración más reposada, arrojó lejos de sí con una sonrisa desdeñosa.

Hemos dicho que el movimiento se hace socialdemócrata mientras y en la medida en que supera las desviaciones anarquistas y oportunistas que necesariamente surgen en su crecimiento. Pero superar no quiere decir dejarlo todo tranquilamente a la buena de Dios. Superar la corriente oportunista actual quiere decir precaverse frente a ella. Bernstein remata su libro con el consejo al partido de que se atreva a aparecer como lo que en realidad es: un partido reformista demócrata-socialista. A nuestro juicio, el partido, es decir, su máximo órgano, el congreso, tendría que pagar este consejo con la misma moneda, sugiriendo a Bernstein que aparezca formalmente como lo que en realidad es: un demócrata pequeñoburgués progresista



Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial

Segundo congreso de la Internacional Comunista

1.- A la democracia burguesa, por su naturaleza misma, le es propio un modo abstracto o formal de plantear el problema de la igualdad en general, incluyendo la igualdad nacional. A título de igualdad de la persona humana en general, la democracia burguesa proclama la igualdad formal o jurídica entre el propietario y el proletario, entre el explotador y el explotado, llevando así al mayor engaño a las clases oprimidas. La idea de la

bién su atención, no en los principios abstractos o formales, sino:

1) en apreciar con toda exactitud la situación histórica concreta y, ante todo, la situación económica;

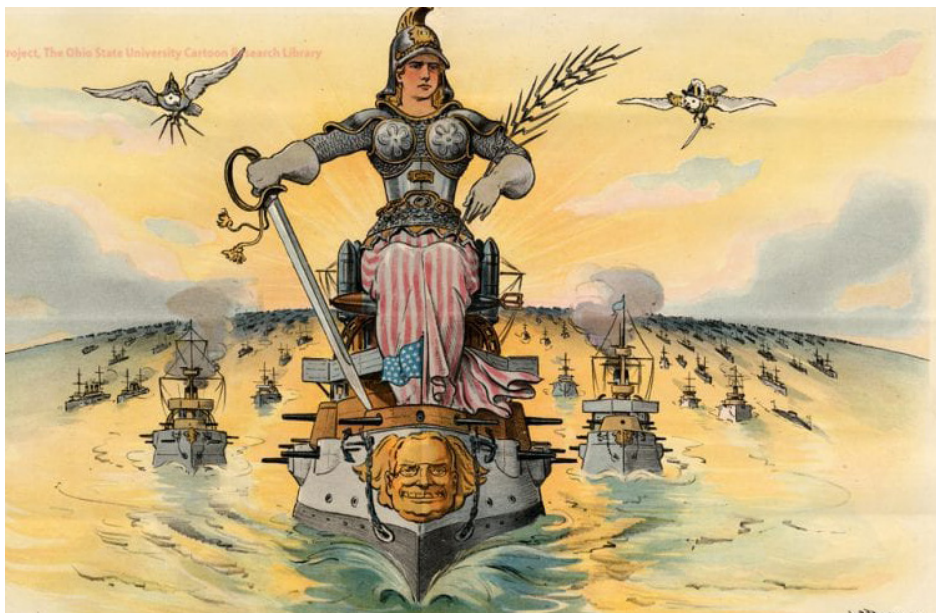
2) diferenciar con toda nitidez los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados y el concepto general de los intereses de toda la nación en su conjunto, que no es más que la expresión de los intereses de la clase dominante;

3) así mismo deben dividir neta-

que el Tratado de Versalles dictado por las famosas “democracias occidentales” constituye una violencia incluso más feroz e infame sobre las naciones débiles que el Tratado de Brest-Litovsk impuesto por los “junkers” alemanes y el kaiser. La Sociedad de las Naciones, así como toda la política de posguerra de la Entente, ponen de manifiesto con mayor evidencia y de un modo incluso más tajante esta verdad, reforzando en todas partes la lucha revolucionaria, tanto del proletariado de los países avanzados como de todas las masas trabajadoras de los países coloniales y dependientes, y acelerando el desmoronamiento de las ilusiones nacionales pequeño-burguesas sobre la posibilidad de la convivencia pacífica y de la igualdad nacional bajo el capitalismo.

4.- De las tesis esenciales arriba expuestas se desprende que la base de toda la política de la Internacional Comunista, en lo que al problema nacional y colonial se refiere, debe consistir en acercar a las masas proletarias y trabajadoras de todas las naciones y de todos los países para la lucha revolucionaria común por el derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, ya que sólo un acercamiento de esta clase garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión nacional y la desigualdad de derechos.

5.- La situación política mundial ha puesto a la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial convergen de un modo inevitable en un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, que de un modo ineluctable agrupa a su alrededor, por una parte a los movimientos soviéticos de los obreros de vanguardia de todos los países, y, por otra, a todos los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y de las nacionalidades oprimidas,



igualdad, que en sí misma constituye un reflejo de las relaciones de la producción mercantil, viene a ser en manos de la burguesía un arma de lucha contra la supresión de las clases bajo el pretexto de una igualdad absoluta de las personas. El verdadero sentido de la reivindicación de la igualdad no consiste sino en exigir la supresión de las clases.

2.- De acuerdo con su tarea fundamental de luchar contra la democracia burguesa y de desenmascarar la falsedad y la hipocresía de la misma, los partidos comunistas, intérpretes conscientes de la lucha del proletariado por el derrocamiento del yugo de la burguesía, deben, en lo referente al problema nacional, centrar tam-

mente las naciones en: naciones dependientes, sin igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas, por oposición a la mentira democrático-burguesa, la cual encubre la esclavitud colonial y financiera (cosa inherente a la época del capital financiero y el imperialismo) de la enorme mayoría de la población de la tierra por una insignificante minoría de países capitalistas riquísimos y avanzados.

3.- La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto de relieve con particular claridad ante todas las naciones y ante las clases oprimidas del mundo entero la mendacidad de la fraseología democrático-burguesa, al demostrar en la práctica

que se convencen por amarga experiencia de que no existe para ellos otra salvación que el triunfo del poder de los soviets sobre el imperialismo mundial.

6.- Por lo tanto, en la actualidad no hay que limitarse a reconocer o proclamar simplemente el acercamiento entre los trabajadores de las distintas naciones, sino que es preciso desarrollar una política que lleve a cabo la unión más estrecha entre los movimientos de liberación nacional y colonial con la Rusia soviética, haciendo que las formas de esta unión estén en consonancia con los grados de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento democrático-burgués de liberación de los obreros y campesinos en los países



atrasados o entre las nacionalidades atrasadas.

7.- La federación es la forma de transición hacia la unidad completa de los trabajadores de las diversas naciones. El principio federativo ha revelado ya en la práctica su utilidad, tanto en las relaciones entre la República Federativa Socialista Soviética de Rusia y las otras repúblicas soviéticas (de Hungría, de Finlandia, Letonia, en el pasado, y de Azerbaiyán, de Ucrania en el presente), como dentro de la misma RFSSR en lo referente a las nacionalidades que anteriormente carecían tanto de Estado propio como de autonomía (por ejemplo, las repúblicas au-

tónomas de Bashkiria y Tataria dentro de la RFSSR, fundadas en 1919 y 1920, respectivamente).

8.- En este sentido la tarea de la Internacional Comunista consiste en seguir desarrollando, así como en estudiar y comprobar en la experiencia, estas nuevas federaciones que surgen sobre la base del régimen y del movimiento soviético. Al reconocer la federación como forma de transición hacia la unidad completa, es necesario tender a estrechar cada vez más la unión federativa, teniendo presente:

1.- que sin una alianza estrecha de las repúblicas soviéticas es imposible salvaguardar la existencia de éstas dentro del cerco de las potencias imperialistas del mundo, incomparablemente más poderosas en el plano militar;

2.- que es imprescindible una alianza económica estrecha de las repúblicas soviéticas, sin lo cual no sería realizable la restauración de las fuerzas productivas destruidas por el imperialismo ni se podría asegurar el bienestar de los trabajadores;

3.- la tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo.

9.- En el terreno de las relaciones internas del Estado, la política nacional de la Internacional Comunista no puede circunscribirse a un simple reconocimiento formal, puramente declarativo, y que en la práctica no obliga a nada, de la igualdad de las naciones, cosa que hacen los demócratas burgueses, ya sea los que se confiesan francamente como tales o los que, como los de la II Internacional, se encubren con el título de socialistas. No sólo en toda su obra de agitación y propaganda (tanto desde la tribuna parlamentaria como fuera de la misma) deben los partidos comunistas desenmascarar implacablemente las violaciones continuas de la igualdad jurídica de las naciones y de las garantías de los derechos de las minorías nacionales en todos los Estados capitalistas, a despecho de sus consti-

tuciones “democráticas”, sino que deben también: explicar constantemente que el régimen soviético es el único capaz de proporcionar realmente la igualdad de derechos de las naciones, al unificar primero al proletariado y luego a toda la masa de los trabajadores en la lucha contra la burguesía; es imprescindible que todos los partidos comunistas presten una ayuda directa al movimiento revolucionario en las naciones dependientes o en las que no gozan de derechos iguales (por ejemplo en Irlanda, entre los negros en Estados Unidos, etc.) y en las colonias. Sin esta última condición, de suma importancia, la lucha contra la opresión de las naciones dependientes y de los países coloniales, lo mismo que el reconocimiento de su derecho a separarse y formar un Estado aparte, sigue siendo un rótulo embustero, como lo vemos en los partidos de la II Internacional.

10.- El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva, en toda la propaganda y agitación, y en la labor práctica, por el nacionalismo y el pacifismo pequeño-burgués, constituye el fenómeno más común, no sólo entre los partidos de la II Internacional, sino también entre los que se retiraron de ella y a menudo incluso entre los que ahora se denominan a sí mismos partidos comunistas. La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeño-burgueses más arraigados, adquiere tanta mayor importancia cuanto mayor es la palpitante actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado, convirtiéndola, de nacional (es decir, que existe en un solo país y que no es capaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado cuando menos en varios países avanzados, capaz de tener una influencia decisiva sobre toda la política mundial). El nacionalismo pequeño-burgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones, y nada más (dejo a un lado el carácter puramente verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige:

1) la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha a escala mundial;

2) que la nación que triunfa sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional. Así, pues en los Estados ya completamente capitalistas en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en luchar contra las desviaciones oportunistas, pequeño burguesas y pacifistas de la concepción y de la política del internacionalismo.

11.- En lo referente a los Estados y a las naciones más atrasadas, donde predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas, es preciso tener presente sobre todo:

1) La obligación de todos los partidos comunistas de ayudar al movimiento democrático-burgués de liberación en esos países: el deber de prestar la ayuda más activa incumbe, en primer término a los obreros del país del cual, en el sentido colonial o financiero, depende la nación atrasada;

2) La necesidad de luchar contra el clero y los demás elementos reaccionarios y medievales que ejercen influencia en los países atrasados;

3) La necesidad de luchar contra el pan-islamismo y otras corrientes de esta índole que tratan de combinar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y norteamericano con el fortalecimiento de las posiciones de los khanes, de los terratenientes, de los mulás, etc.;

4) La necesidad de apoyar especialmente el movimiento campesino en los países atrasados contra los terratenientes, contra la gran propiedad territorial, contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, realizando una alianza estrechísima entre el proletariado comunista de la Europa Occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos de Oriente, de los países coloniales y de los países atrasados en general; es indispensable, en particular, realizar todos los esfuerzos para

aplicar los principios esenciales del régimen soviético en los países en que predominan las relaciones pre-capitalistas, por medio de la creación de "soviets de trabajadores, etc.;

5) La necesidad de luchar resueltamente contra los intentos hechos por los movimientos de liberación, que no son en realidad ni comunistas ni revolucionarios, de adoptar el color del comunismo; la Internacional Comunista debe apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados, sólo a condición que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupen y se eduquen en todos los países atrasados en la conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones; la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias;

6) La necesidad de explicar infatigablemente y desenmascarar continuamente ante las grandes masas trabajadoras de todos los países, sobre todo de los trabajadores, el engaño que utilizan sistemáticamente las potencias imperialistas, las cuales, bajo el aspecto de Estados políticamente independientes, crean en realidad Estados desde todo punto de vista sojuzgados por ellos en el sentido económico, financiero y militar. Como un ejemplo flagrante de los engaños practicados con la clase trabajadora en los países sometidos por los esfuerzos combinados del imperialismo de los -Aliados y de la burguesía de tal o cual nación, podemos citar el asunto de los sionistas en Palestina, país en el que bajo el pretexto de crear un Estado judío, allí donde los judíos son una minoría insignificante, el sionismo ha entregado a la población autóctona de los trabajadores árabes a la explotación de Inglaterra. En la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que la Federación de Repúblicas Soviéticas.

12.- La opresión secular de las nacionalidades coloniales y débiles por las potencias imperialistas ha dejado entre las masas trabajadoras de los países oprimidos, no sólo un rencor, sino también una desconfianza hacia las naciones opresoras en general, incluyendo al proletariado de estas naciones. La vil traición al socialismo por parte de la mayoría de los jefes oficiales de ese proletariado durante los años de 1914 a 1919, cuando de modo socialchovinista encubrían con la "defensa de la patria" la defensa del "derecho" de "su propia" burguesía a oprimir las colonias y a expoliar a los países financieramente dependientes, no ha podido dejar de acentuar esta desconfianza en todo sentido legítimo. Por otra parte, cuanto más atrasado es un país tanto más pronunciados son la pequeña producción agrícola, el Estado patriarcal y el aislamiento, lo cual conduce de modo ineludible a un desarrollo particularmente vigoroso y persistente de los prejuicios pequeñoburgueses más arraigados a saber: los prejuicios de egoísmo nacional, de estrechez nacional. La extinción de esos prejuicios es necesariamente un proceso muy lento, puesto que sólo pueden desaparecer después de la desaparición del imperialismo y el capitalismo en los países avanzados y una vez que cambie radicalmente toda la base de la vida económica de los países atrasados. De ahí surge el deber, para el proletariado comunista consciente de todos los países, de demostrar circunspección y atención particulares frente a las supervivencias de los sentimientos nacionales en los países y en las nacionalidades que han sufrido una prolongadísima opresión; asimismo es su deber hacer ciertas concesiones con el fin de apresurar la desaparición de esa desconfianza y esos prejuicios. La causa del triunfo sobre el capitalismo no puede tener su



remate eficaz si el proletariado, y luego todas las masas trabajadoras de todos los países y naciones del mundo entero, no demuestran una aspiración voluntaria a la alianza y a la unidad.

Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial

1.- La determinación precisa de las relaciones de la Internacional Comunista con el movimiento revolucionario en los países que están dominados por el imperialismo capitalista, en particular de la China, la India, etc. es uno de los problemas más importantes para el II Congreso de la Internacional Comunista. La historia de la revolución mundial entra en un período en el cual es necesario un exacto conocimiento de esas relaciones. La gran guerra europea y sus consecuencias nos han demostrado muy claramente que las masas de los países sometidos fuera de los límites de Europa están indisolublemente vinculados al movimiento proletario de Europa, y que esa es una consecuencia inevitable de la centralización del capitalismo mundial (por ejemplo, el envío durante la guerra de tropas coloniales y de enormes ejércitos de trabajadores hacia los frentes, etc.).

2.- Las posesiones y dependencias coloniales constituyen una de las principales fuentes de las fuerzas del capitalismo europeo. Sin la posesión de grandes mercados y de extensos territorios de explotación en las colonias, las potencias capitalistas de Europa no podrían mantenerse durante mucho tiempo. Inglaterra, fortaleza del imperialismo, sufre de superproducción desde hace más de un siglo. Sin los vastos territorios coloniales, mercados suplementarios para la venta de los productos de superproducción y fuentes de materias primas para su creciente industria el régimen capitalista desde hace tiempo se hubiese derrumbado por su propio peso. Fue mediante la esclavitud de centenares de millones de habitantes de Asia y África que el imperialismo inglés llegó a mantener hasta ahora al proletariado británico bajo la dominación burguesa.

3.- Las superganancias obtenidas por la explotación de las colonias es uno de los apoyos del capitalismo moderno. Mientras esta fuente

de beneficios no sea suprimida, será difícil para la clase obrera vencer al capitalismo. Gracias a la posibilidad de explotar intensa y extensamente la mano de obra y las fuentes naturales de materias primas de las colonias, las naciones capitalistas de Europa se esfuerzan, no sin éxito, en recuperarse de la bancarrota actual. El imperialismo europeo logró en sus propios países hacer concesiones cada vez más grandes a la aristocracia obrera. Por un lado el imperialismo europeo busca rebajar el nivel de vida de su proletariado por medio de la competencia con los productos elaborados por los trabajadores sub-pagados de los países dominados, por el otro, este no vacilará en sacrificar su propia plusvalía en su país, el tiempo que se requiera para seguir obteniendo enormes beneficios en las colonias.

4.- La destrucción del imperio colonial, al mismo tiempo que estalla la revolución proletaria, acabará con el capitalismo europeo. Por consiguiente la Internacional Comunista debe ampliar su campo de actividad. Debe estrechar lazos con las fuerzas revolucionarias que laboran por la destrucción del imperialismo en los países económica y políticamente dominados.

5.- La Internacional Comunista representa la voluntad concentrada del proletariado revolucionario mundial. Su tarea consiste en organizar a la clase obrera de todo el mundo para la liquidación del orden capitalista y el establecimiento del comunismo. La Internacional Comunista es un órgano de combate que debe asumir la tarea de agrupar a todas las fuerzas revolucionarias de todos los países. La II Internacional, dirigida por un grupo de politiqueros y penetrada por concepciones burguesas, no asignó ninguna importancia a la cuestión colonial. Para esta, el mundo sólo existía dentro de los límites de Europa. No podían ver la necesidad de coordinar los movimientos revolucionarios de Europa con el de los otros países no coloniales. En lugar de prestar ayuda material y moral a los mo-

vimientos revolucionarios de las colonias, los miembros de la II Internacional se convirtieron en imperialistas.

6.- El imperialismo extranjero impuesto a los pueblos orientales, ha impedido el desarrollo social y económico de estos últimos, a la par de sus camaradas de Europa y América. Debido a que la política imperialista obstaculizó el desarrollo industrial de las colonias, no pudo surgir una clase proletaria en el sentido exacto del término sino recientemente. Las artesanías locales han sido destruidas para dejar la plaza a los productos de las industrias centralizadas de los países imperialistas. La consecuencia de esto fue que la gran mayoría de la población se vio obligada a regresar a la tierra al trabajo agrícola y a la producción de materias primas para la exportación hacia los países extranjeros. Así se produjo una rápida concentración de la propiedad agraria en manos ya sea de los grandes propietarios terratenientes, del capital financiero o del Estado, y se creó una enorme masa de campesinos sin tierra. La mayoría de la población fue condenada al analfabetismo. El resultado de esta política es que los sentimientos de revuelta, siempre latentes en todo pueblo oprimido, sólo encuentra su expresión en la pequeña clase media cultivada.

La dominación extranjera obstaculiza el libre desarrollo de las fuerzas sociales. Por eso su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias. Ayudar al derrocamiento del poder extranjero en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena sino la apertura del camino para el proletariado que allí se encuentra asfixiado.

7.- En los países oprimidos existen dos movimientos que cada día se separan más: el primero es el movimiento burgués democrático nacionalista que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y obreros ignorantes

y pobres que luchan por su emancipación de todo tipo de explotación. El primero intenta controlar al segundo y hasta lo logra con frecuencia. Pero la Internacional Comunista y los partidos que adhieren a ella deben combatir esta tendencia y tratar de desarrollar el sentimiento de clase independiente en las masas obreras de las colonias. La cooperación de elementos nacionalistas revolucionarios burgueses es útil para el derrocamiento del capitalismo extranjero, como primer paso hacia la revolución en las colonias.

Pero, la tarea necesaria y primordial es la formación de Partidos Comunistas que organicen a los obreros y los campesinos y los conduzcan a la revolución y al establecimiento de repúblicas soviéticas. De esta manera, las masas de los países atrasados podrán llegar al comunismo no a través del desarrollo capitalista, sino guiadas por el proletariado de los países capitalistas avanzados que posean una conciencia de clase.

8.- Las fuerzas reales del movimiento de emancipación en las colonias

ya no están limitadas al pequeño círculo del nacionalismo burgués democrático. En la mayoría de las colonias, existe ya un movimiento social-revolucionario o partidos comunistas vinculados estrechamente con las masas obreras. Las relaciones de la Internacional Comunista con el movimiento revolucionario de las colonias deben servir a esos partidos o a esos grupos, pues son la vanguardia de la clase obrera. Si bien actualmente son débiles, representan, sin embargo, la voluntad de las masas, y éstas los seguirán por el camino revolucionario. Los partidos comunistas de los diferentes países imperialistas deben trabajar en contacto con los partidos proletarios en las colonias y prestarles ayuda moral y material.

9.- La revolución en las colonias, en su primer estadio, no será una revolución comunista, pero si desde su comienzo la dirección está en manos de una vanguardia comunista, las masas no se desorientarán y en los diferentes períodos del movimiento su experiencia revolucionaria seguirá avanzando. Sería extremadamente peligroso,

en efecto, tratar de resolver en los países orientales la cuestión agraria según principios puramente comunistas. En sus primeras fases, la revolución en las colonias debe tener un programa que incluya reformas pequeño burguesas tales como el reparto de la tierra, etc.

Pero eso no significa en absoluto que la dirección de la revolución deba dejarse en manos de la democracia burguesa. Por el contrario, el partido proletario debe desarrollar una propaganda vigorosa y sistemática a favor de los soviets, y organizar a la mínima ocasión los soviets de campesinos y obreros. Esos soviets deberán trabajar en estrecha colaboración con las repúblicas soviéticas de los países capitalistas adelantados para lograr la victoria final sobre el capitalismo en todo el mundo.

De este modo, las masas de los países atrasados, conducidas por el proletariado consciente de los países capitalistas desarrollados, accederán al comunismo sin pasar por los diferentes estadios del desarrollo capitalista.



El marxismo frente a la teoría Queer

Yola Kipack

Presentamos un fragmento del documento sobre la teoría Queer elaborado por nuestra camarada Yola Lipack, militante de la Corriente Marxista Internacional en Austria. El texto completo puede leerse en nuestra web: marxismo.mx

Crisis de identidad

No es casual que la teoría queer creciera en popularidad en los años 90. Dos décadas antes, en torno al agitado año de 1968 y a partir de entonces, el mundo vio muchos movimientos revolucionarios, como la huelga general de mayo de 1968 en Francia, el “otoño caliente” de 1969 en Italia, la Primavera de Praga en Checoslovaquia, el movimiento por los derechos civiles en varios países y muchos más.

Con la nueva oleada de lucha de clases, el movimiento de las mujeres también experimentó un nuevo auge. Sin duda muchos de los grupos radicales, feministas y gay que surgieron en ese momento, se veían a sí mismos como socialistas, o al menos vinculados a la lucha de clases. Por ejemplo, el Grupo de Mujeres Independientes (AUF, por sus siglas en alemán) fundado en 1972 en Austria, declaró en el primer número de su periódico: “El movimiento de mujeres allana el camino para una revolución sexual y cultural. Sin embargo, esto sólo puede concebirse en conexión con una revolución económica.” (AUF, Eine Frauenzeitschrift, Number 1, 1974)



Empero, luego de las traiciones a dichos movimientos revolucionarios y oleadas huelguísticas, la perspectiva de una revolución dirigida por la clase obrera comenzó a ser vista como inverosímil o imposible, por muchos activistas de izquierda desmoralizados. Sin el elemento vinculante de luchas sociales masivas que unificaban a la clase trabajadora, el final de la década de los 70 vio al movimiento gay y de mujeres desviarse hacia la política identitaria y virar de metas radicales o revolucionarias, hacia círculos pequeños, locales. Su activismo estaba ahora centrado en el intercambio de experiencias, proyectos culturales y artísticos, y en la administración de conquistadas ya alcanzadas, como los refugios para mujeres o las líneas telefónicas de emergencia. La institucionalización gradual del movimiento de mujeres a nivel del Estado –dentro de los partidos reformistas, a través de la creación de ministerios de mujeres y de cátedras y becas en las universidades–, condujeron a un fortalecimiento de las ideas pequeñoburguesas dentro del movimiento de las mujeres hacia finales de la década de los 70 y durante la década de los 80.

Las teorías feministas que retratan la lucha de clases como secundaria ante la lucha cultural contra el patriarcado, o que niegan la lucha de clases totalmente, ganaron influencia. Ya no se trataba de luchar contra la sociedad de clases y la opresión de la mujer que está enraizada en ella, sino de luchar contra el “patriarcado transhistórico” (i.e., que ha permanecido igual a lo largo de diferentes formas de sociedad). El sujeto revolucionario ya no era la clase trabajadora sino las mujeres oprimidas por los hombres. Bajo esta premisa fueron presentadas una abundancia de textos y discusiones que lidiaron con la cuestión de la esencia del patriarcado y de cómo la “mujer”, que se había convertido en el principal sujeto de aná-

lisis, podía ser definida. La idea de diferenciar entre el sexo biológico y el género, socialmente adquirido, adquirió importancia. Esta idea está expresada en la cita emblemática de Simone de Beauvoir:

«No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que revisite en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización en conjunto es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino. Sólo la mediación de un ajeno puede constituir a un individuo como un Otro.» (El segundo sexo, p. 330).

Aquí, vemos ya las raíces de lo que luego se convertirán en las ideas centrales de la teoría queer: 1) la “mujer” como tal no existe. 2) Es moldeada y educada para convertirse en una por parte de la sociedad.

Pero si “mujer” (que ya no debe ser definida más de forma estricta por la biología) no existe – ¿quién es este sujeto que debe luchar por su emancipación? La búsqueda de la verdadera identidad femenina, del nuevo sujeto revolucionario, ocupó a los profesores y escritores de ese momento. En su búsqueda de la “esencia femenina”, algunos descubrieron la quema de brujas y vieron a la brujería y el chamanismo como una manifestación oprimida de la feminidad. Otros vieron a la “mujeridad” (womanness) escondida dentro de las esferas de la irracionalidad de la emoción o de la poesía; aun otros encontraron que sólo las lesbianas podían realmente luchar por la emancipación femenina en tanto rechazan las relaciones heteronormativas con hombres, etc. Ahora bien, la cuestión se planteó en la forma de: ¿quién debería tener el derecho de representar a las mujeres? En consecuencia, durante un período de decaimiento de la lucha de clases, la política identitaria se hundió en una crisis mucho más profunda.

La crisis fue exacerbada aún más por la disolución de la Unión Soviética. Para muchos, la creencia de que una alternativa al capitalismo era posible, se desvaneció. El júbilo malintencionado de la burguesía, que proclamaba el “fin de la historia”, tuvo como reflejo un estado de ánimo depresivo que atrapó a la izquierda, en condiciones en las que las fuerzas del marxismo eran muy débiles para presentar una alternativa visible.

Fue en este contexto que las ideas del postmodernismo –que rechaza sistemas complejos y procesos generales, niega la existencia de la realidad objetiva y en cambio construye sobre la base de pequeñas “narrativas” subjetivas– ganó popularidad. Una de sus características más comunes, es la importancia extraordinaria que los postmodernistas atribuyen al lenguaje. “¿Quién dice que hay tal cosa como la realidad detrás del lenguaje? ¡El lenguaje es la realidad!”, esta es la consigna de estos profesores postmodernos que obtienen cátedras, posiciones en la universidad y contratos de publicación de libros gracias a sus ejercicios intelectuales acrobáticos. La teoría queer, cuyas influencias principales incluyen el postestructuralismo de Foucault, el psicoanálisis de Lacan y el deconstructivismo de Derrida, están entre esas ideas.

El libro más conocido adscrito a la teoría queer es *El Género en Disputa: Feminismo y la Subversión de la Identidad* (1990), de Judith Butler. Nacida en 1956, profesora de filosofía con una especialización en literatura comparada, Judith Butler coincide con el medio social típico y el contexto teórico de la teoría queer. En sus primeras oraciones, ella contextualiza su libro dentro de la crisis de la política identitaria:

“En su mayoría, la teoría feminista ha asumido que existe cierta identidad, entendida mediante la categoría de las mujeres, que no sólo introduce los intereses y los objetivos feministas dentro del discurso, sino que se convierte el sujeto para el cual se procura la representación política”. Sin embargo: “Hay muy poco acuerdo acerca de qué es, o debería

ser, la categoría de las mujeres”. (El género en disputa, p. 45-46)

El punto focal de la teoría queer es el individuo, el sujeto que ha caído en crisis. Su identidad es incierta y contradictoria, tal como el mundo en el que vive –está atrapado en una red de relaciones de poder y opresión–. Estos elementos centrales de la teoría queer parecieron dar voz finalmente a aquello que mucha gente sentía: la ansiedad permanente de tratar de cumplir con las exigencias del sistema. Uno debería trabajar duro, ser productivo, un hombre fuerte y bueno, una buena y comprensiva madre, una mujer profesional, saludable física y mentalmente, siempre alcanzando las estrellas. La alienación de uno mismo y el sentimiento de estar solo en un mundo, en el que cada expresión de sí mismo apenas parece ser una caricatura, finalmente fue gritada en voz alta. La cuestión fue planteada incluso en la forma de quién puede ser uno, si uno existe troquelado y presionado por la sociedad, al igual que una moneda con un valor de cambio.

La psicología de la individualización y de la necesidad vaga de resistencia en ausencia de un movimiento de masas, fueron elementos importantes de las décadas del 90 y del 2000. Lo que quizás hace a la teoría queer atractiva para algunos es el hecho de que ofrece un lenguaje que valida al sujeto, que se construye sobre el punto de vista único de sí mismo, y que describe la consciencia de uno mismo.

Las bases filosóficas de la cuestión de género

El principal argumento de la teoría queer, así como de Judith Butler, es que el problema de la política de identidad reside en su afán por hallar una “auténtica identidad” femenina. Después de todo, toda mujer es única y diferente, ¿cómo podemos determinar una definición siempre válida de “mujer” que no haya sido aún distorsionada e influida por los prejuicios de la sociedad? Toda representación de “mujer” es por lo tanto incompleta y excluye a algunas mujeres. “Mujer”, dice Butler, no existe – no es más que una proyec-

ción de prejuicios y opiniones de cuerpos humanos. No exista la mujer antes de que haya sido convertida en una por las estructuras de poder en la sociedad. No obstante, como veremos más tarde, la teoría queer no ve de ningún modo como tarea suya entender aquello que llama “estructuras de poder”, mucho menos acabar con ellas.

Aquí es necesario hacer una excursión filosófica y examinar cómo Butler llega a su razonamiento de que “mujer” (o mejor dicho “géneros”) no existen, y lo que subyace detrás de este planteamiento. Porque en la historia de la filosofía, sus afirmaciones no son nuevas ni originales. La única diferencia es que ella aplica modelos filosóficos antiguos exclusivamente a la cuestión de género. De hecho, los marxistas respondimos exhaustivamente hace más de 100 años a estos mismos argumentos que hoy están siendo repetidos por la teoría queer. Particularmente, la excelente obra de Lenin, *Materialismo y empirio-criticismo*, puede leerse como una refutación específica de ésta.

Como punto de partida de su razonamiento, Butler toma el dualismo entre sexo biológico y género social descritos más arriba, el cual critica. Este dualismo representa de hecho la relación entre materia e idea. ¿Cuál es el origen de “mujer” – es la naturaleza, biología, el hecho de que pueda dar a luz, o es la noción cultural de feminidad – y cuál es la relación entre estos dos aspectos?

Tras este asunto de sexo biológico y rol de género reside la cuestión de sobre qué bases filosóficas construimos nuestra visión del mundo: idealismo o materialismo – puesto que la teoría queer percibe el mundo, ante todo, a través de la lente de la cuestión de género. Friedrich Engels describió los dos enfoques opuestos de la siguiente manera:

“[...] el problema de saber qué es lo primario, si el espíritu o la naturaleza, este problema revestía, frente a la Iglesia, la forma agudizada siguiente: ¿el mundo fue creado por Dios, o existe desde toda una eternidad?

Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contes-



tación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban el carácter primario del espíritu frente a la naturaleza, y por tanto admitían, en última instancia, una creación del mundo bajo una u otra forma (y en muchos filósofos, por ejemplo en Hegel, la génesis es bastante más embrollada e imposible que en la religión cristiana), formaban en el campo del idealismo. Los otros, los que reputaban la naturaleza como lo primario, figuran en las diversas escuelas del materialismo". (Engels, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana).

Las bases filosóficas de cualquier teoría son cualquier cosa menos pedantes. Dependiendo de si vemos las ideas o la materia como fundamento del mundo, nuestra respuesta a cómo, o si, el mundo puede ser cambiado fundamentalmente, es diferente. ¿Podemos erradicar la opresión de las mujeres con ideas (por ejemplo, lenguaje, educación) o a través de cambios materiales (a través de la lucha de clases, cambiando la forma en que producimos)?

En última instancia nadie puede evadir la elección entre idealismo y materialismo. Esto no significa que muchos filósofos no hayan tratado de hacerlo. En su libro Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, Engels menciona a los que él define como "agnósticos", los cuales se mantienen aparte de los idealistas y los materialistas. Él se refiere a aquellos que tratan de evadir la cuestión sobre si el pensamiento o la materia es lo primario tratando éstos como dos esferas separadas.

Este agnosticismo alcanzó su máximo exponente con Immanuel Kant (1724-1804), quien asumió que la realidad material existe (a la que llamó "cosa en sí"), pero que esta realidad no puede ser realmente conocida, porque de forma preterminada impondríamos nuestras categorías preconcebidas sobre el mundo y, por ello, la "interpretaríamos" sin ser capaces de determinar si nuestra interpretación es realmente acertada. El dualismo entre sexo y género es precisamente uno de estos agnosticismos: el cuerpo

de una mujer es una cosa, los prejuicios culturales sobre las mujeres son otra cosa completamente diferente. La relación entre estos dos elementos deviene así misteriosa y desconocida.

Pero ni siquiera el genio de Kant podía eludir la cuestión de si el pensamiento o la naturaleza son lo primario. Si los humanos percibimos el mundo a través de categorías y sentidos, ¿de dónde provienen estas categorías con las que pensamos? ¿El cerebro humano y la ciencia deducen por su naturaleza o provienen de un mundo inmaterial y espiritual, en otras palabras, de un Dios? El mismo Kant responde a esta pregunta de la última manera y, a pesar de ser un genio como científico y filósofo, no dejaba de ser un idealista.

Por el contrario, el marxismo está del lado del materialismo: la materia es lo primario; nuestras ideas son funciones de nuestro cerebro, nuestros sentidos son la conexión de nuestros cuerpos (materiales) con el mundo material, nuestra cultura es una expresión de los humanos en su interacción con la naturaleza, de la que forman parte.

"La eliminación idealista del "dualismo del espíritu y del cuerpo" (es decir, el monismo idealista) consiste en que el espíritu no es función del cuerpo, que el espíritu es, por consiguiente, lo primario, que el "medio" y el "Yo" existen sólo en una conexión indisoluble de los mismos "complejos de elementos". Fuera de esas dos formas, diametralmente opuestas, de eliminar el "dualismo del espíritu y del cuerpo", no puede haber otra forma más que el eclecticismo, es decir, esa mezcla incoherente del materialismo con el idealismo." (Lenin: Materialismo y empiriocriticismo, capítulo 1, sección 5: ¿Piensa el hombre con el cerebro?)

Sociedad de clases, opresión y cultura

La teoría queer llama la atención sobre un aspecto del género que no puede explicarse mediante una definición biológica rígida: en nuestra sociedad, nos vemos obligados a y socializados con roles de género. No existe una explicación biológica

de por qué el rosa debe ser femenino y el azul masculino; de por qué las niñas deberían jugar con muñecas mientras que los niños juegan con Lego; y así. Desde muy temprana edad, se nos dice que las mujeres son emocionales e irracionales, que son peores matemáticas y que no deberían entrometerse en la política, etc. Todo esto muestra que los géneros cumplen más que simples funciones biológicas, y que están profundamente arraigados en la cultura de nuestra sociedad.

Sin embargo, la cultura en sí misma no es un fenómeno arbitrario y accidental – surge de la base material de una sociedad y de la interacción de los humanos con la naturaleza: "En el proceso de adaptación a la naturaleza, en la lucha con sus fuerzas hostiles, la sociedad humana se convierte en una organización de clase compleja. Es la estructura de clase de la sociedad la que determina de manera más decisiva el contenido y la forma de la historia humana, es decir, sus relaciones materiales y sus reflexiones ideológicas. Al decir esto, también estamos diciendo que la cultura histórica tiene un carácter de clase". (León Trotsky, Cultura y Socialismo)

Durante la mayor parte de nuestra existencia, los humanos no vivían en sociedades de clases. Esto se debe a que la existencia de sociedades de clases requiere un producto excedente, algo con lo que una clase puede enriquecerse a expensas de otra. En aquellas sociedades donde este no era el caso (Engels se refería a ellas como "comunismo primitivo") tampoco había opresión de las mujeres. Sin embargo, si había una cierta división del trabajo entre los sexos (debido al embarazo y el parto), aunque lo más probable es que esta división no fuera absoluta y rígida.

Esta división del trabajo, sin embargo, no significaba que las mujeres fueran consideradas inferiores a los hombres, sino todo lo contrario. Como aquellas que aseguran la reproducción de nuestra especie, se les tenía en alta estima. Solo cuando los humanos, en su lucha con la naturaleza, encontraron formas de crear un producto excedente, que a

su vez condujo al surgimiento de la propiedad privada, la división del trabajo condujo a la opresión de las mujeres. En palabras de Engels, esta fue la base de “la derrota histórica mundial del sexo femenino”, es decir, un evento histórico, no “biológico”. Esto significa que, si bien la opresión de las mujeres en última instancia tiene una base biológica, no es una ley natural de hierro. La opresión de las mujeres, durante miles de años, hundiéndose profundamente dentro de nuestra sociedad, y puede asumir muchas formas que no se derivan estrictamente del hecho de que las mujeres pueden tener hijos y, fueron adaptadas al respectivo sistema dominante.

La opresión hunde sus raíces en la sociedad de clases y se expresa de manera diferente en circunstancias históricas concretas. Los roles de género, así como nuestros tratos con la sexualidad, han cambiado muchas veces en el curso de la historia humana; y cambian según las condiciones prevalecientes. Algunos ejemplos son la pederastia en la antigua Grecia, en oposición a la homosexualidad actual, o la definición de terceros géneros en algunas culturas, como los muxes del pueblo zapoteca. Pero también a las mujeres y los hombres se les han asignado diferentes atributos a lo largo del tiempo, solo necesitamos comparar los ideales femeninos de belleza durante el Renacimiento con las supermodelos de hoy.

La opresión de las mujeres bajo el capitalismo depende de los roles de género para mantener intacta la unidad económica de la “familia”, con todas las tareas asignadas dentro de ella, como un pilar importante del capitalismo. Dentro de la familia, es principalmente a las mujeres a quien se les asigna las tareas domésticas, la crianza de los hijos y el cuidado de los ancianos. Se fomenta la imagen de las mujeres como proveedoras de apoyo emocional y maternidad. En el mercado laboral, en general, a las mujeres se les paga menos, y si hay un exceso de mano de obra, las mujeres son las primeras en ser enviadas de vuelta a casa. Si bien las parejas homosexuales están siendo reconocidas en un número creciente de países, esto va de la mano con su subordinación al papel de la familia, con todas sus responsabilidades. Por lo tanto, los roles de género no son fantasías puramente culturales derivadas del mundo de las ideas, sino que surgen de la base material de la sociedad de clases –la cual se basa en la explotación y la opresión– así como en factores biológicos.

La opresión, que también es parte de la sociedad de clases capitalista, penetra profundamente en nuestras vidas e incluye la degradación de las mujeres a objetos sexuales y su sumisión a la violencia doméstica. Existe una presión muy real para moverse dentro de la sociedad

como hombres o mujeres heterosexuales. La violencia y la discriminación contra los homosexuales y las personas transgénero son feroces, a pesar de numerosas campañas liberales por los derechos LGTB. La lucha de una persona transgénero que elige someterse a una terapia hormonal o un cambio de sexo dura años y, en muchos casos, no es alcanzable. Continúa existiendo discriminación en el acceso a la vivienda, en el lugar de trabajo e incluso cuando simplemente se mueve en espacios públicos.

Todos estos aspectos de discriminación y opresión crean claramente una enorme ira y el deseo de escapar de esta pesadilla. Comprender el origen de la opresión de las mujeres, y lo que hay detrás de la discriminación contra las llamadas sexualidades “pervertidas”, es crucial si queremos encontrar una manera de ponerle fin. En ausencia de una comprensión de las raíces materiales de la opresión de las mujeres, la discriminación de la sexualidad, y los roles de género, ideas como la teoría queer (que ponen todo su enfoque en la cultura, la educación, y la opinión pública) inevitablemente ganan popularidad. Observando la capacidad de cambio de los roles de género a lo largo del tiempo, resulta tentador llegar a la conclusión de que no hay sexos biológicos “reales” detrás de estos aspectos culturales.



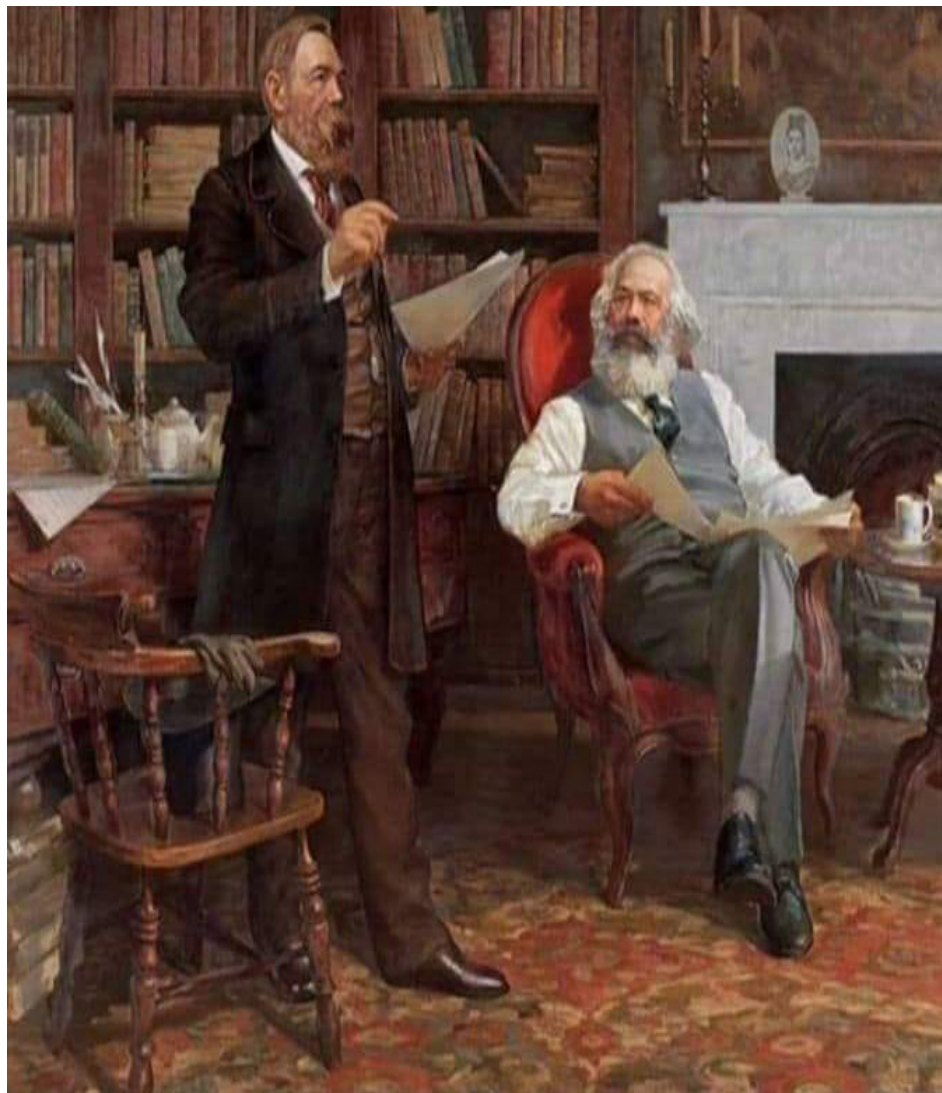
¿Qué es el materialismo histórico?

Alan Woods

Este texto forma parte del capítulo Dieterich y el materialismo histórico del libro "REFORMISMO O REVOLUCIÓN, Marxismo y socialismo del siglo XXI: Respuesta a Heinz Dieterich" de Alan Woods. Este puede descargarse completo en la web de nuestra editorial: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx (www.centromarx.org).

El materialismo histórico parte de la premisa de que el motivo principal para el desarrollo histórico es, en último análisis, el desarrollo de las fuerzas productivas —es decir, el poder de la humanidad sobre la naturaleza—. Desde el principio, los hombres y las mujeres han tenido que luchar para sobrevivir, para cubrir sus necesidades básicas: comida, vestido y cobijo. La diferencia fundamental que separa a los humanos de otros animales es el modo en el que hacemos esto: a través de la manufactura y el empleo de herramientas. En *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels nos ofrece un breve esbozo de los principios básicos del materialismo histórico:

"La concepción materialista de la historia parte de la tesis de que la producción, y tras ella el cambio de sus productos, es la base de todo orden social; de que en todas las sociedades que desfilan por la historia, la distribución de los productos, y junto a ella la división social de los hombres en clases o estamentos, es determinada por lo que la sociedad produce y cómo lo produce y por el modo de cambiar sus productos. Según eso, las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres ni en la idea que ellos se forjen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el modo de producción y de cambio" [1].



Esta es una expresión más elaborada de ideas desarrolladas mucho antes, en *La ideología alemana*, donde Marx escribe: "La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estadio que cabe constatar es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza. (...) Podemos distinguir los hombres de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero los hombres mismos comienzan a ver la diferencia entre ellos y los animales tan pronto comienzan a producir sus medios de vida, paso

este que se halla condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material" [2].

La viabilidad de una formación socioeconómica dada depende, en último análisis, de su capacidad para garantizar estas cosas. Esta proposición es tan obvia que no admite contradicción alguna. Todo depende de esta actividad productiva. El modo de producción e intercambio ha variado muchas veces a lo largo de la historia. Con cada cambio ha habido una revolución en las relaciones sociales. La formulación más clara de Marx al respecto se encuentra en el prefacio de 1859



a su libro *Contribución a la crítica de la economía política*. Para que los hombres y mujeres sean capaces de pensar y desarrollar su intelecto, escribir poesía o filosofía, inventar religiones o pintar cuadros, deben primero producir la comida suficiente, construir las moradas suficientes y disponer de ropa y calzado suficientes.

En los famosos *diálogos* de Platón nos encontramos con el filósofo Sócrates, que se pasa el día sentado en el Ágora de Atenas, parando a los viandantes y preguntándoles cuestiones como: “¿Qué significa lo Bueno?”. Lo que nosotros preguntamos es lo siguiente: para que Sócrates pudiera hacer esto, debió de haber alguien que le alimentara, le vistiera, le calzara y pusiera un techo sobre su cabeza; ¿quién era este “alguien”? La respuesta es: los esclavos, cuyo trabajo producía la mayor parte de los bienes que los atenienses consumían. La base de la democracia ateniense, el arte, la arquitectura, la escultura y la filosofía era el trabajo de los esclavos, quienes vivían una vida de sufrimiento, no tenían ningún tipo de derechos y ni siquiera eran considerados seres humanos.

Una caricatura mecánica

Muy a menudo se intenta desacreditar el marxismo recurriendo a caricaturizar su método de análisis histórico. No hay nada más fácil que levantar un espantapájaros para luego derrumbarlo. La distorsión habitual consiste en afirmar que Marx y Engels redujeron todo a lo económico. Este absurdo fue contestado muchas veces por Marx y Engels, como en el siguiente fragmento de una carta de Engels a Bloch:

“Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda” [3].

El materialismo histórico no tiene nada en común con el fatalismo. No estamos predestinados, ni por dioses ni por el desarrollo de las fuerzas productivas. Los hombres y las mujeres no son meros títeres a expensas de ciegas “fuerzas históricas”. Pero tampoco son enteramente libres, capaces de dar forma a su destino independientemente de las condiciones existentes, impuestas por el nivel de desarrollo económico, científico y técnico, que, en última instancia, determina si el sistema socioeconómico es viable o no. Marx explica:

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” [4].

Más tarde Engels expresó la misma idea de una forma diferente: “Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia” [5].

Opuesto a las ideas del socialismo utópico de Robert Owen, Saint-Simon y Fourier, el marxismo se basa en una visión científica del socialismo. El marxismo explica que la clave del desarrollo de toda sociedad es el desarrollo de sus fuerzas productivas: tra-

bajo, industria, agricultura, técnica y ciencia. Cada nuevo sistema social —esclavitud, feudalismo y capitalismo— ha servido para llevar adelante a la sociedad a través del desarrollo de las fuerzas productivas.

Los periodos históricos

El prolongado periodo del comunismo primitivo, la más temprana fase de desarrollo para la humanidad, donde las clases, la propiedad privada y el Estado no existían, dio paso a la sociedad de clases tan pronto como nuestros antepasados fueron capaces de producir un excedente por encima de lo necesario para sobrevivir. En este punto, la división de la sociedad en clases se convirtió en una posibilidad económica. En las grandes escalas de la historia, la emergencia de una sociedad de clases fue un fenómeno revolucionario, en tanto en cuanto liberó a una sección privilegiada de la población —las clases dominantes— de la carga directa del trabajo, permitiéndoles el tiempo necesario para desarrollar el arte, la ciencia y la cultura. La sociedad de clases, a pesar de su explotación despiadada y de las desigualdades, fue el camino que la humanidad debió de tomar si había de construir los necesarios prerrequisitos materiales para una futura sociedad sin clases.

En cierto sentido, una sociedad socialista es un retorno al comunismo primitivo pero en un nivel productivo infinitamente superior. Antes de imaginar una sociedad sin clases, todas las contradicciones de la sociedad de clases, especialmente las desigualdades y la escasez, tendrían que ser abolidas. Sería absurdo hablar de la abolición de las clases cuando la desigualdad, la escasez y la lucha por la existencia prevalecen. Sería una contradicción en términos. El socialismo sólo puede aparecer en un cierto estadio de la evolución de la sociedad, a un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

En contraste con los socialis-

tas utópicos de principios del siglo XIX, quienes consideraban el socialismo como una cuestión moral, algo que podría ser introducido por gente ilustrada en cualquier momento de la historia, Marx y Engels lo vieron como algo enraizado en el desarrollo de la sociedad. La precondition para tal sociedad sin clases es un desarrollo de las fuerzas de producción por el cual la superabundancia resulta posible. Para Marx y Engels, ésta es la tarea de la economía socialista planificada. Para el marxismo, la misión histórica del capitalismo —el más alto estadio de la sociedad de clases— era proporcionar la base material a escala mundial para el socialismo y la abolición de las clases. El socialismo no era simplemente una buena idea, sino el siguiente estadio de la sociedad.

No es posible para la sociedad saltar directamente del capitalismo a una sociedad sin clases. La herencia cultural y material de la sociedad capitalista es inadecuada para ello. Hay demasiada escasez y desigualdad que no puede ser superada inmediatamente. Después de la revolución socialista, deberá haber un periodo de transición que preparará el terreno para la superabundancia y la sociedad sin clases.

Marx llamó a este primer estadio de la nueva sociedad “el estadio inferior del comunismo” en oposición “al estadio superior del comunismo”, donde los últimos residuos de desigualdad material desaparecerían. En ese sentido, el socialismo y el comunismo han sido asociados, respectivamente, a los estadios “inferior” y “superior” respectivamente de la nueva sociedad. Al describir el estadio inferior del comunismo, Marx escribe: “De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el inte-

lectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede” [6].

“Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista”, escribe Marx, “media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”. Como todos los grandes teóricos marxistas han explicado, la tarea de la revolución socialista es llevar a la clase trabajadora al poder y aplastar a la vieja maquinaria del Estado capitalista, que es el órgano represivo diseñado para mantener subyugada a la clase obrera. Marx explicó que este Estado capitalista, junto a su burocracia estatal, no puede servir los intereses del nuevo poder. Hay que deshacerse de él. Sin embargo, el nuevo Estado creado por la clase trabajadora sería diferente del de todos los Estados previos en la historia, un semiestado diseñado de tal forma que estaba destinado a desaparecer.

Sin embargo, para Marx —y éste es un punto crucial— este estadio inferior del comunismo se situaría desde el principio en un nivel superior, en términos de su desarrollo económico, que el más avanzado y desarrollado capitalismo. ¿Y por qué es esto tan

importante? Porque sin un desarrollo masivo de las fuerzas productivas, la escasez prevalecería y, con ella, la lucha por la existencia. Como Marx explicó, esa situación supondría un peligro de degeneración: “Este desarrollo de las fuerzas productivas [del comunismo] constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la escasez y, por tanto, con la pobreza, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior” [7].

NOTAS

1. Engels, Del socialismo utópico al socialismo científico. Madrid. Ricardo Aguilar Editor. 1968, p. 64
2. Marx y Engels, Feuerbach, oposición entre las concepciones materialista e idealista. Capítulo I de La ideología alemana. Madrid. Fundación Federico Engels. 2006, pp. 65-66.
3. Engels, Obras Escogidas. Vol. 3. Moscú. Editorial Progreso. 1981, p. 514. Énfasis en el original.
4. Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003, p. 13.
5. Engels, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Madrid. Fundación Federico Engels. 2006, p. 43.
6. Marx, Crítica del programa de Gotha. Madrid. Fundación Federico Engels. 2004, p. 27. Énfasis en el original.
7. Marx y Engels, La ideología alemana. Barcelona. L'Eina Editorial. 1988. p. 32. El énfasis es nuestro.



El pacifismo, sirviente del imperialismo

León Trotsky

Nunca hubo tantos pacifistas en el mundo como ahora, cuando en todos los países los hombres se matan entre sí. Cada época histórica tiene no solamente su propia técnica y su propia forma política, sino también una hipocresía específica. Hubo un tiempo en que los pueblos se destruían unos a otros en nombre de las enseñanzas del cristianismo del amor a la humanidad. Ahora solamente los gobiernos retrógrados apelan a Cristo. Las naciones progresistas se degüellan entre sí en nombre del pacifismo. Wilson arrastra a los Estados Unidos a la guerra en nombre de la Liga de las Naciones



y la paz perpetua. Kerensky y Tseretelli claman por una ofensiva para obtener una rápida paz.

A nuestra época le hace falta la sátira indignada de un Juvenal.

De cualquier modo, incluso las más agudas armas satíricas están en peligro de mostrarse impotentes e ilusorias en comparación con la infamia triunfante y la estupidez rastrera; dos elementos que fueron desencadenados por la guerra.

El pacifismo es del mismo linaje histórico que la democracia. La

burguesía hizo un gran intento histórico para ordenar todas las relaciones humanas en concordancia con la razón, para reemplazar la tradición ciega y estúpida por las instituciones de pensamiento crítico. Los gremios con sus restricciones de producción, las instituciones políticas con sus privilegios, el absolutismo monárquico – todas estas eran reliquias tradicionales de la edad media. La democracia burguesa demandaba igualdad legal para la libre competencia, y el parlamentarismo como el medio para gobernar los asuntos públicos. Buscó también regular las relaciones nacionales del mismo modo. Pero en este punto se encontró con la guerra, es decir, con un método para resolver los problemas que es una completa negación de la “razón”. Así que comenzó a aconsejar a los poetas, filósofos, moralistas y hombres de negocios, que sería mucho más útil para ellos introducir la paz perpetua. Estos son los argumentos lógicos del pacifismo.

El defecto heredado del pacifismo, si embargo, era el mal fundamental que caracteriza a la democracia burguesa. Su crítica toca solamente la superficie del fenómeno social, no se atreve a cortar profundo hasta los hechos económicos subyacentes. El realismo capitalista, sin embargo, maneja la idea de una paz eterna basada en la armonía de la razón, quizás más piadosamente que la idea de libertad, igualdad y fraternidad. El capitalismo, desarrolló la técnica sobre una base racional, pero fracasó en la regulación racional de las condiciones económicas. Preparó armas para la mutua exterminación que nunca habrían soñado los “bárbaros” de la época medieval.

La rápida intensificación de las condiciones internacionales, y el incesante crecimiento del militarismo, le quitaron todo basamen-

to al pacifismo. Pero al mismo tiempo, estas mismas fuerzas le dieron al pacifismo una nueva vida ante nuestros ojos, una vida tan diferente de la anterior como un rojo ocaso difiere de un rosado amanecer.

La década que precedió a la guerra fue el periodo llamado de “la paz armada”. Todo este periodo no fue en realidad otra cosa que una guerra ininterrumpida, una guerra sostenida en los dominios coloniales.

Esta guerra se llevó a cabo sobre los territorios de los pueblos atrasados y débiles; condujo a la participación de África, Polinesia y Asia, y preparó el camino para la actual guerra. Pero, como no había ocurrido ninguna guerra europea desde 1871, si bien habían ocurrido muchos pequeños pero agudos conflictos, la opinión común entre la pequeñaburguesía había sido empujada sistemáticamente a ver el crecimiento cada vez mayor del ejército como una garantía de paz, la cual gradualmente cosecharía sus frutos en un nuevo derecho internacional. En cuanto a los gobiernos capitalistas y los grandes negocios, naturalmente no tenían nada que objetar a esta interpretación “pacifista” del militarismo. Entretanto los conflictos mundiales se preparaban y la catástrofe mundial se avecinaba.

Teórica y políticamente, el pacifismo tiene la misma base que la doctrina de la armonía social entre los intereses de las diferentes clases.

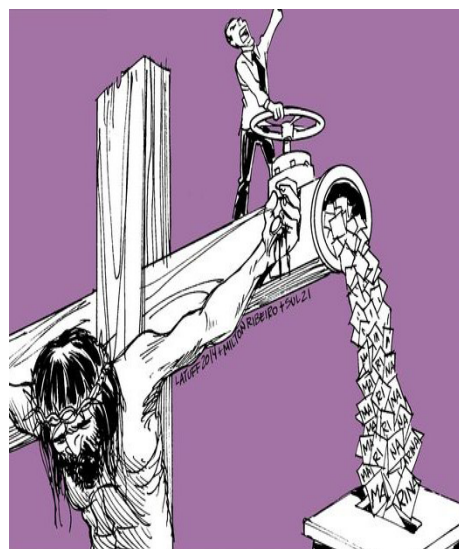
La oposición entre Estados nacionales capitalistas tiene la misma base económica que la lucha de clases. Si aceptáramos la posibilidad de una gradual atenuación de la lucha de clases, entonces tendríamos que asumir también la gradual atenuación y regulación de los conflictos nacionales.

El guardián de la ideología democrática, con todas sus tradiciones e ilusiones, era la pequeñabur-

guesía. Durante la segunda mitad del siglo diecinueve, se había transformado internamente por completo, pero no había desaparecido de la escena. A la vez que el desarrollo de la técnica capitalista había minado permanentemente el papel económico de la pequeñaburguesía, el sufragio universal y el servicio militar obligatorio le dieron, gracias a su fuerza numérica, la apariencia de un factor político. Donde el pequeño patrono no había sido aplastado por el gran capital, estaba completamente subyugado por el sistema de crédito. Solamente les restaba a los representantes del gran capital subyugar a la pequeñaburguesía también en el plano político, sirviéndose de todas sus teorías y prejuicios y dándoles un valor ficticio. Esta es la explicación del fenómeno que se observó en los últimos diez años anteriores a la guerra, cuando el imperialismo reaccionario crecía tan terroríficamente, mientras al mismo tiempo la florida ilusión de una democracia burguesa, con todo su reformismo y pacifismo se establecía. El gran capital subyugó a la pequeñaburguesía a sus fines imperialistas por medio de sus propios prejuicios.

Francia fue el ejemplo clásico de este proceso de dos caras. Francia es un país de capital financiero apoyado sobre la base de una numerosa y generalmente conservadora pequeñaburguesía. Gracias a los empréstitos extranjeros, a las colonias, y a la alianza con Rusia e Inglaterra, el estrato superior de la población fue arrastrado tras los intereses y conflictos del mundo capitalista. Entretanto, el pequeñoburgués francés se mantuvo provinciano hasta la médula. Tiene un temor instintivo a la geografía, y a lo largo de toda su vida tuvo el mayor horror hacia la guerra, principalmente porque generalmente tiene solamente un hijo, a quien le heredará sus negocios y hacienda. Este pequeñoburgués envía a un burgués radical para que lo represente en el parlamento, para que el caballero le prome-

ta que preservará la paz para él mediante la Liga de las Naciones por un lado y los cosacos rusos, quienes le cortarán la cabeza al káiser para él, por el otro lado. El diputado radical llega a París proveniente de su círculo de legisladores provincianos, no solamente lleno de deseos de paz, sino también con solamente nociones vagas acerca de la ubicación del Golfo Pérsico, y sin una clara idea de porqué y para quién es necesario el ferrocarril de Bagdad. De entre estos diputados "pacifistas radicales" sale un ministro radical, quien inmediatamente se encuen-



tra enredado hasta las orejas en los entramados de todas las obligaciones diplomáticas y militares previamente tomadas por todos los variados intereses financieros de la bolsa francesa en Rusia, África y Asia. El ministro y el parlamento nunca dejan de entonar su fraseología pacifista, pero al mismo tiempo llevan a cabo automáticamente un política exterior que finalmente condujo a Francia a la guerra.

El pacifismo inglés y norteamericano, a pesar de toda la variedad de condiciones sociales e ideología (a pesar también de la carencia de cualquier ideología como en los Estados Unidos) lleva a cabo esencialmente el mismo trabajo: provee de una salida al ciudadano pequeñoburgués temeroso de los eventos que conmocionan el

mundo, los que, después de todo, solamente pueden privarlo de los restos de su independencia; arrulla su vigilancia meditante inútiles nociones de desarme, derecho internacional y tribunales de arbitraje. Entonces, en un momento dado, le entregan en cuerpo y alma al imperialismo capitalista que ha movilizad ya todos los medios necesarios para su fin: es decir, conocimiento técnico, arte, religión, pacifismo burgués y "socialismo" patriótico.

"Estamos contra la guerra, nuestros diputados, nuestros ministros, todos estamos contra la guerra", grita el pequeñoburgués francés: "Sin embargo, debido a que nos han forzado a la guerra, y con el objetivo de realizar nuestros ideales pacifistas, debemos continuar la guerra hasta un final victorioso". Y el representante del pacifismo francés, Barón d'Estournel de Constant, consagra su filosofía pacifista con el solemne "jusqu'au bout!" ¡guerra hasta el fin!

Lo que el mercado accionario inglés requería por sobre todas las cosas para una conducción exitosa de la guerra, eran pacifistas como el liberal Asquith, y el demagogo radical Lloyd George. "Si estos hombres conducen la guerra" se dicen los ingleses, "entonces tenemos el derecho de nuestro lado". Y así, el pacifismo tuvo su papel asignado en el mecanismo de la guerra, tal como el gas venenoso, y la creciente pila de bonos de guerra.

En los Estados Unidos el pacifismo de la pequeñaburguesía se mostró en su verdadero papel, como sirviente del imperialismo, de un modo aún menos disfrazado. Allí, como en todas partes, eran los bancos y monopolios los que realmente conducían la política. Incluso antes de la guerra, debido al extraordinario desarrollo de la industria y del comercio de exportación, los Estados Unidos se habían estado moviendo resueltamente en dirección de los intereses mundiales y del imperialismo. Pero la guerra europea

aceleró este desarrollo imperialista a un ritmo febril. Mientras que mucha gente piadosa (incluyendo a Kautsky) esperaba que los horrores de la carnicería en Europa llenara a la burguesía americana de horror hacia el militarismo, la verdadera influencia de los acontecimientos en Europa siguió una línea no psicológica, sino materialista, y condujo a los resultados contrarios. Las exportaciones de los Estados Unidos, que en 1913 totalizaron 2,466 millones de dólares, alcanzaron en 1916 el increíble cifra de 5.48 billones de dólares. Naturalmente, la parte del león de este comercio de exportación fue asignada a la industria de

tas demandaron al Estado: “Fuiste tú quien inició este desarrollo de la industria de guerra bajo la bandera del pacifismo, así que te corresponde ahora encontrar para nosotros un nuevo mercado”. Si el Estado no estaba en una posición de prometer la “libertad de los mares” (en otras palabras, la libertad para estrujar capital de sangre humana) entonces debería abrir un nuevo mercado para las amenazadas industrias de guerra, en Estados Unidos mismos. Así que los requerimiento de la matanza europea produjeron una repentina, una catastrófica militarización de los Estados Unidos.

Este negocio tendía a levantar la

viaba carretadas de peticiones y diputaciones a sus colegas pacifistas, quienes ocupaban los más altos puestos en el gobierno, Bryan también hacía todos los esfuerzos para desviar la dirección revolucionaria de este movimiento.

“Si llega la guerra”, por ejemplo telegrafaba Bryan a un mitin antiguerra que se llevaba a cabo en Chicago en febrero, “entonces, por supuesto, apoyaremos al gobierno, pero hasta ese momento es nuestro más sagrado deber hacer todo lo que esté en nuestras manos para salvar al pueblo de los horrores de la guerra”. En estas pocas palabras se condensa todo el programa del pacifismo pequeñoburgués. “Todo lo que esté en nuestras manos para evitar la guerra”, significa proporcionar una salida a la oposición de las masas mediante manifiestos inofensivos, en los que se le da una garantía al gobierno de que, si la guerra llega, esta oposición pacifista no le pondrá ningún obstáculo a ella.

Por supuesto, eso era todo lo que requería el pacifismo oficial personificado por Wilson, quien ya había dado suficientes pruebas a los capitalistas que estaban fabricando la guerra, de que estaba “listo para pelear”. Incluso para Mr. Bryan fue suficiente esta declaración, luego de la cual dejó alegremente de lado su ruidosa oposición a la guerra; simplemente con un propósito, el de declarar la guerra. Como Mr. Wilson, Mr. Bryan se pasó apresuradamente al otro lado del gobierno. Y no sólo la pequeña burguesía, sino también la gran masa del pueblo, se dijo a sí misma: “Si nuestro gobierno, encabezado por un pacifista de tal reputación mundial como Wilson, puede declarar la guerra, y Bryan mismo puede apoyar al gobierno en la cuestión de la guerra, entonces con toda seguridad deber tratarse de una guerra justa y necesaria.” Esto explica porque el piadoso pacifismo estilo cuáquero, al cual se entregaron los demagogos que conducen el gobierno, es tan altamente valorado por el



municiones. Entonces vino la repentina amenaza de un cese del comercio de exportación hacia los países de la Entente, al iniciarse la guerra submarina irrestricta. En 1915 la Entente había importado bienes norteamericanos hasta por 35 mil millones, mientras Alemania y Austria-Hungría habían importado apenas alrededor de 15 millones. Así que, no solamente se marcaba una disminución en las gigantescas ganancias, sino que el conjunto de la industria americana, el cual se basaba en la industria de guerra, estaba amenazado ahora por una severa crisis. Es en estas cifras que debemos buscar la clave de la división de “simpatías” en América. Así que los capitalis-

oposición de las grandes masas del pueblo. Conquistar este descontento indefinido, y transformarlo en cooperación patriótica era la tarea más importante de la política doméstica de los EUA. Y fue por una extraña ironía del destino que el pacifismo oficial de Wilson, así como el pacifismo de “oposición” de Bryan, suministraron las armas más poderosas para el logro de esta tarea, es decir, el control de las masas mediante métodos militaristas.

Bryan se apresuró a expresar en voz alta el disgusto natural de los granjeros, y de toda la pequeña burguesía hacia el imperialismo, el militarismo y el aumento en los impuestos. Pero a la vez que en-

mercado de valores y los líderes de la industria de guerra.

Nuestro propio pacifismo social-revolucionario, menchevique, a pesar de la diferencia en las condiciones externas, jugó a su propia manera exactamente el mismo papel. La resolución sobre la guerra, que fue adoptada por una mayoría de los Consejos de obreros y soldados de toda Rusia, se fundó no solamente en los prejuicios pacifistas comunes, sino también en las características de una guerra imperialista. El congreso declaró que la “primera y más importante tarea de la democracia revolucionaria” era el rápido final de la guerra. Pero todas estas declaraciones están dirigidas hacia un solo fin: en la medida en que los esfuerzos internacionales de la democracia han fracasado en poner un fin a la guerra, la democracia revolucionaria rusa demanda con toda su fuerza que el ejército rojo debe prepararse para pelear ya sea en defensa o atacando.

La revisión de los viejos tratados internacionales vuelven al congreso ruso dependiente de los acuerdos voluntarios con la diplomacia de la Entente, y no está en la naturaleza de estos diplomáticos liquidar el carácter imperialista de la guerra, incluso si pudieran. Los “esfuerzos internacionales de la democracia” dejan al congreso y sus líderes dependientes de la voluntad de los patriotas socialdemócratas, quienes están atados a sus gobiernos imperialistas. Y esta misma mayoría del congreso, que primero se metió en un callejón sin salida con este asunto del “final más rápido posible de la guerra”, ha arribado, en lo que concierne a la política práctica, a una conclusión definitiva: la ofensiva. Un “pacifismo” que reagrupa a la pequeñaburguesía y nos conduce al apoyo de la ofensiva será naturalmente calurosamente recibida, no solamente por los rusos, sino también por el imperialismo de la Entente.

Miliukov, por ejemplo, dice: “En nombre de nuestra lealtad hacia los aliados y nuestros viejos tra-

tados (imperialistas), la ofensiva debe inevitablemente iniciarse.”

Kerensky y Tseretelli dicen: “Aunque nuestros viejos tratados no han sido revisados todavía, la ofensiva es inevitable.”

Los argumentos varían, pero la política es la misma. Y no podría ser de otro modo, desde que Kerensky u Tseretelli están inextricablemente ligados en el gobierno con el partido de Miliukov.

El pacifismo patriótico, socialdemócrata, de Dan, como el pacifismo cuáquero de Bryan, están por igual, cuando llegamos a los hechos reales, al servicio de los imperialistas.

Es por esta razón que la más importante tarea de la diplomacia rusa no consiste en persuadir a la diplomacia de la Entente que revise una cosa u otra, o que abrogue tal otra, sino en vencerla de que la revolución rusa es absolutamente confiable, y se le puede tener toda confianza.

El embajador ruso, Bachmatiev, en su discurso al congreso de los Estados Unidos de junio 10, también caracterizó la actividad del gobierno provisional desde este punto de vista:

“Todos estos acontecimientos”, dijo, “nos muestran que el poder y la importancia del gobierno provisional están creciendo cada día, y entre más crecen más capacidad tendrá el gobierno para expulsar a todos los elementos desintegrantes, ya sea que provengan de la reacción o de la agitación de la extrema izquierda. El gobierno provisional ha decidido tomar todas las medidas posibles para lograr este fin, incluso si tiene que recurrir a la fuerza, aunque no deja de esforzarse por una solución pacífica a sus problemas.

No hay que dudar ni por un momento de que el “honor nacional” de nuestros patriotas socialdemócratas se mantuvo imperturbable mientras el embajador de la “democracia revolucionaria” probaba ardientemente a la plutocracia americana que el gobierno ruso estaba listo para regar la sangre del proletariado ruso en nombre

de la ley y el orden. Entendiendo que el elemento más importante de la ley y el orden es el apoyo leal al capitalismo de la Entente.

Y mientras Herr Bachmatiev se hallaba con el sombrero en la mano, dirigiéndose humildemente a las hienas de la bolsa de valores americana, Messieurs Tseretelli y Kerensky estaban malquistando a la “democracia revolucionaria”, asegurando que era imposible combatir la “anarquía de la izquierda” sin utilizar la fuerza, y amenazaban con desarmar a los obreros de Petrogrado y al regimiento que les apoyaba. Podemos ver ahora cómo estas amenazas fueron lanzadas en el momento preciso: eran la mejor garantía para el préstamo de EUA a Rusia.

“Vea usted”, Herr Bachmatiev podría haber dicho a Mr. Wilson, “nuestro pacifismo revolucionario no se diferencia ni por lo ancho de un pelo del pacifismo de su bolsa de valores. Y si ellos le pueden creer a Mr. Bryan, ¿por qué no habrían de creerle a Herr Tseretelli?”



La miseria de la posmodernidad

David García Colín Carrillo

Si le preguntas a un posmoderno cuál es la causa de la opresión, te va a contestar algo como: "la opresión es configurada -como señala Lyotard (un buen posmoderno debe siempre citar a un oscuro e intragable gurú que sólo los iniciados han leído)- por una narrativa que impone un discurso hegemónico de dominación del "otro", de las "minorías".

para aumentar el embrujo de la palabra, citar algún término en alemán, aunque no sepa nada más del idioma. Otro mandamiento es nunca decir con algunas palabras y de manera clara lo que se puede decir con mil y de la manera más oscura concebible.

Si le insistes, resistiendo las ganas de recordarle que Heidegger era un maldito nazi, sobre en qué consiste esa evo-

imponen las relaciones de poder; en occidente ha dominado el discurso eurocéntrico, heteronormativo, patriarcal, falocéntrico, machista, judeo-cristiano, racista, de racionalidad instrumental (como dijo la Escuela de Frankfurt y Enrique Dussel)...".

Volvemos al punto de partida de una "explicación" que no explica nada. Como burro de noria, giran en círculo vicioso que no sale del lenguaje, la narrativa y el discurso.

Si, en un vano intento, te esfuerzas en aclararle que la ideología dominante (o la narrativa como ellos le llaman) es la de la clase dominante de un modo de producción determinado y que el poder (relaciones de poder) de las clases sociales se estructuran conforme a las relaciones de producción de un sistema socioeconómico dado; realidad que trasciende y determina al lenguaje y al discurso, te dirá: "no existe nada que escape al discurso pues la realidad se configura a través del lenguaje y los metarrelatos que estructuran la realidad. No hay verdad objetiva, todo es una narrativa construida históricamente. La ciencia es un mito de la razón ilustrada, no menos dogmática que la religión (como decía Lyotard)".

A estas alturas ya da flojera recordarle al posmoderno que antes de Nietzsche, Lyotard o Foucault; Marx ya había estudiado la ideología pero siempre en relación con intereses de clase realmente existentes. Marx no sólo se conformó con explicar que de toda realidad social genera una expresión ideológica contradictoria pero funcional a la clase dominante, también explicó las



Si, fingiendo interés, le preguntas sobre el origen de esa narrativa opresora, te responderá: "el discurso hegemónico -como dice Foucault (el Lex Luthor de la posmodernidad)- es impuesto de acuerdo a relaciones de poder que se imponen en todos los ámbitos de la vida cotidiana".

Si, aguantando el bostezo, le preguntas sobre el origen de esas misteriosas relaciones de poder, es probable que te responda: "Se configuran históricamente en tanto "ser ahí" ("dasein")-como señaló Heidegger-. Un posmoderno elegante procurará siempre,

lución histórica, te dirá: "Esto sólo se puede desentrañar -como dijo Gadamer- mediante un análisis hermenéutico que revele la tradición histórica que determina el texto y el discurso".

Y si le preguntas, resistiendo las ganas de tundirle con el espantoso libro "Verdad y método" con el que la maestra hippie (esa que confundía la poesía con filosofía) te torturó en la carrera, sobre qué es lo que determina la tradición dominante en un momento histórico determinado, te dirá: "se configura a través de un discurso hegemónico que

leyes del desenvolvimiento de la sociedad capitalista. La única manera de transformar la ideología de las masas es a través de la lucha colectiva para cambiar las condiciones de existencia, por derribar el capitalismo. Lo único que han hecho los posmodernos es tergiversar, desde una óptica idealista, subjetivista, relativista y absurda, lo que ya habían estudiado los fundadores del marxismo. Para ellos, en general, la lucha de masas es absurda pues la alienación -también estudiada por Marx- se declara un fenómeno absoluto y monolítico -que obviamente no incluye a los “genios” posmodernos-.

Pero este debate engorroso y aparentemente escolástico tiene consecuencias prácticas pues la posmodernidad influye fuertemente en colectivos y grupos feministas y neozapatistas involucrados en la lucha. Para el posmoderno, atrapado en el fango del subjetivismo extremo, la lucha contra la opresión no consiste en la lucha de clases-proceso objetivo, de masas, colectivo- sino, simplemente, en cambiar el lenguaje, en “desestructurar” (como decía Derrida) el dis-

curso para “desmontar” las estructuras de dominación, en discutir éste o aquél aspecto del discurso o la forma de hablar. De aquí la absurda idea de querer acabar con la opresión de la mujer cambiando vocales por @ o ‘x’. No se pretende derribar al sistema capitalista, se conforman con cobrar conciencia de la opresión, estudiar las maneras subjetivas en que ésta se expresa y reproduce.

Se le da al lenguaje un poder místico y mágico que apela al amor propio de intelectuales que viven encerrados en la academia y que obtienen su sustento y ascenso social con palabras y discursos. Normalmente estas personas desprecian a los trabajadores y sus luchas prosaicas como huelgas y marchas -“cómo yo, distinguido académico, me voy a mezclar con la chusma ignorante”-.

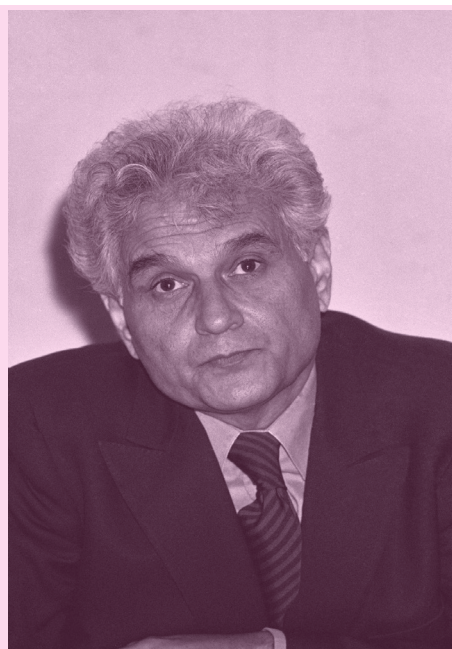
No se trata ya de lucha de clases, sino de infinidad de luchas parciales, confinadas en espacios domésticos, privados, académicos, sectoriales; entre mujeres vs hombres, oriente vs occidente, centro vs periferia, privilegios vs excluidos, blancos eurocéntricos vs minorías, etc. Se

trata, para ellos, de un cambio subjetivo, predominante individual -o a lo sumo de colectivos pequeños-.

Por supuesto, el marxismo debe partir de la luchas concretas, por modestas y limitadas que sean, pero siempre vinculándolas con la lucha por el socialismo. Los posmodernos se resisten a entender que toda lucha parcial se inserta en un sistema socioeconómico dominante que subsume a los fenómenos parciales.

Como no se tiene una visión de clase, se divide, en beneficio de la burguesía, a los oprimidos en líneas culturales, de género y hasta raciales. Obviamente no se “desmonta” nada con este vicioso embate de palabras -que sustituye la lucha de clases por la “lucha de frases”- y la clase dominante puede seguir tranquila explotando real y objetivamente a los trabajadores, mientras con la otra mano paga las becas de esa aristocracia posmoderna e inútil.

Es la miseria del posmodernismo y su orgánica incapacidad de entender la dinámica y leyes del capitalismo, única manera de aspirar a acabar con toda clase de opresión.



La curva de desarrollo capitalista

León Trotsky

En su introducción al libro de Marx, *La lucha de clases en Francia* [2], Engels escribió: “Cuando se aprecian sucesos y series de sucesos de la historia diaria, jamás podemos remontarnos hasta las últimas causas económicas. Ni siquiera hoy, cuando la prensa especializada suministra materiales tan abundantes, se podría, ni aun en Inglaterra, seguir día a día la marcha de la industria y

zando los materiales. La estadística es un medio auxiliar necesario para esto, y la estadística va siempre a la zaga, rengueando. Por eso, cuando se trata de la historia contemporánea, corriente, se verá uno forzado con harta frecuencia a considerar este factor, el más decisivo, como un factor constante, a considerar como dada para todo el período y como invariable la situación económica con que nos encontramos al

mación inevitable de los cambios que se operan al mismo tiempo en la situación económica -verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan- tiene que ser necesariamente una fuente de errores”

Estas ideas que Engels expresó poco antes de su muerte no fueron desarrolladas por nadie después de él. Según mi recuerdo, ellas son raramente citadas -mucho más raramente de lo que deberían serlo. Aun más, su significado parece haber escapado a muchos marxistas. La explicación para este hecho debe encontrarse en las causas indicadas por Engels, quien militaba contra cualquier tipo de interpretación económica terminada de nuestra historia corriente.

Es una tarea muy difícil, imposible de resolver en su pleno desarrollo, el determinar aquellos impulsos subterráneos que la economía transmite a la política de hoy; y sin embargo la explicación de los fenómenos políticos no pueden ser pospuestos a causa de que la lucha no permite esperar. De aquí surge la necesidad de recurrir en la actividad política cotidiana a explicaciones tan generales que a través de un largo uso aparecen transformadas en verdades. Mientras la política siga fluyendo dentro de una misma forma, a través del mismo dique, y a un ritmo semejante, por ejemplo, mientras la acumulación de cantidades económicas no se haya convertido en un cambio de calidad política, esta clase de abstracciones clarificantes (“los intereses de la burguesía”, “el imperialismo”, “el fascismo”) aún sirve más o menos su tarea: no interpreta un hecho político en toda su profundidad, pero lo reduce a un tipo familiar que es, seguramente, de inestimable importancia. Pero cuando ocurre



del comercio en el mercado mundial y los cambios operados en los métodos de producción, hasta el punto de poder, en cualquier momento, hacer el balance general de estos factores, múltiplemente complejos y constantemente cambiantes; máxime cuando los más importantes de ellos actúan, en la mayoría de los casos, escondidos durante largo tiempo antes de salir repentinamente y de un modo violento a la superficie. Una visión clara de conjunto sobre la historia económica de un período dado no puede conseguirse nunca en el momento mismo, sino sólo con posterioridad, después de haber reunido y tam-

comenzar el período en cuestión, o a no tener en cuenta mas que aquellos cambios operados en esta situación que por derivar de acontecimientos patentes sean también patentes y claros. Por esta razón, aquí el método materialista tendrá que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes, determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clase”.

“Huelga decir que esta desesti-

un cambio serio en la situación, o a lo sumo un giro agudo, tales explicaciones generales revelan su total insuficiencia, y surgen totalmente transformadas en una verdad vacía. En tales cursos resulta invariablemente necesario estudiar en forma mucho más profunda y analítica para determinar el aspecto cualitativo, y si es posible también medir cuantitativamente los impulsos de la economía sobre la política. Estos "impulsos" representan la forma dialéctica de las "tareas" que se originan en la función dinámica y son transmitidas para buscar solución a la esfera de la superestructura. Ya las oscilaciones de la coyuntura económica (auge-depresión-crisis) conforman las causas y efectos de impulsos periódicos que dan surgimiento a cambios, ora cuantitativos, ora cualitativos, y a nuevas formaciones en el campo político. Las rentas de las clases poseedoras, el presupuesto del estado, los salarios, el desempleo, la magnitud del comercio exterior, etc., están íntimamente ligados con la coyuntura económica, y a su turno, ejercen la más directa influencia sobre la política. Esto sólo es suficiente para entender cuán importante y fructífero es seguir paso a paso la historia de los partidos políticos, las instituciones estatales, etc., en relación con los ciclos del desarrollo capitalista. Pero nosotros no podemos decir que estos ciclos explican todo: ello está excluido por la sencilla razón que los ciclos mismos no son fenómenos económicos fundamentales, sino derivados.

Ello se despliega sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas a través del mecanismo de las relaciones de mercado. Pero los ciclos explican una buena parte, formando como lo hacen a través de las pulsaciones automáticas, un indispensable resorte dialéctico en la mecánica de la sociedad capitalista. Los puntos de ruptura de la coyuntura comercial e industrial nos llevan a un contacto mucho más

íntimo con los nudos críticos en la trama del desarrollo de las tendencias políticas, la legislación, y todas las formas de la ideología.

Pero el capitalismo no se caracteriza sólo por la periódica recurrencia de los ciclos, de otra manera la historia sería una repetición compleja y no un desarrollo dinámico. Los ciclos comerciales e industriales son de diferente carácter en diferentes períodos. La principal diferencia entre ellos está determinada por las interrelaciones cuantitativas entre el período de crisis y el de auge de cada ciclo considerado. Si el auge restaura con un excedente la destrucción o la austeridad del período precedente, entonces

un cierto número de ciclos están caracterizados por auges agudamente delineados y crisis débiles y de corta vida. Como resultado, obtenemos un agudo movimiento ascendente de la curva básica del desarrollo capitalista. Obtenemos épocas de estancamiento cuando esta curva, aunque pasando a través de parciales oscilaciones cíclicas, permanece aproximadamente en el mismo nivel durante décadas. Y finalmente, durante ciertos períodos históricos, la curva básica, aunque pasando como siempre a través de oscilaciones cíclicas, se inclina hacia abajo en su conjunto, señalando la declinación de las fuerzas productivas. Es aho-



el desarrollo capitalista está en ascenso. Si la crisis, que significa destrucción, o en todo caso contracción de las fuerzas productivas, sobrepasa en intensidad el auge correspondiente, entonces obtenemos como resultado una contracción de la economía. Finalmente, si la crisis y el auge se aproximan entre sí en magnitud, obtenemos un equilibrio temporario -un estancamiento- de la economía. Este es el esquema en lo fundamental. Observamos en la historia que los ciclos homogéneos están agrupados en series. Épocas enteras de desarrollo capitalista existen cuando

ra posible postular a priori que las épocas de enérgico desarrollo capitalista deben poseer formas -en política, en leyes, en filosofía, en poesía- agudamente diferentes de aquellas que corresponden a la época de estancamiento o de declinación económica. Aun más, una transición de una época de esta clase a otra diferente debe producir necesariamente las más grandes convulsiones en las relaciones entre clases y entre estados. En el III Congreso Mundial de la Comintern nosotros hemos insistido sobre este punto en la lucha contra la concepción puramente mecanicista



de la actual desintegración capitalista. Si el remplazo periódico de auges “normales” por crisis “normales” encuentra su proyección en todas las esferas de la vida social, entonces una transición de toda una época entera de ascenso a otra de declinación, o viceversa, engendra los más grandes disturbios históricos, y no es difícil demostrar que en muchos casos las revoluciones y guerras se esparcen entre la línea de demarcación de dos épocas diferentes de desarrollo económico, por ejemplo la unión de dos segmentos diferentes de la curva capitalista. Analizar toda la historia moderna desde este punto de vista es realmente una de las tareas más gratificantes del materialismo dialéctico. Continuando con el III Congreso Mundial, el profesor Kondratiev se aproximó a este problema -como es usual, evadiendo dolorosamente la formulación de la cuestión como fuera adoptada por el Congreso mismo- intentando agregar al “ciclo menor”, cubriendo un período de diez años, el concepto de un “ciclo mayor”, abrazando aproximadamente cincuenta años. De acuerdo a esta construcción simétricamente estilizada, un ciclo económico mayor consiste de unos cinco ciclos menores, y además, la mitad de ellos tienen el carácter de ascendentes, mientras la otra mitad son de crisis, con todas las etapas necesarias de transición. La determinación estadística de los ciclos mayores compilada por Kondratiev deberá ser sujeta a una cuidadosa y nada crédula verificación, tanto respecto a los países individual-

mente como al mercado mundial como un todo. Es ahora posible refutar ^P por adelantado el intento del profesor Kondratiev a investigar las épocas rotuladas por él como ciclos mayores con el mismo “ritmo rígidamente legítimo” que es observable en los ciclos menores; esto es obviamente una falsa generalización de una analogía formal. La recurrencia periódica de ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta por sí misma siempre y en todas partes una vez que el mercado ha surgido a la existencia. Por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) de la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratiev sugiere, infundadamente, el uso del término “ciclos”, debemos destacar que el carácter y duración están determinados, no por la dinámica interna de la economía capitalista, sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista. La adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, hechos mayores de orden “superestructural” tales como guerras y revoluciones, determinan el carácter y el remplazo de las épocas ascendentes estancadas o declinantes del desarrollo capitalista. ¿A lo largo de qué rutas debería proceder la investigación? Nuestro principal objetivo ha de ser establecer la curva de la evolución capitalista, incorporando sus elementos no periódicos (tendencias básicas) y periódicos

(recurrentes). Tenemos que hacer esto para los países que nos interesan y para el conjunto de la economía mundial. Una vez que hemos fijado la curva (el método de fijarla es sin duda una cuestión especial por sí misma, y de ninguna manera simple, que pertenece al campo de la técnica de la estadística económica) podemos dividirla en períodos, dependientes del ángulo de ascenso o descenso con respecto al eje de abscisas. Por este medio obtenemos un cuadro del desarrollo económico, o sea, la caracterización de “la verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan” (Engels). De acuerdo a lo concreto o detallado de nuestra investigación, podemos necesitar una cantidad de tales esquemas; uno relativo a la agricultura, otro a la industria pesada, etcétera. Con este esquema como punto de partida, debemos sincronizarnos luego con los sucesos políticos (en el más amplio sentido del término), y entonces podemos buscar no sólo su correspondencia, o para decirlo más cautamente, la interrelación entre las épocas definitivamente delineadas de la vida social y los segmentos agudamente expresados de la curva del desarrollo capitalista, sino también por aquellos impulsos subterráneos directos que unen los sucesos. A lo largo de este camino, naturalmente, no es difícil caer en la más vulgar esquematización; y, sobre todo, ignorar la tenacidad, de los acondicionamientos internos y la sucesión de los procesos ideológicos, y llegar a olvidar que la economía sólo es decisiva en último análisis.



¡No han faltado conclusiones caricaturescas dibujadas a partir del método marxista! Pero renunciar por esta causa a la formulación de la cuestión como se indicara antes (“su aroma de economismo”) es demostrar una completa incapacidad para entender la esencia del marxismo que busca las causas de los cambios de la superestructura social en los cambios del fundamento económico, y en ningún otro lado. El paralelismo de los sucesos políticos y los cambios económicos es sin duda muy relativo. Como regla general, la “superestructura” registra y refleja nuevas formaciones en la esfera económica sólo después de considerable retraso. Pero esta ley debe apoyarse en una concreta investigación de aquellas complejas interrelaciones. En nuestro informe al III Congreso Mundial ilustramos esta idea con ciertos ejemplos históricos extraídos de la época de la revolución de 1848, la época de la primera revolución rusa (1905) y el período a través del cual estamos atravesando (1920-1921). Referimos al lector a estos ejemplos. Ellos no proporcionan nada finalizado, pero caracterizan en forma suficientemente adecuada la extraordinaria importancia de la visión avanzada por nosotros -sobre todo, para entender los saltos más críticos

en la historia: las guerras y revoluciones-. Pero ningún intento de esta clase puede asemejarse a una incauta anticipación de aquellos resultados que fluyen de una completa y dolorosa investigación que aún no se ha realizado. En la actualidad resulta aún imposible prever hasta que grado y qué secciones del campo de la historia serán iluminadas, ni cuánta luz será arrojada por una investigación materialista que procediera a un estudio más concreto de la curva capitalista y de la interrelación entre la última y todos los aspectos de la vida social. Las conquistas que pueden obtenerse por este camino serán determinadas por el resultado de la investigación misma, la cual debe ser más sistemática, más ordenada, que aquellas excursiones histórico-materialistas emprendidas hasta ahora. En cualquier aproximación a la historia moderna enriquecer la teoría del materialismo histórico con conquistas mucho más preciosas que extremadamente dudosos malabarismos especulativos, con los conceptos y términos del método materialista que, bajo la pluma de algunos de nuestros marxistas, trasplantaron el método formalista al dominio del materialismo dialéctico; que ha llevado a reducir la tarea a confección de clasifi-

caciones y definiciones precisas y a dividir vacías abstracciones en cuatro partes igualmente vacías; en resumen, han adulterado el marxismo con las maneras elegantemente indecentes de los epígonos de Kant. Verdaderamente es una tontería afilar y reafilar sin fin un instrumento, picar el acero marxista, cuando la tarea es aplicar el instrumento para trabajar sobre la materia prima. En nuestra opinión, este tema puede proveer el material para los más fructíferos trabajos de nuestros seminarios marxistas sobre materialismo histórico. Las investigaciones independientes emprendidas en esta esfera arrojarían indudablemente nueva luz, o al menos más luz, sobre sucesos históricos aislados y aun sobre épocas enteras. Finalmente, el mero hábito de pensar en términos de las categorías propuestas facilitaría enormemente la orientación política en la presente época, que hoy revela mas abiertamente que nunca la conexión entre la economía capitalista, que ha llegado ala cima de su saturación, con la política capitalista, que se ha transformado hasta ser completamente desenfrenada.



[1] Carta a la redacción del *Viestnik Sotsialisticheskoi Akademii* (Heraldo de la Academia Socialista). Publicado en *Fourth International* en mayo de 1941. Tomado de la versión publicada en *Una escuela de Estrategia Revolucionaria*, Ed. del Siglo, 1973, Bs. As., Argentina, pág. 145.

[2] “La lucha de clases en Francia” se encuentra publicada en *Obras Escogidas, Marx-Engels*, Tomo 1, Ed. Cártago, 1987, Bs. As., Argentina, pág. 164.

Marxismo versus Interseccionalidad

Jessica Cassell

*Presentamos un fragmento del texto **Marxismo versus Interseccionalidad** de Jessica Cassell, camarada de la Corriente Marxista Internacional en Canadá. El artículo completo puede leerse en nuestra web: marxismo.mx*

Interseccionalidad en contexto

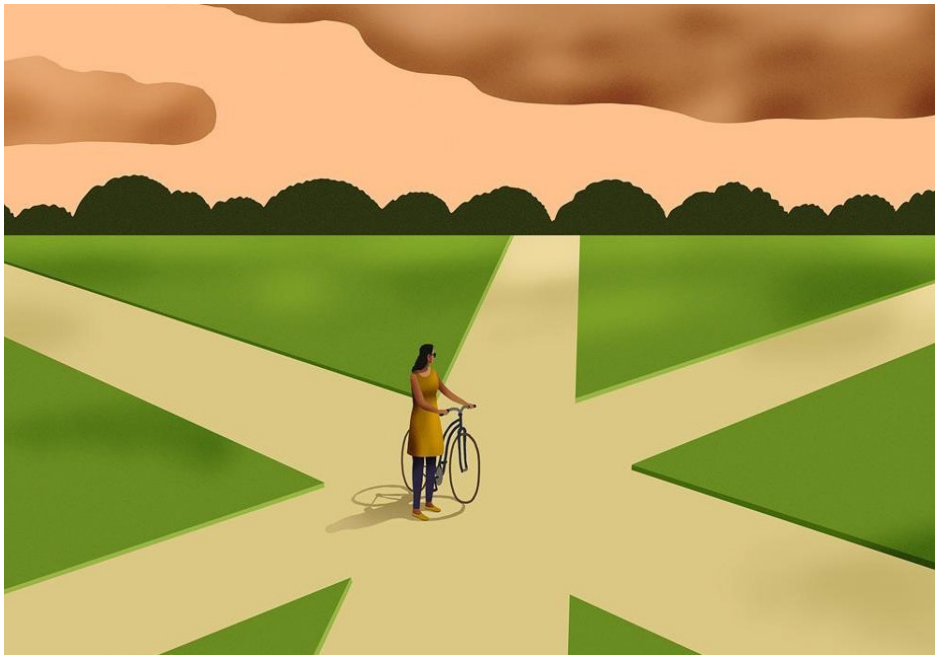
Para entender las limitaciones de la interseccionalidad desde una perspectiva marxista, por supuesto tenemos que considerar los principios básicos de la interseccionalidad

queña burguesía que son incorporados fácilmente en el sistema capitalista. La política de identidad también ha sido utilizada por la burocracia del movimiento obrero y por la clase dominante contra la izquierda y las posiciones de clasisistas dentro del movimiento. Esta creciente orientación hacia ejes separados de identidad y opresión fue el resultado del fracaso de los dirigentes obreros, socialdemócratas y estalinistas en conducir a los

mantener su poder y frenar la revolución proletaria internacional. Las políticas estalinistas, como la re-criminalización de la homosexualidad en la Unión Soviética, y su reflejo en las prácticas discriminatorias que se llevaron a cabo en los partidos comunistas estalinistas en todo el mundo, repelían comprensiblemente a muchos trabajadores y jóvenes que se enfrentaban al peso de la opresión a través de la lucha socialista. Tales políticas no tienen nada en común con el genuino marxismo y han influido en la fragmentación del movimiento en ejes separados de lucha. El genuino marxismo se opone a todas las formas de opresión y reivindica la unidad de clase.

La interseccionalidad, una rama del feminismo, fue en realidad una reacción contra las políticas de identidad tradicionales que tendían a aislar el movimiento en luchas separadas. Las mujeres negras, en particular, habían denunciado durante décadas que el movimiento de mujeres estaba dominado en gran parte por mujeres blancas de clase alta, que ignoraban la realidad y las necesidades de las mujeres negras trabajadoras, y que el movimiento antirracista estaba dominado por hombres negros que a menudo minimizaban la opresión de las mujeres, críticas nada despreciables. Sin embargo, el fundamento ideológico de la interseccionalidad descansa en las teorías post-marxistas, como el postmodernismo y el post-estructuralismo, teorías que ganaron popularidad en los círculos académicos precisamente en un período de reacción capitalista y colapso del estalinismo, cuando los líderes sindicales y de izquierda abandonaron incluso la pretensión de luchar por el socialismo, y optaron abiertamente por la idea de hacer un capitalismo más "humano".

Si el período anterior al retroceso en la lucha de clases había incidido en la transformación social y económica radical; el ámbito de las ideas, el



misma y el contexto histórico en el que consiguió repercusión. El surgimiento de la interseccionalidad coincidió con una derrota de las olas revolucionarias de los años sesenta y setenta, seguida de una reacción en los años ochenta, que culminó con el colapso de la Unión Soviética. Durante el consiguiente reflujo de la lucha de clases, la política de identidad se hizo predominante. Dicha política se desarrolló en ese período, y consiste en definir a las personas según sus características personales (etnia, sexo, etc.), en lugar de su clase o punto de vista político.

La clase dirigente la ha utilizado para promover el avance de los elementos carismáticos de la pe-

trabajadores hacia el derrocamiento del capitalismo, lo que podría haber erradicado la base social y económica de las diversas formas de opresión.

El estalinismo, en particular, desempeñó un papel traidor. La Revolución rusa de 1917, impulsada por los bolcheviques bajo la dirección de Lenin y Trotsky, consiguió grandes avances para las mujeres, las lesbianas y los gays, y las nacionalidades oprimidas, muchos de los cuales retrocedieron con la degeneración de la Unión Soviética bajo Stalin. El aislamiento y el atraso de la Unión Soviética perpetuaron la escasez; los estalinistas usaron todas las viejas divisiones y formas de opresión para

pensamiento y el lenguaje se convirtió en el blanco del análisis y del cambio del periodo que siguió. Habiendo perdido la fe en la capacidad de la clase obrera de transformar radicalmente la base económica y social de la sociedad, la izquierda académica puso el énfasis en cómo piensan los individuos. Partiendo de esta tendencia ideológica, la interseccionalidad enfatiza la experiencia subjetiva y el pensamiento, el lenguaje y el comportamiento individual, como la lente a través de la cual entender y superar la opresión.

Este es un enfoque profundamente idealista que se basa en la idea de que para cambiar la sociedad, primero hay que cambiar las opiniones de las personas, o peor aún, que al cambiar el “discurso” se puede transformar la realidad. La verdad es que la ideología dominante en una sociedad de clases es la de la clase dominante. La ideología del pueblo que realiza las revoluciones, las masas explotadas y oprimidas, está imbuida de todas las ideas reaccionarias y prejuicios impuestos por la clase dominante. Es en el transcurso de la lucha por transformar la sociedad que las personas (en gran número) se transforman y cambian (en gran medida) sus puntos de vista. Esto está muy bien explicado por Marx en La ideología alemana:

“Que tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesario una transformación en masa de los hombres que solo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”.

Se le atribuye a la académica afro-americana en Derecho, Kimberlé Crenshaw, haber acuñado el término “interseccionalidad” hacia 1989, específicamente para describir cómo el sistema judicial estadounidense no tenía en cuenta las distin-

tas discriminaciones que las mujeres negras experimentan en el lugar de trabajo. En uno de sus artículos, Crenshaw citaba varios casos judiciales en los cuales el tribunal sólo consideraba las denuncias por discriminación sexual o por discriminación racial en el lugar de trabajo, negándose a reconocer que las mujeres negras experimentaban una discrimi-



minación doble, no sólo como mujeres o simplemente como individuos negros, sino como mujeres negras. Por ejemplo, en el caso de Emma DeGraffenreid contra General Motors, el tribunal desestimó la queja de la demandante por discriminación sexual y racial con el argumento de que General Motors había contratado a mujeres blancas y hombres negros en el período anterior.

Es una realidad que las mujeres negras y otros grupos que experimentan doble discriminación pasan inadvertidos en el sistema legal capitalista. Se trata de brechas estructurales que constituyen una verdadera barrera significativa para que las capas oprimidas de la clase trabajadora alcancen una verdadera igualdad de derechos. Los marxistas apoyan reformas legales que permitan una mayor capacidad de los trabajadores y capas oprimidas para luchar por sus derechos y mejorar sus condiciones de vida. Pero también debemos explicar que el racismo y el sexismo están arraigados en la sociedad de

clases y forman parte de las necesidades del capitalismo, cuyo sistema judicial, en última instancia, existe para defenderlo.

El carácter de clase de la justicia burguesa no puede ser reformado fuera del sistema judicial, siempre y cuando descansa en una base capitalista. Así, mientras que la reivindicación de Crenshaw consistía en la aprobación de una nueva minoría protegida dentro del sistema judicial para las mujeres negras, debemos enfatizar que esto no cambiaría fundamentalmente las condiciones materiales y sociales que dan lugar a la discriminación compuesta –como bien señaló ella– que experimentan estas mujeres en el lugar de trabajo y en la sociedad en general. Si bien los estudios de algunas feministas interseccionales han aportado observaciones perspicaces sobre la discriminación compuesta sufrida por aquellos que viven bajo múltiples opresiones y las barreras a que se enfrentan, los marxistas explican la necesidad de ir más allá de la observación. Se podría crear un número infinito de categorías dentro del sistema judicial para reflejar todas las intersecciones posibles de la opresión, pero como marxistas debemos plantear la pregunta: ¿Por qué ocurre esa opresión y cómo puede erradicarse en última instancia?

Pensamiento y realidad social

En una charla online titulada: “La urgencia de la interseccionalidad”, dada en 2016, Crenshaw se refería al fracaso del sistema judicial para abordar la múltiple discriminación que las mujeres negras sufren en el lugar de trabajo, como un “problema de marco de referencia”. Sugería que si los jueces o los encargados de la formulación de políticas tuvieran un mejor marco para comprender la opresión y la naturaleza de la discriminación múltiple, los individuos o grupos que experimentarían opresiones superpuestas no pasarían inadvertidos. Las actitudes discriminatorias de los jueces que influyen en sus decisiones influyen, obviamente, en la vida de los grupos oprimidos y perpetúan su marginación. Mientras que hombres y mujeres negros experimentan altos índices de bru-



talidad policial y asesinatos, policías asesinos disfrutan de la impunidad; jueces en Estados Unidos y Canadá dejan en libertad, reiteradamente, a agresores sexuales. Es evidente que los jueces son libres de actuar de forma discriminatoria, y que esto funciona para sostener la opresión en la sociedad y mantener subyugados a los grupos oprimidos. ¿Pero de dónde surgen estas actitudes y cómo podemos librar a la sociedad de ellas?

Las actitudes discriminatorias perjudiciales de los jueces y de los responsables políticos reflejan las necesidades del sistema capitalista. El Estado capitalista y su sistema de tribunales existen para sostener las reglas de juego y los intereses de la clase capitalista. Un sistema, en el que no se eligen a los funcionarios de justicia, las promesas de campaña se rompen tan pronto como los políticos llegan al poder sin opción a la revocación, y muchas de las decisiones más importantes se hacen a puerta cerrada con entidades privadas (es decir, banqueros y ejecutivos), no puede tildarse de verdadera democracia o transparencia. Algo similar ocurre en el lugar de trabajo, donde es muy difícil hacer que los empresarios den cuenta de prácticas discriminatorias porque controlan nuestras condiciones de vida y no hay supervisión democrática en la producción capitalista. Aunque existen ejemplos de denuncias por discriminación que se han ganado tras

duras luchas en los tribunales, esto implica a menudo años en los juzgados, costes astronómicos y muchas otras barreras, que lo convierten en una ruta imposible para muchos trabajadores oprimidos, especialmente teniendo en cuenta que las empresas siempre suelen contar con un mejor equipo legal y que el sistema judicial ya está sesgado a su favor. Cuando las empresas reciben sanciones, a menudo no les supone un gran cambio, pero sí tiene consecuencias dramáticas en la vida del querellante. Así, mientras que las actitudes discriminatorias pueden claramente desempeñar un papel pernicioso en la perpetuación de la opresión, es el fundamento social y económico sobre el que descansan estas instituciones la verdadera barrera para superar la opresión. Dicho de otro modo, la naturaleza capitalista de las instituciones es la raíz del problema, no las actitudes de los funcionarios que ocupan puestos en ellas.

Para los marxistas, entonces, no es fundamentalmente un problema de “enmarcar” o de cómo la gente aborda la opresión. La idea de que el pensamiento y el lenguaje son las fuerzas dominantes que moldean la realidad social proviene del idealismo filosófico; los marxistas abordan la historia desde un punto de vista materialista y argumentan que es la realidad social la que moldea el pensamiento. No nacemos con visiones del mundo elaboradas, ni tampoco las que desarrollamos a lo largo del tiempo caen del cielo. Lo que aprendemos y creemos sobre el mundo estará influido y moldeado por las condiciones materiales y sociales de la época histórica en la que vivimos, cuyo modo de producción establece la base para la organización del resto de la sociedad. Esto no significa que cada pensamiento o elemento de la

cultura sea un producto directo de la base económica de la sociedad, sino que la base económica establece el fundamento general de los puntos de vista dominantes de cualquier época y fija ciertos límites a nuestra manera de pensar.

Por supuesto, no sólo los individuos en posiciones poderosas poseen y manejan ideas discriminatorias en su propio interés. Los trabajadores y la gente pobre también se socializan con estas actitudes. Las ideas dominantes en la sociedad son las de la clase dominante, que bajo el capitalismo es la burguesía. La clase capitalista se basa en actitudes discriminatorias para mantener a la clase obrera dividida en base a raza y etnicidad, idioma, sexo y género, religión y muchas otras divisiones. Estas divisiones sirven a múltiples funciones, tales como crear una presión a la baja sobre los salarios y entre los trabajadores de las nacionalidades que compiten entre sí, para impedir que la mayoría de explotados y oprimidos se unan contra su opresor común, la burguesía. La burguesía posee y controla los principales medios de difusión de ideas, tales como los principales medios de comunicación y los mercados culturales. Las ideas de la clase dominante también se reproducen a través de la iglesia, el sistema educativo y la familia. El contenido de nuestro pensamiento está formado por estas instituciones, que reflejan la sociedad capitalista.

El capitalismo obliga a la clase obrera a una competencia inhumana y desgarradora que distorsiona cómo nos relacionamos con nosotros mismos y entre nosotros. Las personas no nacen inherentemente codiciosas o discriminatorias, sino que surgen en una sociedad individualista que nos enfrenta unos a otros y utiliza poderosos mensajes



de división para evitar que nos unamos. Desafiar cómo pensamos sin cambiar las condiciones materiales y sociales que dan lugar a actitudes discriminatorias es, por lo tanto, un enfoque limitado para luchar contra la opresión. Poner el énfasis en el pensamiento y las ideas, separándolo de sus orígenes sociales y materiales, resulta inevitablemente en una comprensión subjetiva individualista de la opresión, desvirtuando las raíces estructurales económicas y arriesgando atomizar el movimiento.

En última instancia, la base material de toda división social es la escasez. Una sociedad que puede proporcionar a sus ciudadanos un buen trabajo, un hogar, una escuela, etc., no tendrá que culpar a "otro" por la falta de vivienda, educación o empleo. Por el contrario, una sociedad en crisis verá un aumento de estas actitudes. Marx lo expresa así: "Cuando la necesidad se generaliza, toda la vieja basura vuelve revivir". Tales actitudes no pueden ser completamente erradicadas mientras persiste la escasez. Bajo el capitalismo, la escasez es totalmente artificial, ya que existen medios de producción tan avanzados que generan más que riqueza y recursos suficientes para garantizarle a todos un buen nivel de vida. El problema de este sistema es que la mayoría de la riqueza está en manos de una minúscula minoría y el resto de nosotros tenemos que luchar por migajas. Esta es la razón

por la cual los marxistas piden la expropiación de la clase capitalista, para que podamos usar toda esta riqueza en beneficio de la mayoría y erradicar las raíces materiales de la división y la opresión.

Lucha de clases y lucha contra la opresión

Los marxistas están en contra de dividir a las personas en ejes de opresión separados y abogan por la necesidad de unidad. La lucha de cualquier grupo oprimido no puede ser entendida separadamente de otras formas de opresión y del sistema capitalista que les da origen. Sin embargo, mientras que los defensores de la interseccionalidad argumentan en contra de la separación de las personas en un sólo eje, el resultado del enfoque subjetivista es en cambio la separación de las personas de acuerdo con un número infinito de configuraciones de opresiones y privilegios múltiples. Esto es lo que sugiere la teórica feminista interseccional y erudita, Patricia Hill Collins, en su obra *Pensamiento Feminista Negro: Conocimiento, Conciencia y Política de Empoderamiento* (1990), cuando afirma que "la matriz global de la dominación contiene múltiples grupos, cada uno con experiencias variadas de condena y privilegio, que producen perspectivas parciales correspondientes (...). Ningún grupo tiene un ángulo de visión claro. Ningún grupo posee la teoría o la metodología que le permi-

ta descubrir la 'verdad' absoluta". Esta perspectiva es bastante pesimista, dejándonos sólo con nuestras realidades parciales subjetivas y nada que explique los orígenes de la opresión o cómo superarla de una vez por todas. Es un punto de vista que conduce al individualismo y a la auto-contemplación más que a la lucha colectiva para transformar la realidad. El mundo existe concretamente fuera de nuestros pensamientos y sentimientos. Nuestra comprensión de ese mundo es por necesidad parcial e individual, pero sigue siendo un reflejo de una realidad objetiva y nuestras ideas sobre esa realidad se prueban continuamente en la práctica contra ella. El conjunto de relaciones sociales y económicas que conforman el capitalismo existe objetivamente. Quien no lo crea, que vea lo que sucede si no trabaja para ganarse la vida o pagar el alquiler. Debido a que la gran mayoría de nosotros vivimos bajo el capitalismo y somos explotados por él, el análisis y la lucha de clases representan el mayor "ángulo de visión" y la mayor herramienta teórica para unir y alcanzar la emancipación para todos.

Mientras que la interseccionalidad considera todas las formas de opresión como igualmente fundamentales, los marxistas destacan que la condición de clase es la línea divisoria fundamental en la sociedad capitalista. El modo de producción capitalista se basa, en su núcleo, en la extracción de la plusvalía de los trabajadores por los propietarios de los medios de producción, los capitalistas. Esto no significa que la explotación de clase sea la peor forma de opresión en términos de sufrimiento, o que la clase obrera sea de alguna manera superior a otros grupos oprimidos. Significa que mientras vivamos en una sociedad donde una clase dirigente parásita explota y oprime a la mayoría, ningún grupo oprimido podrá jamás emanciparse genuinamente, ya que siempre habrá desigualdad sistémica. Cualquier representante de la clase dirigente minoritaria, independientemente de su género, raza u orientación sexual, en última



instancia, servirá a sus intereses de clase que se basa en la división y la opresión de la mayoría de nosotros.

Las ganancias masivas acumuladas por la clase capitalista representan el trabajo no remunerado de la clase obrera que no recibe el valor total de su trabajo. Esto es lo que los marxistas quieren decir con la explotación de clase, que no debe confundirse con una interpretación estrecha del término “clasismo”, que lo relaciona con la discriminación de las personas pobres percibidas como de clase baja, más que como una relación económica. Mientras que los marxistas reconocen el papel significativo de la discriminación y la opresión en el mantenimiento del sistema capitalista, la realidad económica de la explotación coloca a los trabajadores en una posición única para acabar con el sistema, ya que son ellos quienes producen toda la riqueza de la sociedad. Además, aunque no todos los trabajadores experimentan opresiones superpuestas, la gran mayoría de los oprimidos son explotados como trabajadores o como empobrecidos, desempleados o viviendo bajo la esclavitud moderna. Esto hace de la explotación de clases el factor unificador de todos los oprimidos. La clase obrera abarca la gran mayoría de las capas oprimidas de la sociedad y es precisamente la lucha de clases la que puede unir a todas las capas de los oprimidos contra nuestro enemigo común, la clase explotadora, para romper actitudes discriminatorias en el proceso.

Desafortunadamente, la mayoría de los líderes de los movimientos estudiantiles y obreros no han logrado organizar una lucha de clases combativa que pueda unir a todas las capas de los oprimidos. Mientras tanto, estas mismas burocracias suelen adoptar un lenguaje interseccional para ocultar la realidad de que no están luchando por reformas significativas para promover las condiciones de los estudiantes y los trabajadores. Las políticas tokenistas,³ como la paridad de género y otras cuotas basadas en la identidad, se emplean sin tener en cuenta la perspectiva de clase o la orientación política, lo que en realidad da lugar a unas pocas po-

siciones ventajosas para un puñado de burócratas, que no se comprometen en movilizar una lucha por condiciones que palien la opresión y la explotación para la mayoría que constituye la base y la sociedad en general. La clase dirigente utiliza políticas similares para intentar apaciguar a los oprimidos dejando su sistema de explotación completamente intacto. Basta con entrar en cualquiera de las páginas web de los bancos más grandes, que se jactan de la diversidad de sus empleados, para ver esto. La representación de grupos oprimidos en bancos y grandes empresas no cambia la realidad de la mayoría de las capas oprimidas de la clase obrera, y sin cambiar las condiciones materiales que dan lugar a la opresión, tampoco la cambiará la representación en nuestras organizaciones de estudiantes y sindicatos por sí sola.

La idea detrás de la “representación” es que si más personas de grupos oprimidos tomaran posiciones (dirigentes o empleados electos dentro de las organizaciones estudiantiles y de trabajadores y en la política electoral, así como en los comités ejecutivos, dirección de empresas, etc., en el sector privado), eso ayudaría a erradicar o aliviar su opresión. Es importante entender que los grupos oprimidos no están oprimidos porque están menos representados, sino debido a la opresión sistémica en la sociedad que crea barreras a la participación en la vida pública y en la política. La mejor manera de lograr una representación genuina de los grupos oprimidos en el movimiento es construir organizaciones combativas de lucha, que realmente puedan comenzar a erradicar esas barreras como parte de la lucha para acabar con estas opresiones. Esto animaría a grupos más amplios de grupos históricamente oprimidos y marginados a unirse y esforzarse por superar las barreras sistémicas que han obstaculizado su participación. Tal lucha fomentaría el desarrollo de una verdadera dirección desde abajo, en lugar de medidas simbólicas desde arriba. El socialismo consiste precisamente en atraer a todas las capas de los explotados y

oprimidos a la lucha por un mundo mejor. Nuestros representantes deben ser elegidos basados en su política y capacidad para conducir una lucha genuina.

La elección de mujeres como Margaret Thatcher, Angela Merkel, Theresa May o Hillary Clinton a algunos de los puestos políticos más altos no ha servido para promover la causa de la emancipación de las mujeres, y los revolucionarios hicieron una campaña activa contra ellas. Lo mismo puede decirse, por ejemplo, de la directora del FMI, Christine Lagarde, y la lista continúa. Del mismo modo, los estándares de vida para los estadounidenses negros continuaron disminuyendo bajo Obama. Como revolucionarios, apoyaríamos a un político de izquierda contra cualquiera de ellos independientemente de su orientación sexual, género, raza o etnia. La representación es una herramienta poderosa en manos de la clase dominante, ya que la usan para crear ilusiones en apoyar a los líderes que representan los intereses del capitalismo únicamente por su raza, orientación sexual, género, etc., en lugar de sus intereses de clase.

Miembros de la clase dominante como Hillary Clinton, incluso, han adoptado el lenguaje de la interseccionalidad para obtener apoyo. Crenshaw y otros defensores de la interseccionalidad lo condenaron y subrayaron que, puesto que “las mujeres” no son una categoría homogénea, Hillary no representa los intereses de todas las mujeres debido a sus políticas imperialistas. Sin embargo, el hecho de que la interseccionalidad no se dirige a la raíz de la opresión significa que, en última instancia, no es una amenaza para la clase capitalista o sus aliados reformistas, por lo que pueden adoptar tan fácilmente su lenguaje en un esfuerzo por parecer más progresistas. No amenaza a los miembros de la clase dominante destacar que hay formas múltiples y superpuestas de opresión, siempre que se evite la cuestión de por qué y en qué interés.

Contra el Sectarismo

León Trotsky

Capítulo de “El programa de transición”, texto elaborado para debatir en el congreso fundacional de la IV internacional.

Bajo la influencia de la traición y de la degeneración de las organizaciones históricas del proletariado, en la periferia de la IV Internacional han nacido o han degenerado grupos y formaciones sectarias de diferentes géne-



ros. En su base estos núcleos se niegan a luchar por los intereses y las necesidades elementales de las masas, tal como ellas son. La preparación de la revolución significa para los sectarios convenirse a sí mismos de las ventajas del socialismo. Proponen volver la espalda a los viejos sindicatos, esto es, a decenas de millones de obreros. ¡Como si las masas pudieran vivir fuera de las condiciones reales de la lucha de clases! Permanecen indiferentes ante la lucha interna de las organizaciones reformistas. ¡Como si se pudiera conquistar a las masas sin intervenir en esa lucha! Se rehúsan a hacer en la prácti-

ca una diferencia entre la democracia burguesa y el fascismo. ¡Cómo si las masas no sintieran esa diferencia a cada paso!

Los sectarios sólo son capaces de distinguir dos colores: el blanco, y el negro. Para no exponerse a la tentación, simplifican la realidad. Rehúsan establecer diferencias entre los campos en lucha en España por la razón de que los dos campos tienen un carácter burgués. Y piensan, por la misma razón, que es necesario permanecer neutral en la guerra de Japón contra China. Niegan la diferencia de principios entre U.R.S.S. y los países burgueses y se rehúsan, vista la política reaccionaria de la burocracia soviética, a defender contra el imperialismo las formas de propiedad creadas por la revolución de Octubre.

Incapaces de encontrar acceso a las masas las acusan de incapacidad para elevarse hasta las ideas revolucionarias. Estos profetas estériles no ven la necesidad de tender el puente de las reivindicaciones transitorias, porque tampoco tienen el propósito de llegar a la otra orilla. Como mula de noria, repiten, constantemente las mismas abstracciones vacías. Los acontecimientos políticos no son para ellos la ocasión de lanzarse a la acción, sino de hacer comentarios. Los sectarios del mismo modo que los conclusionistas y los magos, al ser constantemente desmentidos por la realidad, viven en un estado de continua irritación, se lamentan incesantemente del “régimen” y de los “métodos” y se dedican a mezquinas intrigas. Dentro de su propio círculo, estos señores comúnmente ejercen un régimen despótico. La postración política del sectarismo no hace más que seguir como una sombra a

la postración del oportunismo, sin abrir perspectivas revolucionarias. En la política práctica los sectarios se unen a cada paso a los oportunistas, sobre todo a los centristas, para luchar contra el marxismo.

La mayoría de los grupos y camarillas sectarias de esta índole, que se nutren de las migajas caídas de la mesa de la IV Internacional, llevan una existencia organizativa “Independiente” con grandes pretensiones, pero sin la menor posibilidad de éxito. Sin perder su tiempo, los bolcheviques leninistas pueden abandonarlos tranquilamente a su propia suerte.

No obstante, también en nuestras propias filas se encuentran tendencias que ejercen una influencia funesta sobre el trabajo de algunas secciones. Es algo que no debe tolerarse un solo día más. La condición fundamental para pertenecer a la IV Internacional es una política justa respecto de los sindicatos. El que no busca ni encuentra el camino del movimiento de masas no es combatiente sino un peso muerto para el partido. Un programa no se crea para las redacciones, las salas de lectura o los centros de discusión, sino para la acción revolucionaria de millones de hombres. La premisa necesaria de los éxitos revolucionarios es la depuración de la IV Internacional del sectarismo y de los sectarios incorregibles.

1938



La Polémica con los Anarquistas

V.I Lenin

Fragmento del libro “El Estado y la Revolución” escrito por Lenin en 1917. “La polémica con los anarquistas” forma parte del “Capítulo IV: Aclaraciones complementarias de Engels”.

Esta polémica se remonta a 1873. Marx y Engels escribieron para un almanaque socialista italiano unos artículos contra los proudhonianos, “autonomistas” o “antiautoritarios”, artículos que sólo en 1913 vieron la luz, en alemán, en la revista Neue Zeit.

“...Si la lucha política de la clase obrera escribió Marx, ridiculizando a los anarquistas y su negación de la política- asume formas violentas, si los obreros sustituyen la dictadura de la burguesía con su dictadura revolucionaria, cometen un terrible delito de leso principio, porque, para satisfacer sus míseras necesidades vulgares de cada día, para vencer la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria en vez de deponer las armas y abolirlo...” (Neue Zeit, 1913-1914, año 32, t. 1 pág 40).

¡He ahí contra qué “abolición” del



Estado se manifestaba exclusivamente Marx al refutar a los anarquistas! No en modo alguno contra el hecho de que el Estado desaparezca al desaparecer las clases o sea suprimido al suprimirse éstas, sino contra el hecho de que los obreros renuncien al empleo de las armas, a la violencia organizada, es decir, al Estado, que debe servir “para vencer la resistencia de la burguesía”.

Marx subraya adrede –para que no se tergiverse el verdadero sentido de su lucha contra el anarquismo- la “forma revolucionaria y transitoria” del Estado que el proletariado necesita. El proletariado necesita del Estado sólo temporalmente. No discrepamos, ni mucho menos, de los anarquistas en cuanto a la abolición del Estado como objetivo. Lo que sí afirmamos es que, para lograr ese objetivo, es necesario usar temporalmente los instrumentos, los medios y los métodos del poder estatal contra los explotadores, de la misma manera que para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida. Marx elige contra los anarquistas el planteamiento más tajante y más claro del problema: al derrocar el yugo de los capitalistas, ¿deberán los obreros “deponer las armas” o emplearlas contra los capitalistas para vencer su resistencia? Y el empleo sistemático de las armas por una clase contra otra

clase, ¿qué es sino “una forma transitoria” de Estado?

Que cada socialdemócrata se pregunte si es así como ha planteado él la cuestión del Estado en su polémica con los anarquistas, si es así como la han planteado la inmensa mayoría de los partidos socialistas oficiales de la II Internacional.

Engels expone estas mismas ideas de un modo todavía más detallado y popular, ridiculizando, en primer término, el embrollo ideológico de los proudhonianos, quienes se llamaban “antiautoritarios”; es decir, negaban toda autoridad, toda subordinación, todo poder. Tomad una fábrica, un ferrocarril o un barco en alta mar, dice Engels: ¿no es evidente, acaso, que sin cierta subordinación y, por lo tanto, sin cierta autoridad o poder, será imposible el funcionamiento de ninguna de estas complejas empresas técnicas, basadas en el uso de máquinas y en la operación de muchas personas con arreglo a un plan?

“... Cuando he puesto parecidos argumentos a los más furiosos antiautoritarios –escribe Engels- no han sabido responderme más que esto: “¡Ah!, eso es verdad, pero aquí no se trata de que nosotros demos al delegado una autoridad, sino ¡de un encargo!” Estos señores creen cambiar la cosa con cambiarle el nombre...”

Después de demostrar así que au-





toridad y autonomía son conceptos relativos, que su esfera de actividad cambia con las distintas fases del desarrollo social y que es absurdo aceptarlos como algo absoluto, y añadiendo que el campo de aplicación de las máquinas y de la gran industria se ensancha cada vez más, Engels pasa de las consideraciones generales acerca de la autoridad al problema del Estado.”

...Si los autonomistas –prosiguese limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero, lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra.”

“¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad”

“¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más

autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay, y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? Así pues, una de dos, o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan al movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción” (pág. 39).

En este pasaje se abordan cuestiones que deben ser examinadas en conexión con la correlación entre la política y la economía durante la extinción del Estado (tema al que consagramos el capítulo siguiente). Dos de esas cuestiones son la transformación de las funciones públicas, que dejan de ser políticas para convertirse en simplemente administrativas, y el “Estado político”. Esta última expresión, tan capaz de suscitar equívocos, alude al proceso de extinción del Estado: el Estado moribundo, al llegar a una cierta fase de su extinción, puede calificarse de Estado no político.

En este pasaje de Engels, la parte más notable es, una vez más, su razonamiento contra los anarquistas. Los socialdemócratas que pretenden ser discípulos de Engels han

polemizado millones de veces con los anarquistas desde 1873, pero no exactamente como pueden y deben hacerlo los marxistas. El concepto anarquista de la abolición del Estado es confuso y no revolucionario; así planteaba la cuestión Engels. Los anarquistas no quieren ver precisamente la revolución en su nacimiento y desarrollo, en sus tareas específicas respecto a la violencia, la autoridad, el poder y el Estado.

La crítica corriente del anarquismo por los socialdemócratas de nuestros días ha degenerado en la más pura vulgaridad pequeñoburguesa: “¡Nosotros reconocemos el Estado; los anarquistas no!” Por supuesto, semejante vulgaridad no puede por menos de repugnar a los obreros, por poco reflexivos y revolucionarios que sean. Engels dice otra cosa: recalca que todos los socialistas reconocen la desaparición del Estado como resultado de la revolución socialista. Luego plantea de manera concreta el problema de la revolución, justamente el problema que los socialdemócratas suelen soslayar a causa de su oportunismo, cediendo, por decirlo así, la exclusiva de su “estudio” a los anarquistas. Y al plantear este problema, Engels agarra el toro por los cuernos: ¿No hubiera debido la Comuna emplear más el poder revolucionario del Estado, es decir, del proletariado armado organizado como clase dominante?

De ordinario, la socialdemocracia oficial imperante eludía el problema de las tareas concretas del proletariado en la revolución, bien con simples burlas de filisteo, bien, en el mejor de los casos, con la frase sofística y evasiva de “¡Ya veremos!”. Y así se concedía a los anarquistas el derecho de decir que esta socialdemocracia incumplía su tarea de dar una educación revolucionaria a los obreros. Engels aprovecha la experiencia de la última revolución proletaria precisamente para estudiar del modo más concreto qué debe hacer el proletariado, y cómo, en lo que atañe a los bancos y al Estado.

Marxismo, keynesianismo y la crisis del capitalismo

Adam Booth

La pandemia de coronavirus ha desencadenado lo que probablemente sea la crisis más profunda en la historia del capitalismo. En todo el mundo, se está comparando esta crisis con la Gran Depresión de los años 30, a medida que la economía mundial se derrumba y el desempleo se dispara en todos los países.

En el Reino Unido, se prevé que el Producto Bruto Interno (PBI) caiga al menos un 15% en el próximo trimestre. En los EE.UU., Morgan Stanley predice una caída anualizada del 30%. Casi 10 millones ya han perdido sus trabajos en América. En Gran Bretaña, un millón solicitó ayudas al desempleo en el espacio de sólo dos semanas.

Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. La clase dirigente está empleando todo lo que tiene para enfrentar esta situación. El problema es que sus arsenales ya están vacíos, porque su munición ya se gastó en la lucha contra la última recesión.

Con tasas de interés al 0%, la política monetaria ha llegado a sus límites. Años de flexibilización cuantitativa han llevado a rendimientos decrecientes. Y las deudas públicas ya están por las nubes por el rescate de los bancos durante la última crisis mundial. En resumen, se han quedado sin municiones para hacer frente a esta crisis.

Como resultado, los gobiernos de todo el mundo no han tenido más remedio que inyectar dinero en la economía en un esfuerzo por apuntalar el sistema. Ya se han prometido billones de dólares sólo en los países capitalistas avanzados, incluyendo 2,2 billones procedente de medidas del banco central y 4,3 billones en presupuestos estatales.

Y con toda probabilidad, esto es sólo la punta del iceberg en términos



de lo que se necesitará para evitar un completo colapso del mercado en las semanas y meses venideros.

¿Ahora, todos se han vuelto socialistas?

Muchos observadores no pueden creer lo que ven. De la noche a la mañana, el gobierno conservador (en Reino Unido, nota del traductor), defensor a ultranza del liberalismo, enemigo acérrimo de la intervención del estado, se ha volcado hacia una intervención estatal sin precedentes en la economía, prometiendo 330.000 millones de libras esterlinas (15% del PIB) para ayudar a las pequeñas empresas y a los propietarios de viviendas, y una cantidad ilimitada para subvencionar los salarios de los trabajadores.

En Estados Unidos, parece que a Donald Trump lo han convencido para poner en marcha un «helicóptero regadera» de dinero sobre los hogares americanos, por el cual cada ciudadano que cumpla los requisitos podría recibir un cheque de más de 1.000 dólares por correo.

En un momento similar de crisis a principios de los años '70, se dijo que el presidente republicano de los Estados Unidos, Richard Nixon, había señalado que «ahora todos somos keynesianos», ya que su gobierno se había volcado hacia políticas económicas expansionistas. Del mismo modo, hoy en día, muchos están señalando que «ahora todos somos socialistas», ya que los dirigentes de las grandes empresas de todo el mundo arrojan la ortodoxia del libre mercado por la ventana en un esfuerzo por salvar el sistema.

«Boris debe abrazar el socialismo inmediatamente para salvar el libre mercado liberal», declaró un periodista en medio por excelencia de los conservadores, el Telegraph. La crisis del coronavirus está «convirtiendo a los Tories en socialistas» anunció otro titular, esta vez en la revista conservadora, Spectator.

Aquellos en la izquierda que han pasado años argumentando en contra de la austeridad y a favor de demandas como la «renta

básica universal» (UBI por sus siglas en inglés), comprensiblemente creen que su tiempo ha llegado. Incluso el líder laborista saliente Jeremy Corbyn declaró que las medidas de emergencia del gobierno tory eran una reivindicación de su programa económico. Aquí, después de todo, está el famoso «árbol mágico del dinero» que los conservadores habían afirmado que no existía!

En particular, los defensores de las políticas keynesianas -de estímulo gubernamental, gasto estatal y gestión económica de arriba hacia abajo- consideran que sus ideas han demostrado finalmente ser correctas.

Lo mismo ocurre con sus acólitos contemporáneos: los que suscriben la «Teoría Monetaria Moderna» (MMT por sus siglas en inglés), promovida por líderes del Partido Demócrata de los Estados Unidos, como Alexandria Ocasio-Cortez (AOC), y por influyentes asesores económicos del movimiento obrero británico.

Los últimos acontecimientos parecen ofrecer a los activistas la refutación perfecta a los críticos de la derecha que preguntan cómo se pagarán las políticas radicales. ¿Quieres asistencia sanitaria y educación gratuitas? No hay problema, sólo imprimiremos dinero. ¿Inversión masiva en energía verde? No te preocupes, podemos abrir los grifos del gobierno. ¿Dar a todo el mundo una renta básica? Fácil – ¡simplemente añádelo a la factura!

El problema es que, eventualmente, esta cuenta debe ser pagada. La verdadera pregunta es: ¿por quién?

¿Qué es el keynesianismo?

La verdad es que la Teoría Monetaria Moderna es un nombre un poco equivocado. En realidad, no es una gran teoría. Tampoco es particularmente moderna. De hecho, en el fondo es sólo un refrito de las ideas de John Maynard Keynes, quien creía que los gobiernos podían gestionar y regular el sistema capitalista «estimulando la demanda».

Keynes fue un economista inglés que destacó por sus escritos sobre el turbulento período de entreguerras. A pesar de ser acogido hoy por el movimiento obrero y la izquierda, Keynes era un devoto liberal. Se opuso activamente al socialismo, al bolchevismo y a la Revolución Rusa, declarando con orgullo que «la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía culta».

De hecho, sus ideas no estaban destinadas a ayudar a la clase obrera, sino que eran un intento de proporcionar a los gobiernos capitalistas una estrategia sobre cómo salir de las crisis. En particular, su trabajo más famoso – su Teoría General – fue una respuesta directa a la Gran Depresión y al



desempleo masivo que arreciaba en América, Gran Bretaña y en toda Europa en ese momento.

Aunque no era un seguidor del socialismo, Keynes fue crítico del llamado «libre mercado». Identificó correctamente – como Marx había hecho muchas décadas antes – que la «mano invisible» del mercado no era omnipotente; que la oferta y la demanda no siempre coincidían en perfecto «equilibrio».

En cambio, el capitalismo se encontró periódicamente -como en los años 30- atrapado en un círculo vicioso, en el que el aumento del desempleo conducía a la disminución de la demanda; la disminución de la demanda conducía al colapso de la inversión empresarial; y el colapso de la inversión conducía al aumento del desempleo, y así sucesivamente.

La solución, afirmaba Keynes, era que el Estado interviniera para compensar el déficit de la demanda. En otras palabras, los gobiernos deberían gastar donde las empresas privadas no lo harían, a fin de garantizar que los trabajadores tuvieran dinero en sus bolsillos para gastar.

Su preocupación era menos que los trabajadores comieran y más bien que compraran y consumieran, proporcionando así un mercado – la «demanda efectiva» – que los capitalistas necesitaban para vender sus productos y obtener beneficios.

En resumen, el programa de Keynes no estaba destinado a mejorar la vida de la clase obrera, sino a salvar al capitalismo de sus propias contradicciones.

En este sentido, hoy vemos ecos de las ideas de Keynes en las políticas que se están llevando a cabo en respuesta a la crisis provocada por el coronavirus. El establishment no está tan preocupado por la muerte de personas a corto plazo, sino por la potencial depresión que se producirá si los trabajadores no tienen trabajo, dinero y la capacidad de comprar las mercancías producidas por los capitalistas en el futuro.

Como en la Gran Depresión, entonces, la preocupación de la clase dominante y sus asesores económicos no es salvar la vida de la gente común, sino la viabilidad de su sistema – el sistema de lucro individual.

El New Deal

En particular, las ideas de Keynes fueron claramente influyentes en la configuración del New Deal: el programa de obras públicas del presidente Roosevelt que tenía como objetivo estimular el crecimiento económico de los EE.UU. durante la Gran Depresión.

Después de todo, en su Teoría General, el economista inglés incluso sugirió que el gobierno podría impulsar la demanda enterrando el dinero en la tierra y haciendo que los trabajadores lo desenterraran de nuevo.



«No tiene por qué haber más desempleo», declaró Keynes. «Sería, en efecto, más sensato construir casas y cosas por el estilo», continuó, «pero si hay dificultades políticas y prácticas en el camino, lo anterior sería mejor que nada».

Hoy en día, estas mismas ideas se plantean en relación con las propuestas para un Green New Deal (GND), que se ha convertido en una reivindicación de la izquierda, defendida por AOC en los EE.UU. y por activistas laboristas de izquierda en el Reino Unido.

Sin embargo, el único problema que los defensores de un nuevo New Deal no mencionan es que el original no funcionó. La caída continuó mucho después de su implementación (de hecho, se agravó con el aumento del proteccionismo de «empobrecer al vecino»). El desempleo incluso aumentó. Sólo con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la incorporación de los trabajadores al ejército y al sector armamentístico se redujo el desempleo.

Incluso el propio Keynes se vio obligado a admitir la derrota. «Parece que es políticamente imposible para una democracia capitalista organizar el gasto a la escala necesaria para hacer los grandes experimentos que probarían mi caso – excepto en condiciones de guerra».

Lo mismo puede verse en China en los últimos años, donde se ha emprendido en la última década el mayor programa keynesiano de construcción de la historia, en un esfuerzo por escapar del impacto de la crisis capitalista mundial. Pero el resultado ha sido un aumento masivo de la deuda pública, por un lado, y la ridícula contradicción de las ciudades fantasmas junto con una enorme crisis de la vivienda, por el otro.

Esta es la conclusión lógica de los intentos keynesianos de manejar burocráticamente una economía capitalista, impulsada por la búsqueda del beneficio individual. No hay ninguna razón para creer que un nuevo New Deal iría mejor hoy en día en América, Gran Bretaña o cualquier otro lugar.

Al mismo tiempo, también es importante reconocer las diferencias entre estos experimentos keynesianos (fallidos) del pasado y las medidas que están siendo promulgadas por los responsables políticos y los líderes mundiales hoy en día en circunstancias igualmente desesperadas.

Las medidas keynesianas tradicionales fueron un intento de estimular la demanda -y, a su vez, la inversión empresarial- a través del gasto gubernamental. Sin embargo, en la actualidad, el objetivo no es tanto impulsar la demanda; después de todo, la producción está en gran medida paralizada por la pandemia.

En su lugar, el objetivo principal es simplemente mantener el sistema de soporte vital hasta que la situación actual se calme; para garantizar que los patrones sigan teniendo una mano de obra que explotar cuando se levante el botón de pausa. Y, sobre todo, proporcionar a los trabajadores un medio de vida básico para evitar que se produzca una explosión social mientras tanto.

Nada es gratis en este mundo

Al igual que sus predecesores keynesianos tradicionales, los partidarios del TMM (Teoría Monetaria Moderna) creen que nunca se

debería producir una depresión, ni ninguna necesidad de austeridad y presupuestos equilibrados, ya que los gobiernos siempre pueden intervenir creando dinero y gastándolo.

Siempre que los países tengan su propia moneda «independiente», se nos dice, el gobierno nunca puede quedarse sin dinero, ya que el Estado siempre puede elegir pagar cualquier deuda «imprimiendo» más.

Sí, el dinero puede ser creado «de la nada». Pero el valor y la demanda, no. El Estado puede crear dinero. Pero el Estado no puede garantizar que este dinero tenga algún valor. Sin una economía productiva detrás, el dinero no tiene sentido. El dinero es sólo una representación del valor. Y el valor real se crea en la producción, como resultado de la aplicación del tiempo de trabajo socialmente necesario.

El dinero que un Estado crea, por lo tanto, sólo tendrá valor en la medida en que refleje el valor que está en circulación en la economía, en forma de producción e intercambio de mercancías. Si no es así, entonces es una receta acabada para la inflación y la inestabilidad.

Por ejemplo, en igualdad de condiciones, si el gobierno imprime dos billetes donde antes había uno, esto devalúa la moneda a la mitad, y por lo tanto los precios en la economía se duplicarán. Los monarcas medievales – y sus súbditos – aprendieron esto de la manera más dura, cuando los precios se dispararon y la inflación se disparó en respuesta a las interminables degradaciones de la moneda.

Al fin y al cabo, nada es gratis cuando se trata del capitalismo. Los gobiernos no tienen dinero propio. El gasto del Estado debe pagarse en última instancia con impuestos o con préstamos. Y ninguno de los dos crea demanda, sino que simplemente lo mueve dentro de los límites de la economía.

En primer lugar, tomemos los impuestos. Estos deben recaer en la clase capitalista, lo que desincentiva la inversión. O deben recaer en la clase trabajadora, lo que

reduce el consumo. En cualquier caso, el efecto es restringir la demanda, no crearla.

De manera similar con los préstamos del gobierno. El dinero prestado hoy a los capitalistas debe ser devuelto mañana – y con intereses. En otras palabras, la demanda puede ser «estimulada» hoy a través de préstamos del gobierno, pero sólo cortando la demanda en el futuro.

El Estado puede tratar de evitar los impuestos y los préstamos imprimiendo dinero. Pero no puede imprimir profesores y escuelas, doctores y hospitales, o ingenieros y fábricas. Si el gasto del gobierno empuja la demanda por encima de lo que se puede suministrar, entonces las fuerzas del mercado empujarán los precios al alza de forma generalizada, es decir, generarán inflación.

Este es el límite final de la capacidad de cualquier gobierno para crear y gastar dinero – la capacidad productiva de la economía: los recursos económicos disponibles para un país en términos de su industria, infraestructura, educación, población, etc.

Al mismo tiempo, aunque el Estado puede crear dinero, no puede asegurar que este dinero se utilice. No es el Estado el que crea la demanda de dinero, sino las necesidades de la producción capitalista. Y esta producción está impulsada en última instancia por el lucro empresarial. Las empresas invierten, producen y venden para obtener beneficios. Donde los capitalistas no pueden obtener beneficios, no producen. Es tan simple como eso.

El capitalismo y las clases

Por supuesto, si las necesidades de la sociedad no son atendidas y producidas por el sector privado, entonces el gobierno puede intervenir y proporcionarlas directamente a través del sector público. Pero la conclusión lógica de esto no es crear más dinero o proporcionar a todos un «ingreso básico universal», sino eliminar la producción del mercado nacio-

nalizando las palancas clave de la economía como parte de un plan racional, democrático y socialista.

Pero no se puede planificar lo que no se controla. Y no puedes controlar lo que no posees. El keynesianismo, sin embargo, evita esta cuestión clave de la propiedad económica.

De hecho, el análisis económico keynesiano está completamente desprovisto de la cuestión de clase; aparentemente ignora el hecho de que vivimos en una sociedad de clases, compuesta de intereses económicos antagónicos: los de los explotadores y los de los explotados.

En última instancia, mientras la economía siga dominada por las grandes empresas y los monopo-



lios privados, todo el dinero que se inyecte en el sistema se destinará a pagar los productos básicos – alimentos y vivienda, etc. – que son producidos por los capitalistas.

En otras palabras, todo este dinero terminará en manos de parásitos especuladores. Este es el verdadero problema con las demandas reformistas como la renta básica, que no hacen nada para desafiar el poder de la clase capitalista.

A fin de cuentas, ni los keynesianos ni sus descendientes (TMM/ o partidarios de la renta básica) proponen alterar fundamentalmente las relaciones económicas actuales y las dinámicas fallidas que de ellas se derivan. La propiedad privada, para ellos, permanece inviolable y sacrosanta. La anarquía del mercado está intacta.

Su estrategia, en resumen, es la de salvar y remendar el capitalismo, en lugar de derrocarlo.

Debemos atacar las raíces del sistema capitalista: la propiedad privada y la producción con fines de lucro empresarial. Sólo

mediante la introducción de la propiedad común sobre los medios de producción y la aplicación de un plan económico socialista podemos satisfacer las necesidades de la sociedad. No podemos imprimir artificialmente nuestro modelo de socialismo.

Marxismo vs keynesianismo

Hoy en día, incluso en tiempos de «boom», la febril economía mundial funciona muy por debajo de su capacidad productiva. Este «exceso de capacidad» se ha convertido en un síntoma distintivo de un sistema que ha sobrevivido a su utilidad durante mucho tiempo. Incluso en su apogeo, el capitalismo sólo puede utilizar con éxito alrededor del 80-90% de su capacidad productiva. Esto cae al 70% o menos en tiempos de crisis. En recesiones pasadas, la cifra cayó hasta un 40-50%.

Pero la pregunta que nunca se hicieron los keynesianos (de todos los sabores) es ¿cómo hemos llegado a esta situación en primer lugar?

«El uso del TMM [y del keynesianismo en general] es como inflar una rueda pinchada», comenta Larry Elliott, editor de economía de The Guardian. «Una vez que está completamente inflado no hay necesidad de seguir bombeando.» ¿Pero cuál es la causa del pinchazo original?

¿Por qué no se utiliza toda nuestra capacidad productiva? ¿Por qué la economía se ha quedado atascada en esta espiral descendente de baja inversión, desempleo y demanda estancada? ¿Por qué el gobierno debe intervenir para salvar el sistema?

Para esto, los keynesianos no tienen respuesta. Simplemente afirman que el «exceso de capacidad» es el resultado de una falta de demanda efectiva. Las empresas no están invirtiendo porque no hay suficiente demanda para los bienes que producen. ¿Pero por qué?

El marxismo, por el contrario, proporciona un análisis claro y científico del sistema capitalista, sus relaciones y leyes, y por qué

éstas conducen intrínsecamente a las crisis. Estas, en el análisis final, son crisis de sobreproducción. La economía se derrumba no sólo por la caída de la demanda (o de la confianza), sino porque las fuerzas productivas entran en conflicto con los estrechos límites del mercado.

La producción en el capitalismo es para obtener beneficios. Pero para obtener beneficios, los capitalistas deben ser capaces de vender las mercancías que producen.

El beneficio, al mismo tiempo, sin embargo, es apropiado por los capitalistas del trabajo no remunerado de la clase obrera. Los trabajadores producen más valor del que reciben en forma de salarios. La diferencia es la plusvalía, que la clase capitalista se divide entre sí en forma de beneficios, rentas e intereses.

El resultado es que, bajo el capitalismo, hay una sobreproducción inherente en el sistema. No es simplemente una «falta de demanda». Los trabajadores nunca pueden permitirse el lujo de comprar todas las mercancías que el capitalismo produce. La capacidad de producir supera la capacidad de absorción del mercado.

Por supuesto, el sistema puede superar estos límites por un tiempo a través de la reinversión del excedente en nuevos medios de producción; o a través del uso del crédito para expandir artificialmente el mercado. Pero estas son sólo medidas temporales, «allanando el camino», en palabras de Marx, «para crisis más extensas y más destructivas» en el futuro.

El crack de 2008 marcó la culminación de ese proceso, un clímax que se retrasó durante décadas sobre la base de las políticas keynesianas y un auge del crédito por igual. Pero ahora una nueva crisis, aún más profunda, ha golpeado – y ni los keynesianos, ni los defensores de la TMM, ni nadie más que los marxistas pueden ofrecer una salida.

A lo sumo, el keynesianismo y el TMM proporcionan una medicina paliativa para una enfermedad crónica. Pero ninguno de

ellos puede diagnosticar esta enfermedad correctamente, ni ofrecer una cura genuina.

Socialismo o barbarie

Los capitalistas de hoy en día están disparando con todo el arsenal disponible – incluyendo el fregadero de la cocina – para combatir el problema, en un intento desesperado de evitar que su sistema se derrumbe. Pero lo que dan a los trabajadores en forma de subsidios salariales y gastos gubernamentales hoy, se lo quitarán mañana a través de la austeridad.

Aquellos en el movimiento obrero que piden medidas de estilo keynesiano están sin duda llenos de buenas intenciones. Pero, como dice el viejo refrán, el camino al infierno está pavimentado de deseos bienintencionados.

Las demandas de políticas keynesianas, TMM, renta básica y demás no sólo están equivocadas, sino que son perjudiciales, porque siembran ilusiones, preparando el camino para el desastre y la decepción.

En este sentido, debemos vocear fuerte como el niño del cuento de Hans Christian Andersen – ¡el emperador no tiene ropa! Tenemos el deber de advertir a los trabajadores y a los jóvenes: no crean a los que intentan imponerles sus curanderos. No es el momento de los encantos de charlatanes y vendedores de aceite de serpiente.

Sin embargo, no criticamos el keynesianismo y la TMM desde la misma posición que los apologistas del «libre mercado». No, nuestras críticas vienen desde una perspectiva marxista – desde el punto de vista de lo que es bueno para la clase obrera mundial; desde lo que es necesario para abolir el capitalismo y liberar a la humanidad.

El capitalismo está en un callejón sin salida. No puede ofrecer a la sociedad nada más que barbarie. Sólo una clara alternativa socialista de propiedad colectiva bajo el control de los trabajadores y planificación económica democrática puede proporcionar un camino que haga avanzar la humanidad.





LA IZQUIERDA SOCIALISTA

Vocero marxista de los trabajadores y la juventud



Únete a La Izquierda Socialista,
únete a la Corriente Marxista Internacional

facebook.com/marxismo.mx www.marxismo.mx